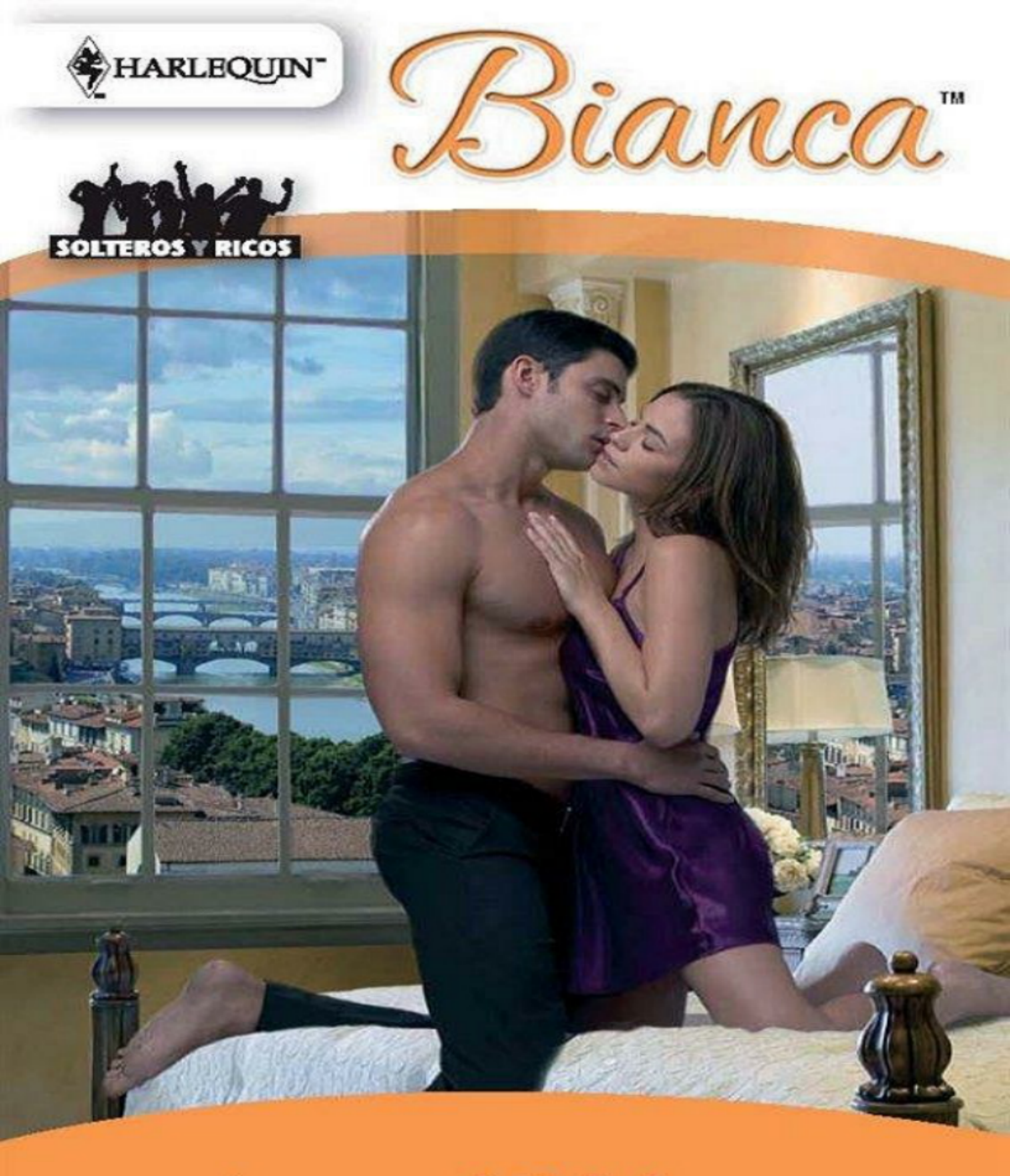


A merced del duque

Penny Jordan

Penny Jordan
A merced del duque
Serie Solteros y Ricos 02

A MERCED DEL DUQUE, N.º 47 - noviembre 2010
Título original: The Italian Duke's Virgin Mistress

Argumento:

Primero de la serie. *Charley haría cualquier cosa con tal de seguir cobrando su sueldo y poder mantener a sus hermanas y a sus sobrinos… aunque eso significara trabajar en Italia para el exigente y autoritario duque Raphael Della Striozzi.*

Raphael no podía entender por qué una mujer como Charley se vestía con ropa de baratillo. ¡Iba a llevarla a una boutique de diseño! Pero fue en el dormitorio donde tuvo lugar la transformación completa de Charlotte. Pasó de ser una virgen tímida y sin personalidad a convertirse en una amante bella y segura de sí misma.

Capítulo 1

ES usted Charlotte Wareham, la directora de proyectos de Kentham Brothers?

Charlotte, a la que llamaban Charley, alzó la vista de su ordenador portátil, parpadeando para protegerse del fuerte sol primaveral de Italia. Acababa de regresar de un rápido almuerzo de última hora, sándwich y una taza de delicioso capuchino en un café local. Su reunión con los dos funcionarios responsables del proyecto de restauración de un jardín público abandonado que ella tenía que supervisar había ido muy mal.

El hombre que ahora se cernía sobre ella y al que no había visto nunca antes parecía haber surgido de la nada y estaba claramente enfadado. Muy enfadado. Señaló con un gesto las urnas baratas de piedra falsa y otras muestras que ella había llevado para que las viera el cliente.

–¿Y puedo preguntar qué son estas horribles abominaciones? –inquirió.

Sin embargo, no fue su furia lo que provocó que su cuerpo se tensara. Se dio cuenta de forma inconsciente de que la punzada que se había apoderado de ella era el instintivo reconocimiento femenino de un hombre tan masculino, que ninguna mujer podría tratar de llevarle la contraria.

Aquel hombre había nacido para situarse por encima de sus semejantes. Un hombre nacido para tener hijos fuertes que se parecieran a él. Un hombre nacido para llevar a la mujer que escogiera a la cama y proporcionarle tanto placer que ella quedaría unida a él por aquel recuerdo durante el resto de su vida.

Debía llevar demasiado tiempo al sol, pensó Charley con un escalofrío. Aquellos pensamientos no eran propios de ella.

Hizo un esfuerzo decidido por recuperar la compostura, bajó el ordenador, se levantó del banco de falsa piedra en el que estaba sentada y se incorporó para enfrentarse al hombre que la estaba interrogando.

Era moreno, y estaba tan lleno de furiosa rabia como un volcán a punto de hacer erupción. También era, como sus sentidos se habían encargado de detectar, extraordinariamente guapo. Tenía una piel aceitunada, y era alto, de cabello oscuro, y con ese tipo de facciones arrogantes que hablaba de un pasado patricio. Su mirada gris y fría como el acero se deslizó sobre ella con desprecio como el cincel de un escultor, buscando el punto más vulnerable de una pieza de mármol.

Charley trató de apartar la vista, pero se dio cuenta de que su mirada se había quedado atrapada en la boca del hombre. Sorprendida por su propio comportamiento, trató de desviar la vista, pero no lo consiguió. Un escalofrío de advertencia le recorrió la piel, pero ya era demasiado tarde. Una inesperada sacudida de su percepción de él como hombre la había atravesado como un relámpago, y aquello resultaba más aterrador todavía por lo inesperado.

Se le había secado la boca, miles de terminaciones nerviosas le vibraban bajo la piel. Podía sentir cómo se le suavizaban los labios y se le hinchaban como preparándose para un beso de amante. El hombre se los estaba mirando ahora con ojos entornados y expresión indescifrable, pero sin duda cargada de arrogante desdén por su debilidad. Un hombre así no le miraría nunca la boca como ella le había mirado la suya. Nunca le pillarían con la guardia baja por haberse rendido a sus sentidos e imaginar cómo sería sentir la boca de ella sobre la suya.

Con un gesto brusco y con los dedos temblorosos mientras trataba de recuperar el control, Charley se bajó las gafas de sol que tenía en la cabeza para cubrirse los ojos en un intento de ocultar el efecto que estaba provocando en ella. Pero fue demasiado tarde. Él lo había visto, y el desprecio que endurecía sus facciones le indicaba lo que pensaba de su reacción ante él.

Todo el cuerpo y el rostro de Charley ardían en una mezcla de recelo y humillación mientras hacía un esfuerzo por comprender lo que le había sucedido. Ella nunca reaccionaba de aquella forma ante los hombres, y le impresionaba hacerlo ahora, y más con aquel hombre.

Sintió la incontrolable necesidad de tocarse los labios para ver si realmente estaban tan hinchados como los sentía.

Lo que había sucedido debía ser algún tipo de reacción a la presión y el estrés que había sufrido, trató de razonar Charley. ¿Qué otra razón habría para que reaccionara de aquel modo tan peligroso y tan poco propio de ella? Sin embargo, sus sentidos se negaron a dejarse controlar. El ojo de artista que había en su interior reconoció el fuerte poder masculino del cuerpo que había bajo aquel traje de color gris que sin duda sería carísimo. Bajo la ropa, debía haber un torso y todo lo demás que los artistas por los que era conocida Florencia habrían esculpido y pintado encantados.

Charley se dio cuenta demasiado tarde de que el hombre seguía esperando que respondiera a su pregunta. En un intento de recuperar el terreno que sentía que había perdido, Charley alzó la barbilla y le dijo:

–Sí, trabajo para Kentham Brothers.

Hizo una pausa y trató de no estremecerse mientras miraba hacia la desordenada línea de macetas y estatuas, cuya mala calidad quedaba al descubierto por el desdén de aquel desconocido.

–Y estas «horribles abominaciones», como usted las llama –continuó–, cuestan en realidad mucho dinero.

La mirada de desprecio que desfiguró su boca en un gesto de amargo cinismo, no sólo hacia las muestras sino también hacia ella, confirmó lo que Charley ya sabía de sí misma. Lo cierto era que a ella le faltaban belleza, estilo, elegancia y cualquier otro atributo femenino que pudiera admirar un hombre, del mismo modo que a las muestras les faltaba calidad artística. Y esa certeza, el saber que un auténtico conocedor del sexo femenino la había juzgado y le había encontrado carencias, la llevó a decirle desafiante: –Aunque esto no es asunto suyo.

Se detuvo deliberadamente antes de añadir un interrogativo: –*¿Signor…?*

Las oscuras cejas del hombre descendieron hasta el puente de su arrogante y patricia nariz y sus ojos grises se volvieron del color del platino cuando la miró con altanería y le dijo: –No soy ningún *signor*, señorita Wareham. Me llamo Raphael Della Striozzi, duque de Raverno. La mayoría de la gente de la ciudad se dirige a mí como El Duque, tal como hicieron con mi padre y antes con su padre durante muchos siglos.

¿El Duque? ¿Era un duque? Bien, pues ella no iba a dejarse impresionar, se dijo Charley, sobre todo porque eso era lo que él estaba esperando.

–¿De veras? –Charley alzó la barbilla con determinación, un gesto que había adquirido de niña para defenderse de las críticas de sus padres–. Bien, pues le informo de que esta zona está cerrada al público en general, con título o sin título, por su propia seguridad. Lo pone en los letreros. Si tiene algún problema con el trabajo de restauración que Kentham Brothers va a llevar a cabo, le sugiero que lo denuncie a las autoridades –le dijo con brusquedad.

Raphael se la quedó mirando furioso y sin dar crédito. ¿Ella, una inglesa, se atrevía a intentar negarle el acceso a los jardines?

–Yo no soy el público en general. Fue un miembro de mi familia quien donó este jardín a la ciudad.

–Sí, eso ya lo sé –reconoció Charley.

Había investigado a fondo el jardín cuando le hablaron del contrato.

–El jardín fue un regalo para el pueblo de la esposa del primer

duque, para agradecerles que hubieran rezado por el nacimiento de un varón después de cuatro hijas.

Raphael apretó los labios y contestó:

–Gracias, estoy al tanto de la historia de mi familia.

Pero había tenido que centrarse más en el asunto para descubrir que la ornamentación que aquella mujer pretendía reemplazar por espantosas imitaciones había sido creada por los mejores artistas del Renacimiento.

Ahora abandonado y olvidado, el jardín había sido diseñado por el paisajista más famoso de su época. Al ser consciente de lo magnifico que debió ser el jardín, se le despertó un sentido de la responsabilidad hacia el proyecto actual. Una responsabilidad que debería haber asumido con anterioridad, algo de lo que ahora se culpaba. Tal vez el ayuntamiento fuera el dueño del jardín, pero tenía el nombre de su familia, y al año siguiente, cuando se reabriera al público para celebrar sus quinientos años de existencia, la conexión se haría pública.

Raphael se jactaba de mantener adecuadamente todos los edificios históricos y los tesoros artísticos que había heredado de su familia. La idea de que un jardín relacionado con su apellido fuera maquillado por ingleses de dudoso gusto le llenaba de una ira que ahora dirigía directamente hacia Charlotte Wareham, con su rostro sin maquillar, su cabello castaño con reflejos dorados por el sol y su obvia falta de interés por su propio aspecto. Se parecía tan poco a las mujeres del Renacimiento como sus repugnantes estatuas a los magníficos originales que una vez habitaron aquel jardín.

Volvió a mirar a Charley y frunció el ceño cuando esa segunda mirada le obligó a revisar su primera impresión sobre ella. Ahora podía ver que su boca rosada y libre de pintura era suave, y sus labios carnosos y bien delineados. Tenía la nariz y la mandíbula delicadamente esculpidas. Al principio, había creído que tenía los ojos de un azul pálido a través de las oscuras y gruesas pestañas. Pero ahora que estaba enfadada veía que se habían vuelto de un extraordinario azul verdoso.

Pero daba igual el aspecto que tuviera, se dijo Raphael.

Charley podía sentir cómo le ardía el rostro al recordar cómo sus padres le advertían siempre que pensara antes de hablar o de actuar, y que tuviera cuidado con su precipitación por responder siempre que se sentía retada. Creía que había aprendido a controlar aquel aspecto de su personalidad, pero este hombre, este… duque, se las había arreglado en cierto modo para demostrarle que estaba equivocada. Ahora se sentía como si la hubiera avasallado, pero no se lo iba a

demostrar.

–Bien, puede que usted sea el duque de Raverno, pero en los papeles que he revisado no dice nada de ningún duque relacionado con el proyecto. A mi modo de ver, no importa el papel que hayan jugado sus ancestros en el jardín en el pasado, ahora la responsabilidad de su restauración depende de la ciudad. No tiene derecho a estar aquí.

No iba a permitir que la sometiera ni por un instante, con título o sin él. Ya había sufrido bastante acoso durante las últimas semanas, con su jefe haciéndole la vida imposible. Pero tenía que aguantar, tal como estaban las cosas. Su familia, que incluía a su hermana mayor, la menor y sus dos hijos gemelos, necesitaba desesperadamente el dinero que ella ganaba. Y

más teniendo en cuenta que el negocio de diseño de interiores de su hermana mayor estaba al borde de la quiebra.

Con tanta gente en el paro, ella tenía suerte de tener un trabajo, algo que su jefe le recordaba continuamente. Charley sabía por qué lo hacía, por supuesto. Eran tiempos duros; su jefe quería recortar personal, y tenía una hija recién salida de la universidad que había puesto el grito en el cielo cuando se enteró de que Charley iba a supervisar aquel nuevo contrato en Italia.

Si no hubiera sido por el hecho de que hablaba italiano y la hija de su jefe no, Charley era consciente de que habría perdido el empleo. Seguramente lo perdería de todas maneras cuando finalizara el contrato. Tal vez tuviera que aguantar que su jefe la tratara mal porque necesitaba desesperadamente conservar el trabajo, pero no iba a permitir que aquel italiano arrogante hiciera lo mismo. Ella tenía que rendirle cuentas al ayuntamiento de la ciudad, no a él. Además, retarle la hacía sentirse mejor.

Raphael podía sentir la furia en su interior, ardiendo como lava a punto de entrar en erupción. Cuando el ayuntamiento anunció que tenía planes de restaurar el abandonado jardín que había al otro lado de los muros de la ciudad, él había iniciado una búsqueda en los archivos ducales para encontrar los planos originales del jardín. En un principio, lo hizo por curiosidad, pensando que podría ayudar a la reforma. Sin embargo, cuando regresó de Roma y se enteró de que, por motivos económicos, la ciudad había decidido reemplazar las estatuas y otros elementos originalmente diseñados por algunos de los artistas florentinos más importantes del Renacimiento, se quedó hundido. Y su ira creció cuando en el ayuntamiento le aseguraron que el jardín tendría que restaurarse con aquel exiguo presupuesto o bien destruirlo, porque en su estado actual constituía un peligro para la

gente. Y allí estaba aquella mujer inglesa, cuyo desafío hacia él había prendido su furia hasta niveles incontrolables.

Tal vez no le gustara lo que habían planeado para la restauración del jardín, pero le gustaba todavía menos el efecto que aquella joven responsable del proyecto ejercía sobre él.

La intensidad de su ira era tal, que estaba creando en su interior el deseo de castigarla por atreverse a provocarle. Y eso no podía permitirlo. Ni ahora ni nunca. La ira y la crueldad eran los demonios gemelos que creaban hombres cuyo horrible legado no podía olvidarse ni perdonarse jamás. Y la tendencia a exhibirlas corría por sus venas como había discurrido por la de sus antepasados. Pero aquel legado moriría con él. Lo había prometido a los trece años mientras veía cómo colocaban el ataúd de su madre en el panteón familiar junto al de su padre.

Raphael miró sin ver hacia la entrada cerrada con candado del jardín. Podía sentir la pesada y amenazante sombra de esas dos emociones gemelas a la espalda, siguiéndole sin ser vistas, siempre presentes aunque no pudiera verlas.

Perseguían a su familia como una oscura maldición. Raphael había aprendido a controlarlas utilizando la razón y la ética, negándoles la arrogancia y el orgullo que constituían su alimento, pero ahora, sin saber cómo, sólo por estar allí, aquella mujer inglesa le había provocado un oleada de ira con sus horribles y baratas imitaciones y su falta de conciencia respecto a lo que debería ser el jardín. La llave para liberar esas emociones estaba en la cerradura sin que hubiera sido consciente de haberla puesto allí.

Controlar el deseo de agarrarla y obligarla a estudiar los planos originales del jardín para que viera el daño que le causaría a un lugar histórico fue como tratar de contener la fuerza de un río.

Los muros de su autocontrol ya habían sido puestos a prueba con la reunión que tuvo con el pleno del ayuntamiento, cuando estudió los planes que ellos le habían mostrado con orgullo mientras le hablaban del acuerdo al que habían llegado. Y ahora allí estaba aquella mujer, atreviéndose a negarle acceso al jardín que había creado su antepasado, esperando que aceptara aquella horrible restauración.

«No tiene usted derecho», le había dicho ella. Bien, pues conseguiría tenerlo. Convertiría el jardín en lo que debería ser, y en cuanto a ella…

¿Qué? ¿La sacrificaría en aras de la oscuridad que portaba en los genes?

¡No! Eso nunca. No permitiría que nada ni nadie amenazara el control que tenía sobre aquella capacidad oscura y peligrosa para la

ira violenta que corría por sus venas y estaba grabada en su ADN.

Tenía que hablar con las autoridades locales y ponerles delante el plan que estaba ideando. Un plan en el que él tomaría el control del proyecto de restauración y así podría dejarlo en manos más adecuadas.

Ajena a lo que Raphael estaba pensando, Charley sintió alivio y al mismo tiempo sorpresa cuando vio que se alejaba de ella para dirigirse al coche de lujo que estaba aparcado unos cuantos metros más allá, con la carrocería tan gris como el frío acero de sus ojos.

Capítulo 2

CHARLEY consultó preocupada su reloj. ¿Dónde estaba el transportista que iba a ir a recoger las muestras, según le habían asegurado en el ayuntamiento? Dentro de quince minutos llegaría el taxi que había reservado para que la llevara al aeropuerto de Florencia, y era demasiado responsable como para subirse a él sin asegurarse de que las muestras regresaran sin contratiempos a manos de los proveedores.

Estaba empezando a lamentar no haber hablado ella misma con el transportista en lugar de aceptar la proposición del funcionario del ayuntamiento, que le dijo que lo haría él. Su reciente encuentro con «el duque» la había dejado más incómoda y nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir. Habían sido un par de días muy largos, plagados de reuniones e inspecciones, en los que se había dado cuenta de la magnitud de la tarea de restauración del jardín. En privado, le había entristecido examinar aquel lugar descuidado y abandonado y reconocer en él la belleza que debió tener en el pasado. Era consciente de que el presupuesto que les habían asignado no les permitiría de ninguna manera devolverle su antigua gloria. Y

ahora, en lugar de regalarse unos cuantos días de vacaciones en Florencia, disfrutando de todo lo que la ciudad podía ofrecerle, tenía que volar directamente de regreso a Manchester, porque su jefe no le iba a permitir disfrutar de algo de tiempo libre.

Aunque tampoco hubiera podido permitirse quedarse en Florencia. Cada penique era de gran valor en su casa, y no iba a gastarse el dinero en sí misma cuando estaban luchando por mantener el techo que les cubría.

Una furgoneta dobló la esquina del polvoriento camino y se detuvo prácticamente a su lado con un chirriar de ruedas. Se abrieron las puertas de golpe y dos hombres jóvenes salieron por ellas. Uno de ellos se dirigió a la parte de atrás del vehículo para abrir el maletero y el otro fue a por las muestras.

¿Aquél era el vehículo de carga que la autoridad había enviado? Charley lo observó nerviosa. Su nerviosismo se convirtió en angustia cuando vio la rudeza con la que los jóvenes estaban tratando las muestras.

Pero lo peor estaba por llegar. Cuando llegaron a las abiertas puertas de la furgoneta, arrojaron dos de las muestras en el interior y, para asombro de Charley, las rompieron.

–¡Basta! ¡Dejad lo que estáis haciendo! –exigió Charley en italiano

corriendo a colocarse delante de las muestras que quedaban.

–Tenemos órdenes de llevarnos esta basura –le dijo uno de ellos con educación pero a la vez con firmeza.

–¿Órdenes de quién?

–De El Duque –respondió el joven pasando por delante de ella para recoger otra de las muestras.

¡El Duque! ¿Cómo se atrevía? Charley supo que debía detenerles si no quería enfrentarse a la ira del proveedor de las muestras y a la de su jefe.

–No. No podéis hacer esto. Tenéis que parar –protestó Charley con frenesí Aquellos objetos valían cerca de mil libras, y los daños se le cargarían a ella. Por el rabillo del ojo, observó un familiar coche gris dirigiéndose a toda velocidad hacia ellos, arrojando nubes de polvo mientras su conductor se detenía a un lado del camino y salía del vehículo.

En cuanto le tuvo cerca, Charley gritó:

–¿Qué está pasando? ¿Por qué están estos hombres destruyendo las muestras? Habrá que pagar los daños, y…

–Están siguiendo órdenes mías, ya que ahora yo estoy al mando del proyecto de restauración y deseo desembarazarme de las muestras.

¿Él estaba al mando? ¿Era su deseo desembarazarse de las muestras? ¿Y lo sería también prescindir de sus servicios? ¿De verdad tenía que hacerse aquella pregunta? Observó impotente cómo cargaban la última muestra en la furgoneta.

–¿Dónde van a llevarlas? Lo que está haciendo es un robo.

Trató de defender con valentía las muestras, pero el duque no se dignó a contestarle y se dirigió a hablar con los hombres.

Charley volvió a consultar el reloj. Ahora no podía hacer nada respecto a las muestras.

Pero, ¿dónde estaba su taxi? Si no llegaba pronto, no sólo sería responsable de la pérdida de las muestras, sino que además perdería el vuelo. No podía ni imaginar cómo iba a reaccionar su jefe. El italiano fluido de Charley era lo único que había impedido que le diera el trabajo a su hija.

Buscó el móvil en el bolso. Tendría que llamar al funcionario del ayuntamiento que le había pedido el taxi.

La furgoneta blanca se estaba marchando a toda velocidad, y el duque se acercaba a ella.

–Hay cosas de las que tenemos que hablar –le dijo con firmeza.

–Estoy esperando un taxi que me va a llevar al aeropuerto.

–El taxi se ha cancelado.

¿Cancelado? Charley se estaba sintiendo enferma de ansiedad, pero

no iba a demostrárselo a aquel hombre.

–Sígame –le exigió.

¿Seguirle? Charley abrió la boca para objetar y volvió a cerrarla. Había algo en él que la obligaba a obedecerle, a seguirle, como si… como si una fuerza exterior a su propio control se lo mandara. Todo el cuerpo se le estremeció al instante como si lo hubieran tocado y hubiera reaccionado de una forma que no quería.

¿En qué estaba pensando? El duque se dirigía hacia el coche, sin dejarle más opción que hacer lo que él le había ordenado. Le abrió la puerta del copiloto a Charley. ¿Iba a llevarla al aeropuerto? ¿Y qué había querido decir cuando aseguró que se había hecho cargo del proyecto?

Se lo imaginaba perfectamente en Florencia durante la época de los Medici, manipulando a los políticos para conseguir sus propósitos con la ayuda de la espada si era necesario, reclamando lo que quería, ya fuera riqueza o una mujer. Un aire oscuro y peligroso le rodeaba. Charley volvió a estremecerse, pero esa vez no fue por resentimiento, sino por una sensación que le acarició el cuerpo y la hizo ser consciente de él como hombre.

No era de los que se compadecerían de alguien más débil que él, y menos si ese alguien se interponía en su camino o le había escogido como presa, pensó Charley. Que pensara lo peor de ella no le importaba. Tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse, como conservar su trabajo. O como seguir el ejemplo de los sacrificios de su hermana Lizzie, la mayor. Lizzie siempre había quitado importancia a lo que hacía por ellos, nunca revelaba que sintiera alguna punzada de dolor como las que Charley experimentaba en ocasiones por haber tenido que renunciar a su sueño de trabajar en el mundo del arte. A veces se sentía prisionera, con su naturaleza artística constreñida por las circunstancias de su vida.

Raphael tomó asiento tras el volante del coche, cerró la puerta y arrancó el motor.

Los representantes del ayuntamiento se habían mostrado encantados de permitir que él financiera los trabajos de restauración del jardín y de entregarle el mando del proyecto. Le había parecido percibir un rastro de miedo en su respuesta, al igual que gratitud. Conocían la historia de su familia tan bien como él mismo. Sabían que incluía vidas rotas y la herencia de un apellido que todavía provocaba escalofríos entre aquellos que lo susurraban en secreto con miedo y odio. ¡Beccelli! ¿Quién que estuviera al tanto de la historia de ese apellido no se encogería al escucharlo?

Pero él no podía encogerse, se recordó Raphael mientras conducía.

Se veía obligado todos los días de su vida a enfrentarse a quien era, a lo que llevaba dentro, a su capacidad para la crueldad y la maldad. Era una herencia que atormentaba y torturaba a aquéllos que no eran lo suficientemente fuertes como para soportarlo. Aquéllos que, como su madre, habían terminado quitándose la vida ante la angustia que suponía llevar aquellos genes. Raphael se puso tenso para defenderse de aquella intrusión emocional en sus pensamientos. Había decidido hacía mucho tiempo no permitir que nadie supiera cómo se sentía respecto a la herencia de su sangre y a los fantasmas de su pasado. Que los demás le juzgaran como quisieran; él nunca se permitiría ser lo suficientemente vulnerable como para permitirles ver cómo se sentía realmente. Nunca pedía consejo ni hacía caso de las críticas. Se había quedado solo para cargar con el peso de lo que era. Su padre se había ahogado en un accidente de vela y su madre se quitó la vida. Los dos murieron en menos de un año, justo cuando él entraba en la adolescencia.

Hasta que alcanzó la mayoría de edad, los tutores habían manejado las complejidades de su herencia y su riqueza. Una sucesión de parientes: tías, tíos y primos le habían acogido bajo su techo mientras crecía. Después de todo, era el cabeza de familia tanto si les gustaba como si no. La riqueza y el estatus le pertenecían sólo a él.

En ese sentido, la reunión familiar que siguió a la muerte de su tía abuela les dio a sus parientes la oportunidad de sacar el tema de su matrimonio y el consiguiente nacimiento del próximo heredero, el tema favorito de todas las matriarcas italianas con descendencia soltera.

No era ningún secreto para Raphael que el primo de su padre quería que se casara con su hija, ni que la esposa de su único primo varón, Carlo, se preguntaba con frecuencia si algún día su marido y su hijo podrían estar en la piel de Raphael si no tenía descendencia.

Él, sin embargo, no tenía intención de hacerles partícipes de sus planes. Y ellos sabían que no debían presionarle.

La familia Beccelli era famosa por su crueldad y su furia. Sin embargo, el miedo de Raphael no sólo se basaba en lo que podría haber heredado, sino en los genes de crueldad que podría transmitir.

Estaban viajando a través de la creciente oscuridad de la noche primaveral, y unos instantes después Charley atisbó una señal de la carretera que provocó que el corazón le latiera con fuerza por la ansiedad. Se dio cuenta de que iban en dirección contraria a su destino.

–Éste no es el camino del aeropuerto –protestó.

–No.

–Detenga el coche inmediatamente. Quiero bajarme.

–No sea ridícula.

–No soy ridícula. Me ha secuestrado, y mi jefe espera que esté de regreso en Inglaterra mañana.

–Ya no –le informó Raphael–. Cuando hablé con él antes, se mostró convencido de que se quedaría aquí. De hecho, me rogó que me quedara con usted y la utilizara para cualquier cosa que deseara.

Charley abrió la boca para protestar por la ofensiva connotación de las palabras que había escogido, pero la cerró al ver el brillo de sus ojos. Quería enfurecerla y humillarla. Pues bien, no le daría la satisfacción de demostrarle que lo había conseguido. Así que le dijo con firmeza: –Dijo usted que se había hecho con el mando del proyecto.

–Sí. He decidido financiar yo mismo la restauración antes de permitir que el nombre de mi familia se relacione con la horrible restauración que tenía usted en mente.

–Entonces, ¿ha cancelado nuestro contrato?

–Me habría gustado, desde luego –reconoció Raphael–. Pero por desgracia no va a ser posible hacerlo y encontrar alguien que complete el trabajo a tiempo para la reapertura formal del jardín al año que viene. En cualquier caso, tengo mis dudas respecto a que sea usted la persona adecuada para dirigir el proyecto.

Iban a despedirla.

–Tengo la sensación de que una persona que deja sus estudios de Bellas Artes a la mitad para ponerse a estudiar contabilidad no es la persona que dirigiría este proyecto del modo que a mí me gustaría.

–La elección de mis estudios no es asunto suyo –se defendió Charley.

Por supuesto, no iba a contarle que, tras la muerte de sus padres y los problemas económicos que siguieron, la obligaron moralmente a prepararse para algo que le proporcionara dinero y poder así ayudar a su hermana mayor a conseguir una casa para todos.

–Al contrario, ya que ahora seré yo quien la contrate, tiene mucho que ver conmigo. A partir de ahora trabajará usted directamente bajo mi control y responderá directamente ante mí. Si considero que no es capaz de alcanzar el estándar que yo disponga, entonces la despediré. Su jefe ya me ha dicho que tiene a alguien en mente para reemplazarla si fuera necesario.

–Su hija –afirmó Charley furiosa sin poder evitarlo–, que no habla ni una palabra de italiano.

Raphael ignoró su arrebato y continuó hablando.

–Mi intención es restaurar el jardín lo más parecido posible al

diseño original.

Charley se le quedó mirando en la oscuridad del coche. La luz de la luna dejaba al descubierto el orgullo de sus facciones.

–Pero eso costará una fortuna –protestó–. Y además, habrá que encontrar artesanos que lleven a cabo el trabajo…

–Eso déjemelo a mí. Tengo contacto con un comité en Florencia que se encarga de la restauración de los edificios de la ciudad; me debe varios favores.

Charley pensó que debía de ser muy bueno cobrándose aquellos «favores».

–Su trabajo empieza mañana. Iremos juntos a ver el jardín. Tengo los planos de diseño originales.

–¿Mañana? Pero se suponía que sólo iba a pasar aquí el día. No tengo dónde quedarme, ni tampoco…

–Eso no será un problema. Se quedará en el *palazzo* para que pueda supervisar su trabajo y asegurarme de que el jardín se restaura exactamente como yo quiero. Allí es donde vamos ahora. A menos, por supuesto, que desee que le pida a su jefe que envíe a otra persona a ocupar su puesto.

¿Sería eso lo que anhelaba en secreto? Bien, pues se iba a llevar una desilusión, decidió Charley con orgullo. Era tan capaz de encargarse de un proyecto de alto presupuesto como de uno inferior, y lo cierto era que nada le gustaría más que ver cómo el jardín recuperaba el esplendor que una vez tuvo. Ojalá él no estuviera relacionado con el asunto. Sin embargo, más importante que todo aquello era su necesidad de seguir ganando el dinero que tan desesperadamente necesitaban. No podía permitirse el lujo del orgullo, por mucho que lo deseara.

La carretera comenzó a hacerse cuesta arriba, y en la cima de la colina, envuelta en el brillo de la luna, Charley distinguió la gigantesco silueta de una impresionante construcción que dominaba el paisaje.

–Es el *palazzo* Raverno –le informó Raphael.

La fachada del edificio estaba iluminada por reflectores de luz, y cuando finalmente se detuvieron en la entrada, Charley observó que era de estilo barroco, con intrincadas molduras alternadas con líneas rectas.

A pesar de su determinación de no mostrar lo que estaba sintiendo, cuando Raphael se bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta, fue incapaz de contenerse y le preguntó mientras le seguía por los escalones de mármol:

–¿Vive usted aquí?

Su mirada de asombro se centró en la magnificencia del edificio que tenía delante. Parecía un lugar propio de Patrimonio Nacional, o del equivalente italiano de dicho organismo.

–Es la residencia oficial del duque de Raverno, y lo ha sido desde que se convirtió en tal en el siglo XVII. Así que sí, vivo aquí, aunque a veces me quedo en mis apartamentos de Roma o de Florencia por asuntos de trabajo.

Raphael se encogió de hombros con indiferencia, provocando que Charley fuera todavía más consciente del enorme abismo que había entre sus modos de vida.

–Mis sobrinos le envidiarían por tener tanto sitio para jugar –fue lo único que se le ocurrió decir–. Se quejan de que en la casa en la que vivimos todos no hay suficiente espacio para utilizar sus juguetes.

–¿Donde viven todos? ¿Significa eso que vive con su hermana y con su marido?

Raphael no sabía por qué le había hecho semejante pregunta, ni por qué la idea de que compartiera su vida diaria con un hombre, aunque fuera el marido de su propia hermana, le llenaba de inmediata e irracional hostilidad. ¿Qué le importaba a él con quién vivía?

–Ruby no está casada. Las tres vivimos juntas: mi hermana mayor, Lizzie, Ruby, los gemelos y yo. Fue idea de Lizzie. Quería mantener a la familia unida tras la muerte de nuestros padres, así que renunció a su trabajo en Londres y regresó a Cheshire.

–¿Y usted a qué renunció?

La pregunta hizo que Charley se le quedara mirando sorprendida. No la esperaba, y no había preparado las defensas.

–A nada –mintió, cambiando al instante de tema–. ¿No le importará a su esposa que me traiga a su casa?

–¿Mi esposa?

Raphael estaba subiendo por los escalones de mármol delante de ella, pero se detuvo y se giró para mirarla.

–No tengo esposa –le informó–. Ni pretendo tenerla.

Charley estaba muy sorprendida, y no pudo evitar decir: –Pero es usted duque. Debe querer tener un hijo, un heredero… en eso consiste ser duque, ¿no es así?

Algo apareció de forma visible en sus ojos antes de que pudiera controlarlo. Algo que no era solamente rabia, ni orgullo, sino algo que iba más allá de ambas cosas y resultaba oscuro y amargo.

–¿Cree que mi único propósito en la vida, el objetivo de mi existencia es asegurar la continuación de mis genes? –sus ojos grises brillaban ahora como el mercurio–. Bueno, hay mucha gente que comparte su punto de vista, pero yo desde luego no. No tengo

intención de casarme jamás, y mucho menos de tener hijos.

Charley estaba demasiado impactada para decir algo. Le parecía impropio del tipo de hombre que había dado por hecho que era que no considerara el matrimonio y el nacimiento de un heredero como la principal razón de su existencia. Así era como pensaba la aristocracia.

Era su determinación lo que la había convertido en lo que era, la necesidad de continuar con el linaje masculino para asegurar su estatus y su derecho a seguir disfrutando de la riqueza generada por generaciones anteriores. Escuchar a uno de sus miembros asegurar con tanta firmeza lo contrario le pareció tan extraño, que se preguntó al instante por qué Raphael pensaba así. Por supuesto, nunca tendría la oportunidad de preguntárselo. Eso requeriría un grado de intimidad y confianza entre ellos que nunca se daría. Estaba obviamente muy enfadado con ella, y cuando dio un paso en su dirección, Charley dio otro hacia atrás, olvidándose de que estaba en un escalón, por lo que perdió el equilibrio.

Raphael reaccionó al instante y le sujetó con fuerza los antebrazos. No para protegerla de ningún mal, reconoció ella, sino para protegerse a sí mismo de recibir un contacto no deseado de ella. Aquella certeza le hizo daño en el orgullo y en el corazón, y recordó todas aquellas veces en las que los hombres la habían rechazado por encontrarla poco agraciada.

–Deberías tener más cuidado, Charlotte Wareham.

–No me llamo Charlotte, me llaman Charley –le corrigió ella alzando la barbilla en gesto desafiante.

Raphael seguía sosteniéndola, y una vez más Charley tuvo que luchar contra el impacto de experimentar su cercanía. ¿Cómo podía haber sucedido algo así?, se preguntó. Ella nunca se sentía así, primero con frío y luego con calor, temblorosa, ardiendo con el calor de las sensaciones que le atravesaban el cuerpo en reacción a su virilidad.

Había aprendido años atrás a no interesarse por los hombres, porque siempre había sabido que no estaban interesados en ella.

No sabía cuándo fue consciente por primera vez de que a ojos de sus padres no era tan bonita como sus hermanas. Cuando se dio cuenta de ello, aprendió rápidamente a representar el papel de marimacho que le habían otorgado, fingiendo que no le importaba cuando su madre llevaba bonitos vestidos para sus hermanas y pantalones vaqueros para ella, fingiendo que ser la marimacho de la familia era lo que de verdad quería, diciéndose que sería absurdo tratar de imitar a sus hermanas cuando era mucho más vulgar que ellas. Fue su padre el que empezó a llamarla Charley, un nombre más

adecuado para una marimacho que Charlotte.

A lo largo de los años, había aprendido que la mejor manera de protegerse contra los comentarios sobre su falta de feminidad cuando la comparaban con sus hermanas era asegurarse de que los demás pensaran que ella quería ser lo que era. Que quería ser Charley y no Charlotte. Pero ahora, por alguna razón desconocida, con los dedos de Raphael en su piel, su mirada de frío acero clavada en ella y penetrando en sus pensamientos y miedos más profundos, sintió una aguda puñalada de dolor por lo que ella era… y por lo que no era.

Si hubiera sido su hermana mayor Lizzie, con su elegancia y su belleza clásica, o su hermana pequeña, Ruby, con su melena de rizos y su belleza traviesa, Raphael no estaría mirándola así, como si quisiera apartarla de él y rechazarla.

Estar tan cerca de él la ponía nerviosa, igual que sentir la sólida fuerza de acero de su cuerpo masculino contra el suyo. Sin que ella quisiera, su mirada se quedó prendada de su rostro. Deseaba alzar la mano y tocarlo, comprobar si sentiría algo de la rugosidad de una barba incipiente o si tendría la piel tan suave como parecía. Deslizó la mirada por su rostro a la velocidad del rayo, con la rapidez de un niño en una tienda de dulces, deseoso de disfrutar de placeres prohibidos a toda prisa. Cuánto desearía poder pintar la imagen de aquel hombre en un lienzo, capturar la esencia de su orgullo y su arrogancia para revelar lo que era, tanto por fuera como por dentro, y dejarle vulnerable con la misma facilidad con la que él la había despojado de sus defensas. Ya sólo la boca decía mucho de él. Era dura y cruel. Charley estaba tan centrada en visualizar mentalmente el boceto que cuando le miró el labio inferior fue la artista la que lo miró, y no la mujer. Sin embargo, sí fue la mujer la que retenía el aire en los pulmones. ¿Qué se sentiría al ser besada por un hombre con una boca así? ¿La besaría con la crueldad del labio superior, exigente y buscando su propio placer? ¿O la besaría con la sensual promesa del labio inferior, llevando a la mujer que estaba besando a un lugar donde reinaba el placer?

La garganta de Charley sofocó un sonido traicionero. Se apartó a toda prisa de él, provocando que deseara al instante retenerla donde estaba. ¿Por qué? Porque durante una fracción de segundo, su cuerpo había reaccionado con deseo físico. Eso no significaba nada.

Había sido una reacción automática y nada más. Raphael tenía por norma tener relaciones en las que las mujeres estaban de acuerdo en que se trataba de una relación puramente sexual y nada más. Estaba decidido a permanecer soltero y sin hijos, era una cuestión de honor, y nadie iba a cambiar eso nunca.

Y desde luego no lo cambiaría aquella mujer.

Y sin embargo, bajo sus manos, Raphael podía sentir la esbeltez de su brazo, y aquello fue suficiente para que sus pensamientos se dirigieran hacia la suavidad de su piel, tan pálida y delicada, con suaves venas azuladas. Su cuerpo desnudo parecería de alabastro, aunque cálido al contacto.

Furioso consigo mismo por la dirección que habían tomado sus pensamientos, Raphael apartó de si aquella tentadora visión, ignorando el deseo que había empezado a apoderarse de su cuerpo.

Era imposible e irracional desearla. Incluso su nombre era una afrenta para su sentido de la estética.

–Charley. Es un nombre de varón, y tú eres una mujer –le señaló–. ¿Por qué rechazas tu feminidad?

–Yo no… no la rechazo –protestó ella a la defensiva.

¿Por qué no la había soltado? Sabía que quería hacerlo. Se le notaba en los ojos, en el modo de fruncir la boca, tan fría y potencialmente cruel, y al mismo tiempo… Un estremecimiento incontrolable la atravesó cuando le miró la boca. ¿Qué se sentiría al ser besada por un hombre así?

Un débil sonido salió de la garganta de Charley, y los ojos se le oscurecieron hasta adquirir el tono azul verdoso que le recordaba a Raphael las profundas y limpias aguas de la cala privada que había en su isla de Sicilia. La repentina dureza de su cuerpo antes de que tuviera tiempo de reaccionar le pilló por sorpresa, y se regañó mentalmente por su reacción.

Se dijo con gravedad que era imposible que la deseara.

–Ninguna mujer italiana se vestiría como tú, ni se comportaría como tú, sin ningún orgullo hacia su feminidad.

Charley pensó que estaba siendo deliberadamente cruel con ella. Tenía que haberse dado cuenta de que no poseía el tipo de feminidad del que pudiera sentirse orgullosa. Era vulgar y desgarbada, poco femenina y nada deseable. Tan opuesta a la belleza que su sentido artístico admiraba y ansiaba crear, que le dolía saber lo lejos que estaba de su propio estándar. Cuando era niña, pensaba en secreto que, si no podía ser bella, al menos podría crear belleza. Pero incluso aquello se le había negado. Fue un sacrificio que hizo de buena gana, por el bien de sus hermanas. Ellas la querían como era, y Charley las quería a ellas. Eso era lo único que importaba, y no aquel hombre.

Y sin embargo, cuando la soltó y la miró como si la despreciara, sí le importó, reconoció Charley. Mientras lo seguía hacia el interior del *palazzo* era consciente de lo desarreglada y poco atractiva que debía estar con aquellos vaqueros baratos que nunca le habían sentado bien,

ni cuando se los compró, y la sudadera azul marino dada de sí que se había puesto sobre la camiseta para tener más espacio en la mochila. Los zapatos estaban tan gastados que por mucho que los limpiara seguirían teniendo un aspecto desaliñado. Pero Charley se olvidó de la fealdad de su ropa mientras observaba la magnificencia del enorme vestíbulo de entrada, con sus paneles y sus techos cubiertos de frescos. Los colores resultaban sin duda tan ricos y frescos como cuando fueron pintados en su día, y Charley quiso estirar los brazos para tocarlos y sentir su textura bajo las yemas de los dedos. Las escenas eran alegóricas, y supuso que relataban historias de la mitología romana más que del cristianismo. Y habían sido pintadas por una mano maestra. El mero hecho de mirarlas supuso una fiesta para sus sentidos, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las secó rápidamente porque no quería que Raphael las viera.

Trató de concentrarse en otra cosa, pero incluso las escaleras de mármol que subían desde el vestíbulo eran en sí mismas una obra de arte.

Raphael, que había estado observándola, vio cómo se le abrían de par en par los ojos y le cambiaban de color con el rostro vuelto hacia los frescos en una maravillada alegría que iluminó sus facciones y reveló la auténtica belleza de su delicada estructura ósea.

El corazón le latió contra las costillas con una fuerza para la que no estaba en absoluto preparado. El fresco era uno de sus favoritos, y el silencioso pero claro homenaje de Charley era una copia de sus propios sentimientos. Pero, ¿cómo era posible que aquella mujer, cuyo comportamiento daba a entender que no sentía ningún respeto por la belleza artística, mirara el fresco y reaccionara ante él como habría hecho el propio Raphael? No parecía posible. No tendría que haber ocurrido. Pero así había sido, y él lo había presenciado. Observó cómo Charley levantaba la mano y daba un paso hacia el fresco más cercano, como si no pudiera contenerse, y luego la dejaba caer. No esperaba aquello de ella. No le había dado la impresión de ser alguien capaz de sentir una emoción así, y menos de expresarla, y sin embargo ahora podía sentir la pasión llenando la distancia entre ellos. Si la mirara ahora sabía que vería cómo sus ojos se habían oscurecido hasta adquirir aquel tormentoso tono azul verdoso que le había llamado anteriormente la atención, y que tendría los labios apretados de manera sensual y suave, tentando a cualquier hombre que los mirara a saborearlos.

Raphael se maldijo a sí mismo entre dientes. Llevaba demasiado tiempo sin una amante.

Pero no recordaba haber visto nunca a nadie reaccionar de un

modo tan emocional ante los frescos aparte de su madre, que los amaba y le había transmitido aquel amor a él. Todavía recordaba cómo siendo un niño pequeño, ella le levantaba para que pudiera ver los frescos de cerca. La voz se le quebraba por la emoción mientras le hablaba de ellos. La vida de Raphael era muy feliz entonces, llena de amor y de seguridad. Eso fue antes de que supiera lo de su oscura herencia.

Demasiada belleza, pensó Charley conmovida. Su corazón y todo su ser habían anhelado aquella belleza durante mucho tiempo. Trató de comprender con la imaginación qué se sentiría al ser la pupila de semejante artista, tener el privilegio de verle trabajar sabiendo que ni todos sus esfuerzos se equipararían jamás a la menor de sus pinceladas, alimentando la alegría de ser testigo de tanto arte.

Pero por supuesto, los grandes maestros nunca habían aceptado mujeres como discípulos, ni siquiera a las marimachos. Hubo un tiempo en el soñó con trabajar entre las más grandes obras de arte en uno de los famosos museos de Londres como historiadora del arte, pero aquel sueño acabó cuando sus padres murieron.

Charley apartó la vista de los frescos, sacudió la cabeza como si hubiera salido de un profundo sueño y le dijo despacio a Raphael:

–Giovanni Battista Zelotti, el pintor de frescos más famoso de su época. Nunca le contó a nadie la fórmula que utilizaba para su famosa pintura azul. El secreto murió con él.

Raphael asintió con la cabeza.

–Mi antepasado le pidió este encargo tras haber visto el fresco que pintó para los Medici en Florencia.

Raphael consultó su reloj, y aquel movimiento captó la atención de Charley. Tenía las muñecas musculosas, y el vello oscuro del brazo le marcaba la virilidad, provocando que a Charley se le tensaran los músculos del estómago en un lento movimiento que le afectó a toda la parte inferior del cuerpo. ¿Qué se sentiría al ser abrazada y acariciada por un hombre así, conocer la controlada pericia de su contacto sobre la piel? Sin duda Raphael era un experto en darle placer a una mujer. El lento deseo se transformó en algo más intenso, y Charley contuvo el aliento mientras trataba de defenderse del ataque de su propio cuerpo contra sus defensas.

Tenía que ser Italia lo que la hacía sentirse así. Italia y la certeza de que estaba muy cerca de las ciudades que tanto había deseado conocer, llenas de maravillosos tesoros de arte. No se debía a Raphael. No podía ser. No debía ser.

Capítulo 3

CALOR, sol y un aroma que se filtraba a través del balcón abierto que le resultaba desconocido y al mismo tiempo encantador, y una cama grande con las sábanas más maravillosas en las que había dormido en su vida. Y a pesar de todo, había dormido, admitió Charley mientras disfrutaba sintiéndose culpable del delicioso confort de la cama y de lo que la rodeaba. Se había despertado unos minutos atrás al escuchar una discreta llamada con los nudillos a la puerta de su dormitorio, a la que siguió la entrada de una joven doncella sonriente que le llevaba el desayuno.

Cuando el ama de llaves de Raphael la había conducido allí la noche anterior, se había sentido un poco intimidada, pero para su alivio, Anna, como le había pedido a Charley que la llamara, la había tranquilizado al instante preparándole una comida ligera y diciéndole que le subirían el desayuno a su habitación porque El Duque, como se había referido a Raphael, desayunaba muy pronto cuando estaba allí para poder ir a hablar con los hombres mientras trabajaban en los viñedos.

Por supuesto, para Charley supuso un gran alivio no tener que desayunar con Raphael, y no se debía a la curiosidad que sentía por él el hecho de que nada más levantarse de la cama se acercara a las ventanas del balcón para disfrutar de la vista de los viñedos que había más allá de los jardines. Charley deslizó por la muñeca la cinta que utilizaba para retirarse el pelo de la cara y se acercó descalza al balcón con el pijama de camisola de tirantes con pantalón corto a juego que le habían regalado los gemelos por Navidad. El conjunto le quedaba muy suelto debido a la pérdida de peso que había experimentado en las últimas semanas debido a la ansiedad.

Era delicioso sentir el calor del sol sobre la piel desnuda. Charley giró el rostro hacia el sol y se puso tensa al escuchar la voz de Raphael y verlo después doblar la esquina de la mansión acompañado de otro hombre con el que iba sumido en profunda conversación. Los dos hombres iban vestidos de manera informal, con camisas de manga corta y pantalones de tela, pero la atención de Charley se centró en Raphael cuando los dos hombres se dieron la mano y el mayor de los dos se alejó, dejando a Raphael solo. El lino azul de la camisa enfatizaba la piel morena de sus antebrazos desnudos. Un rayo de luz iluminaba la fuerte columna de su cuello. Charley tuvo que apretar los dedos para acallar su deseo. No quería agarrar un carboncillo y dibujar un esbozo de sus eróticas y elegantes líneas masculinas, sino

que deseaba tocarlo, sentir el calor de la fuerza vital que yacía bajo su piel, experimentar lo que sería sentirse libre para explorar físicamente a un hombre así.

Los pezones se le endurecieron bajo la fina tela de la camisola. El pequeño movimiento que hizo instintivamente para rechazar su excitación provocó que la tela se pegara a su henchida sensibilidad, conjurando dentro de su cabeza imágenes de unas caricias masculinas creando, o mejor dicho alentando, aquella sensibilidad. Con los ojos cerrados, Charley casi podía ver aquellas manos viriles atormentándola, haciéndole suspirar por que le acariciara los senos. Dio un paso adelante instintivamente, y contuvo el aliento con los ojos abiertos cuando se topó con la barandilla del balcón.

Justo debajo de ella, Raphael miraba hacia el balcón. Ya era demasiado tarde para que Charley diera un paso atrás y desapareciera de su vista. La había visto, y sabría que ella le había visto también. Consciente de pronto del aspecto que debía tener, se sacó la cinta que tenía en la muñeca y abrió los ojos aterrada cuando se le cayó de entre los dedos y fue a parar a los pies de Raphael.

Cuando se agachó para recogerla, Charley observó cómo la tela de la camisa de lino le marcaba los hombros. No había nada más viril que la anchura de los hombros de un hombre, el modo en que su cuerpo se convertía en una uve camino de las caderas, el pecho duro y musculoso.

Raphael se estaba incorporando y guardándose la cinta en el bolsillo, mirando el pelo de Charley, su boca, los senos. Ella curvó lo dedos de los pies sobre el suelo de mosaico del balcón para conjurar el calor que la atravesó.

Comenzó a sonar un teléfono móvil. Era el de Raphael, que lo sacó del bolsillo y contestó, dándole la espalda a Charley mientras se alejaba.

Era el calor sobre su cuerpo hambriento de sol lo que la había excitado, no Raphael. Sólo había sido una casualidad que estuviera allí en ese momento, nada más, se dijo Charley mientras se ponía debajo de la ducha, decidida a no pensar en otra cosa que no fuera la razón por la que estaba en Italia.

Diez minutos más tarde, tras haber revisado su mochila tres veces, Charley se dejó caer al suelo derrotada. ¿Por qué no habría metido un par de cintas de pelo más? Ella nunca llevaba el cabello suelto. Nunca. Prefería, necesitaba tenerlo retirado de la cara y bajo control. No era suficientemente femenina como para llevar suelta su melena de rizos.

Cuando hubo colgado, Raphael miró hacia la cinta de pelo que había sacado del bolsillo, y todo su cuerpo se puso duro mientras la miraba. Dentro de su cabeza podía ver a Charlotte Wareham de pie en el balcón. El brillante sol de la mañana convertía en prácticamente transparente la camisola y los pantalones cortos que llevaba puestos, y pudo ver con toda claridad la piel que había debajo. Los grandes y redondos senos, oscurecidos por la aureola de sus pezones, que se apretaban contra la tela que los cubría.

Qué distinta estaba entonces, fuera del confinamiento de la ropa sin forma que había llevado el día anterior. Raphael trató de apartar aquella imagen erótica de su cabeza, pero su memoria produjo otra imagen. La de Charlotte Wareham apoyada contra la barandilla del balcón, con la espalda arqueada y los ojos cerrados en una mezcla de rendición y dicha, con aquellas piernas largas entreabiertas, la luz del sol dejando vislumbrar el vello que protegía su sexo. Qué fácil habría sido para un hombre deslizarle la mano por el muslo hacia el dobladillo de los pantalones cortos para poder acariciar aquella sensual suavidad y explorar lo que ocultaba. Lo que Charley llevaba puesto, dos prendas sencillas de ropa nada sugerentes, se ceñían a su cuerpo de tal manera, que su cercanía le había llenado de un fiero deseo por saborear todas las delicias que su cuerpo tenía para ofrecerle. No podía acusarla de ser deliberadamente provocativa, y Raphael lo sabía. Estaba enfadado consigo mismo por tener que admitir que, contra todo pronóstico, y desde luego en contra de su código habitual de comportamiento, su mente había desarrollado voluntad propia y había transformado unas prendas de lo más vulgar en ropa cargada de sensuales promesas.

Recordó el modo en que los finos tirantes de la camisola habían sugerido que podían deslizarse fácilmente por los brazos para revelar la promesa de aquellos pezones oscuros y duros y rechazó enfadado la respuesta de su cuerpo a ella. La suave tela de la camisola, que le llegaba prácticamente a la altura de la cintura y dejaba al descubierto un destello de piel pálida, le hacía desear quitársela para poder ver y tocar la promesa de su cuerpo.

Y los pantalones cortos, anchos y sueltos… un hombre podría disfrutar escogiendo cualquier parte de ella.

Maldiciéndose de nuevo en silencio, Raphael le ordenó a su autocontrol que disipara tanto sus pensamientos como la excitación que le estaban provocando. Si necesitaba una mujer, tenía de sobra dónde elegir entre muchas mujeres que serían mejores compañeras de cama que Charlotte Wareham.

Charley estaba deseando recogerse el cabello y mantenerlo apartado del rostro mientras permanecía de pie frente al escritorio en el que estaba sentado Raphael. La había llamado a su presencia como si se hubiera portado mal y fuera a castigarla. No podía tocarse el pelo por muy incómoda que se sintiera con la melena cayéndole por los hombros, porque si lo hacía podría recordarle a Raphael, y por supuesto a ella, las circunstancias en las que había perdido la cinta del pelo.

En un intento de distraerse, observó lo que la rodeaba. El hecho de que la enorme estancia estuviera en la planta baja del *palazzo* indicaba que su propósito original era realizar allí los negocios, pedir favores y sellar acuerdos… el centro administrativo del ducado.

El techo estaba decorado con óvalos pintados que representaban símbolos y escudos familiares. La pulida madera de la librería, que acogía libros encuadernados en piel con letras doradas, añadía un aire majestuoso a la estancia. Sin duda sería allí donde tradicionalmente presentarían los administradores de la hacienda sus cuentas al duque, responderían a sus preguntas y recibirían sus halagos… o su ira.

Charley se estremeció. No cabía duda de cuál de las dos opciones consideraba Raphael que merecía ella.

El pesado y ornamental escritorio, colocado para aprovechar al máximo la luz que se filtraba a través de las estrechas ventanas, estaba cubierto de papeles, Raphael miró un instante a Charley. Tenía el pelo suelto, y al verlo recién lavado, su delicado aroma despertó de nuevo el deseo que había experimentado antes. ¿Qué le estaba ocurriendo? No era un adolescente prisionero de las hormonas para verse tentado y atormentado por la idea de deslizar las manos en aquellos rizos salvajes, de hundir los dedos en ellos mientras cubría su cuerpo desnudo con el suyo, despertando el deseo de Charley del mismo modo que ella había despertado el suyo. Utilizando la fuerza de voluntad de la que siempre había hecho gala, Raphael rechazó aquellos pensamientos no deseados con firmeza como si los hubiera encerrado tras una puerta de acero. Permitirse sentir deseo hacia Charlotte Wareham sería un comportamiento inaceptable, y más que eso, una debilidad que no estaba dispuesto a tolerar. No entendía por qué tenía aquel efecto sobre él. No era educada ni elegante. No era inteligente ni sofisticada. En resumen, no había nada en ella que pudiera resultarle atractivo.

Lo único que se le ocurría era que tal vez su cuerpo se hubiera confundido con la ira que Charley le provocaba y que por eso se comportaba de manera poco adecuada. Lo cierto era que Charlotte

Wareham estaba demostrando ser una china en el zapato en más de un sentido.

–Aquí tengo copias de los planos originales del jardín. Quiero que los estudies y veas qué se puede hacer.

–Sí, duque –respondió Charley apretando los dientes.

Se hizo un silencio peligroso, como si Raphael supiera que había estado a punto de atragantarse al pronunciar el título que, a sus ojos, la reducía a poco más que a una esclava obligada a obedecerle. Había pronunciado las palabras con furioso desprecio. Ahora observó la tormenta en los oscuros ojos grises de Raphael y esperó, consciente de que iba a ser castigada.

Pero cuando él habló, la sorprendió diciéndole:

–Te dirigirás a mí llamándome Raphael, y no duque.

¿Llamarle por su nombre de pila en lugar de con el título? Charley estaba a punto de decirle que no haría algo semejante, pero al instante se dio cuenta de lo ridículo que sería desafiarle así.

–Y ahora –continuó él–, déjame decirte que cualquier intento por tu parte de intentar estropear la restauración del jardín con elementos como los que vi ayer traerán como consecuencia tu inmediato despido. El jardín será restaurado con su antiguo esplendor hasta el mínimo detalle.

Charley casi podía sentir la intensidad de su compromiso. Si podía comprometerse así con un jardín, entonces, ¿cuánto más intenso sería el compromiso que adquiriría con la mujer a la que amaba?

El cuerpo de Charley se estremeció ligeramente. Hubo un tiempo, hacía mucho, cuando era una niña y todavía no se había dado cuenta de que el sexo opuesto no deseaba proteger a las marimachos, en el que soñaba con crecer y ser amada por un hombre que la protegería siempre.

Una dolorosa sensación de pérdida se apoderó de ella. Nunca conocería aquella clase de amor. El amor que podría darle Raphael.

¿Amor? ¿Qué diablos estaba sucediendo? El amor y aquel hombre no tenían cabida en sus pensamientos. No podía permitirse ser vulnerable. Ya lo era demasiado.

Una discreta pero firme llamada a la puerta con los nudillos irrumpió en sus pensamientos e hizo que Raphael se girara.

–Adelante –dijo.

La puerta se abrió para dar paso a un mayordomo de aspecto serio, Ciro, a quien Charley había conocido con anterioridad, cuando se presentó y le dijo que Raphael la estaba esperando para hablar con ella.

Ciro habló deprisa y en voz baja con Raphael, quien frunció el

ceño ligeramente y le dijo a Charley:

–Tengo que ir a hablar con el responsable del viñedo. No tardaré mucho. Ciro le dirá a Anna que te prepare un café mientras esperas a que regrese.

Sus palabras sonaban lo bastante educadas, pero a Charley no la engañaba. En realidad se trataba de una orden para que permaneciera donde estaba hasta su regreso, cuando sin duda la sometería a más desprecio y castigo verbal, pensó mientras Raphael cruzaba por la puerta que su mayordomo le estaba sosteniendo. Ciro le siguió.

Charley le dio las gracias a la doncella por el café que acababa de llevarle. Agarró la taza con ambas manos para sentir su calor, como una niña que se agarrara a un juguete de peluche, pensó regañándose por su propia vulnerabilidad.

Cuando era niña siempre tenía la sensación de ser ella la que cargaba con las culpas de las inocentes travesuras que a veces hacían las tres, incluso cuando Lizzie insistía en que la culpa era suya. Hubo muchas ocasiones en las que lloró por la noche en silencio contra la almohada sintiéndose incomprendida y menos digna del amor de sus padres que sus dos hermanas. El modo en que Raphael la estaba tratando ahora le recordaba aquel dolor lejano, y se añadía a su actual angustia.

Le dio un rápido sorbo a su café y se levantó de la silla, dejando la taza mientras se dirigía a los bocetos y los dibujos que había sobre el escritorio de Raphael. No había razón para que no los viera, se dijo, ya que eran los planos del jardín. Después de todo, los había visto ya cuando estaba en Inglaterra.

Sin embargo, éstos no eran dibujos modernos, sino esbozos y acuarelas de algunas partes del jardín original, según descubrió Charley al instante. Se centró tanto en ellos que todo lo demás quedó olvidado mientras regresaba mentalmente a otro siglo, imaginando con envidia lo que debió haber sido formar parte de un proyecto tan maravilloso. Los planos y los bocetos eran en sí mismos pequeñas obras de arte por derecho propio, y las yemas de los dedos de Charley temblaron al tocar los papeles en los que aquellos artesanos de antaño habían dibujado sus ideas y detallado las medidas de las fuentes, las estatuas y las columnatas.

Había una perspectiva que mostraba la totalidad del jardín. Una entrada regia formada por una columnata se abría hacia el centro, y desviaba la vista hacia una ancha avenida en la que había plantados lo que parecían ser tilos. A cada lado aparecían estrechos caminos que se

abrían a pérgolas recoletas decoradas con asientos y estatuas. Más allá se veía una fuente de piedra, en cuyo centro había una gran estatua de piedra. Los límites los marcaba una terraza protegida con una parra. Más allá se atisbaba a ver un lago ornamental.

Había dibujos de pequeños y elegantes pabellones, jardines secretos de agua diseñados para cobrar vida cuando alguien pasara cerca de ellos sin sospecharlos. Charley hubiera dado cualquier cosa con tal de ver aquel jardín en su plenitud. Raphael tenía razón al decir que tratar de recrear semejante belleza utilizando materiales baratos era un insulto a los artistas originales.

Estaba tan envuelta en aquel mundo lejano que habían creado artesanos y artistas que no oyó el suave clic de la puerta al abrirse, ni se enteró de que Raphael había regresado y estaba delante de ella, observando cómo estudiaba los papeles de su escritorio con expresión concentrada.

Charley levantó la vista del escritorio con los ojos llenos de todo lo que estaba sintiendo, perdida en su propio mundo… y salió bruscamente de él al ver a Raphael.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? El modo en que la miraba la hacía sentirse profundamente vulnerable. Se apartó del escritorio. Tenía tantas ganas de escapar de su mirada, que se olvidó de la mesita que había detrás de ella, en la que la doncella había dejado la bandeja con el café.

Cuando tropezó con la mesa, cayó la pesada cafetera. Antes de que Charley tuviera tiempo de reaccionar, Raphael lo hizo por ella. La apartó de la mesa justo cuando el café caliente se le derramaba sobre la pierna, cubierta por los vaqueros.

Debió gritar, aunque no era consciente de haberlo hecho, porque Raphael miró al instante donde el líquido caliente le había mojado los vaqueros.

–Te has quemado –le dijo con tono que sonó acusador.

Charley negó con la cabeza.

–No, estoy bien –aseguró.

Le ardía el rostro con una mezcla de emociones. La pierna le quemaba dolorosamente bajo la húmeda tela de los vaqueros, pero lo que le daba vergüenza era haber sido tan torpe, no el dolor. Había una mancha de café en el inmaculado mantel de lino blanco de la bandeja, y también en el suelo, pero por suerte no había caído sobre la alfombra que cubría parte del suelo de mármol. Sus padres habrían sacudido la cabeza si hubieran presenciado su tropiezo, señalando que era terriblemente torpe. Cuánto deseaba Charley ser delicada de movimientos y no el bebé elefante que siempre le decía su madre de

broma que era.

–Ha sido culpa mía –le dijo a Raphael–. No debería ser tan torpe.

¿Torpe? Raphael frunció el ceño. Era alta, sí, pero de manos y pies elegantes y estrechos y cuerpo demasiado esbelto para poder ser torpe. De hecho, lo que había notado Raphael era lo controlado de sus movimientos, como si tuviera miedo de expresarse.

–Supongo que querrás cambiarte. Te esperaré aquí abajo.

–No hace falta que me cambie –le dijo Charley–. Los vaqueros se secarán.

Raphael la estaba mirando de un modo que expresaba claramente lo que pensaba de una mujer a la que le interesaba tan poco su aspecto, que estaba dispuesta a seguir con unos vaqueros manchados y que olían a café.

Charley apretó los dientes y se comió el orgullo cuando dijo: –No tengo nada para cambiarme, ya que tú insististe en que me quedara aquí en lugar de volver a casa para luego regresar.

Ahora que se le estaba pasando el susto inicial, Charley empezó a darse cuenta de que el café hirviendo le había hecho más daño de lo que pensaba en un principio. Le ardía la pierna, y el dolor se iba haciendo más intenso a cada segundo que transcurría, pero se mostraba decididamente obstinada a que Raphael no lo viera.

–Sube a tu habitación –le ordenó Raphael–. Hablaré con Anna para que te consiga algo que puedas ponerte ahora.

Era más fácil acceder que discutir, sobre todo porque el dolor se iba haciendo más intenso, admitió Charley mientras se ponía de pie. Y entonces, para su asombro, sintió cómo la pierna quemada cedía bajo su peso, lo que la llevó a tropezarse contra el escritorio de Raphael.

Él se puso de pie al instante y abrió un cajón del escritorio, acercándose mientras Charley se agarraba a la esquina para apoyarse.

–¡No! –protestó Charley cuando le vio las tijeras en la mano.

Pero no sirvió de nada. Raphael estaba cortando la húmeda tela vaquera con la misma dureza con la que habría tratado a un enemigo. El aire frío sobre la piel quemada hizo que Charley se estremeciera. Se sintió algo enferma y un poco mareada cuando miró hacia la pierna y vio que la piel se había puesto roja.

Raphael apretó los labios.

–Esto necesita tratamiento médico –afirmó con seriedad.

–No, estoy bien –insistió ella–. Subiré y me la mojaré con agua fría
Salió del escritorio y dio un par de pasos. Su rostro palideció cuando su cuerpo respondió con una oleada de dolor.

Raphael ya había visto suficiente. Qué mujer tan obstinada y tan estúpida. Antes de que Charley pudiera detenerla, la levantó en

brazos. El movimiento la obligó a rodearle el cuello con los brazos. No podía pretender llevarla así hasta su habitación… pero al parecer sí, y Charley no pudo evitar admirar el poder de sus músculos oculto bajo la fina tela de lino de su camisa mientras cargaba con ella sin ningún esfuerzo, como si pesara poco más que una niña.

Una vez estuvieron dentro del dormitorio de Charley, Raphael la dejó sobre la cama y, tras ordenarle que no se moviera, salió de allí.

Resultaba extraño cómo se había rebajado el dolor mientras estaba en brazos de Raphael.

Pero ahora había vuelto, y con más fuerza que antes. Resultaba ridículo que se sintiera como abandonada, y más ridículo todavía y peligroso desear que Raphael se hubiera quedado con ella. Charley miró hacia la parte inferior de su cuerpo, que todavía seguía embutida en los pantalones vaqueros. No estaba paralizada, se recordó. Se sentó y empezó a quitarse los vaqueros, componiendo una mueca de dolor cuando la tela le rozó la piel quemada.

–¿Qué diablos…? Te dije que no te movieras.

Charley se giró. Raphael avanzaba hacia ella con un botiquín de primeros auxilios.

–He llamado al médico, y debería llegar enseguida. Pero mientras tanto, hay que cubrir la quemadura con una gasa.

Raphael estaba arrodillado en el suelo al lado de las piernas de Charley, ahora desnudas, ajeno al parecer al hecho de que se había quitado lo vaqueros y ahora estaba sólo cubierta por las braguitas de encaje que le había regalado Lizzie por navidad.

–De verdad, no hay necesidad de… –comenzó, pero Raphael la detuvo.

–Al contrario, hay mucha necesidad –le aseguró.

Charley se había quitado los vaqueros, y ahora no era sólo la esbelta línea de sus piernas lo que le estaba distrayendo de su tarea, reconoció Raphael. Había visto mujeres llevando ropa interior mucho más provocativa que aquellas braguitas de encaje de Charley, pero en aquellos momentos, el hecho de ser consciente de lo que había bajo la barrera que ocultaba su cuerpo estaba provocando en él un efecto físico no deseado. Molesto consigo mismo por permitir que su cuerpo se apoderara de su autocontrol, Raphael abrió rápidamente el botiquín de primeros auxilios para sacar una venda con la mirada fija en la piel quemada de la pierna de Charley, que ahora temblaba ligeramente.

–¿Te duele más? –le preguntó.

Charley asintió con la cabeza. Era cierto que le dolía, pero también lo era que el cuerpo no le temblaba por el dolor. El temblor aumentó cuando Raphael le colocó la venda sobre la piel desnuda. Su reacción

ante su contacto la horrorizó. Se estaba comportando como una adolescente enamorada.

–Ya está. Esto protegerá la quemadura hasta que llegue el médico y la examine.

Charley asintió con la cabeza.

–Gracias –consiguió decir a regañadientes.

Se sentía temblorosa y enferma, con los nervios de punta. Y sospechaba que no se debía únicamente a la quemadura. Esa vez sintió alivio cuando Raphael salió.

Capítulo 4

ERA otra maravillosa mañana de verano, su segunda en Italia, en el *palazzo* de Raphael, en lo que era en efecto su dormitorio, ya que él era el dueño del *palazzo*. Se le puso la piel de gallina como si se la hubieran acariciado. Charley cerró los ojos impotente. Debía ser por los calmantes que le había dado el médico el día anterior, tras mirar la quemadura, volver a cubrirla y asegurar que debía pasar el resto del día en la cama, y no por pensar en Raphael.

Ya sabía lo bastante como para no asomarse esta mañana al balcón en pijama.

En lugar de preocuparse por quién era el dueño de la cama en la que dormía, lo que tendría que estar pensando era cómo iba a arreglárselas sin sus vaqueros, la única prenda que tenía para ponerse en la parte inferior del cuerpo. No podía aparecer en público con los pantalones cortos del pijama que llevaba ahora, pero Raphael había dicho que hablaría con Anna sobre aquel asunto.

Estaba en deuda con Raphael por haber solucionado la situación tan bien y con tanta rapidez. El médico le había dicho que la quemadura podría haberse infectado si se hubiera dejado sin atender, como habría hecho ella de haber estado sola. Por suerte no fue tan grave como para necesitar un injerto, pero le había advertido de que tal vez aquella zona de la piel quedara para siempre vulnerable al calor y a la luz del sol.

Charley miró hacia la bandeja del desayuno, que estaba intacta. Se encontraba demasiado nerviosa como para comer. Se llevó la mano al pelo para apartárselo de la cara. Había perdido muchas cosas desde que llegó a Italia: la cinta del pelo, los pantalones, el orgullo e incluso algo del respeto que sentía hacia sí misma. ¿Y no se le olvidaba nada?, le preguntó su conciencia. Charley defendió la omisión. ¿No era ya lo bastante larga la lista que acababa de dar? ¿De verdad tenía que añadir que corría el peligro de perder la protección de la que se había rodeado para dejar de sentir dolor por no ser lo suficientemente buena, por no ser digna de la atención de los hombres?

Miró a su alrededor, desesperada por encontrar algo en lo que poder concentrarse para evitar enfrentarse a lo que le estaba ocurriendo. La habitación debió haberse remodelado en algún momento, porque su decoración barroca correspondía a un periodo posterior al del *palazzo*. Los paneles de madera pintados de gris azulado estaban decorados con relucientes cupidos, y en la impresionante cabecera había escudos de armas grabados. El cuarto de

baño albergaba una gigantesca bañera con patas de garras además de una ducha moderna, y las paredes de la habitación estaban cubiertas de mármol.

Charley oyó cómo alguien llamaba a la puerta y dio por hecho que se trataba de la doncella, que venía a recoger la bandeja del desayuno. Fue a abrir la puerta y descubrió que la persona que estaba al otro lado no era una doncella, sino Raphael. Cuando entró en la habitación y cerró la puerta tras él, Charley vio que llevaba una caja grande y cuadrada no muy profunda debajo del brazo.

–¿Te sigue doliendo? –le preguntó–. El doctor Scarlati me ha dejado medicación por si acaso.

Charley no era partidaria de tomar ningún tipo de medicación a menos que fuera estrictamente necesario, así que negó con la cabeza y respondió con sinceridad: –La piel todavía está un poco sensible, pero nada más.

El hecho de que él estuviera en su dormitorio completamente vestido mientras que ella no llevaba más que una camiseta de pijama y unos pantalones cortos no aptos para aparecer en público la hacía sentirse incómoda. Raphael, por su parte, parecía completamente a gusto.

Pero Charley sospechaba que estaba más acostumbrado a estar en un dormitorio con alguien del sexo opuesto que ella. Bastaba mirarle para saber que era un hombre sexualmente experimentado que debía haber compartido cama con un gran número de mujeres.

Miró involuntariamente hacia la cama, donde Raphael había dejado la caja que llevaba, y no pudo evitar imaginarlo en una cama de matrimonio con una mujer a la que acababa de complacer entre los brazos. Empezó a sentir en el cuerpo un deseo sensual y el pulso le latió en la parte inferior. Una fiera punzada de envidia la atravesó. Se las arregló para apartar la vista de la cama, pero mirar a Raphael no servía para apartar los pensamientos inapropiados que el deseo le provocaba, más bien todo lo contrario. ¿Cómo podía estar experimentando algo así? Aquello resultaba humillante. Y peligroso.

–¿Por qué no te has tomado el desayuno?

El tono crispado de Raphael la devolvió a la realidad.

–No tenía hambre –le aseguró.

–Nos espera por delante un día muy ajetreado, y varias hectáreas de jardín abandonado que recorrer en caso de que la pierna no te cause molestias, y eso es algo que no podrás hacer con el estómago vacío. Le diré a Anna que te envíe otro desayuno y luego te reunirás abajo conmigo dentro de una hora.

–Primero tendré que preguntarle a Anna si me puede buscar algo

que ponerme –señaló Charley.

–Eso no será necesario.

–No puedo salir así –protestó ella.

Lamentó al instante haber pronunciado aquellas palabras, porque provocaron que Raphael le mirara fijamente las piernas. Le hizo temblar interiormente al pensar en lo absurdo que era por su parte preguntarse cómo sería que aquella mirada se transformara en una lenta y sensual exploración, seguida de unas caricias todavía más sensuales. Aquellos pensamientos eran demasiado peligrosos.

–No –reconoció Raphael, acercándose a ella.

Charley dio un paso atrás y se detuvo cuando se dio cuenta de que no podía seguir reculando porque ya tenía las corvas apretadas contra la cama.

Cuando Raphael se paró delante y se inclinó sobre ella, Charley se dejó caer en la cama con el corazón latiéndole a toda prisa en una mezcla de expectación y aprensión y la mirada fija en el segundo botón de su camisa, sin atreverse a deslizarla por la piel morena que quedaba por encima ni por la cinturilla de los vaqueros que había debajo. Raphael se dirigía hacia ella… no, estaba pasando por delante de ella, descubrió Charley desviando la vista desde su pecho hacia el brazo justo a tiempo para ver cómo recogía el paquete que había dejado antes sobre la cama.

Mortificada por su interpretación errónea de la situación, Charley se puso de pie tambaleándose.

–Tuve la precaución de encargar esto para ti –le estaba diciendo él de manera impersonal, tendiéndole la caja–. Espero que te quede bien.

Estaba claro que esperaba que abriera el paquete, así que Charley le dio la espalda, colocó la caja de nuevo sobre la cama y procedió a hacerlo.

Lo primero que notó cuando abrió el paquete fue que la elegante caja negra que había dentro tenía estampado en oro el nombre de un diseñador mundialmente famoso. El corazón le dio un vuelco. ¿Cómo diablos iba a pagar unos vaqueros de marca? Abrió la caja con incertidumbre, y su ansiedad se hizo más profunda cuando se dio cuenta de que dentro no sólo había un par de pantalones vaqueros. También había una camiseta y lo que parecía ser una chaqueta de cuero marrón.

Charley cerró la tapa de la caja y se giró hacia Raphael.

–No puedo llevar esta ropa –aseguró con firmeza–. Es… es muy amable por tu parte haber pensado en reemplazar mis vaqueros, pero estas cosas… –señaló con gesto impotente hacia la caja con el rostro sonrojado por la vergüenza–. Están muy por encima de mis

posibilidades. No puedo permitirme…

–No tienes que pagarlas –la interrumpió Raphael.

–¿Qué? –Charley estaba demasiado sobrepasada como para ocultar sus sentimientos–. No puedo permitir que me compres ropa. No estaría bien.

Raphael se cruzó de brazos y la miró con arrogante desdén.

–En lo que a mis asuntos se refiere, soy yo quien decide lo que está bien y lo que no. No pienso perder el tiempo resolviendo el asunto de tu orgullo mientras esperas a que un miembro de mi personal de servicio te consiga un par de pantalones vaqueros. Te pondrás la ropa que te he traído. Si llevarla te resulta tan ofensivo que no quieres quedártela, cuando regreses a Inglaterra puedes enviármela de vuelta o entregársela a una organización caritativa.

Charley trató de aguantar la mirada que le estaba dirigiendo, pero ella fue la primera en apartar la vista, aunque logró reunir el coraje para decirle: –Los vaqueros parecen más pequeños de mi talla. No creo que me queden bien.

–Al contrario. Te quedarán perfectos –le aseguró Raphael.

Era tan arrogante, tan seguro de sí mismo y de que tenía razón, que Charley sintió la infantil necesidad de pinchar aquella seguridad.

–Eso no puedes saberlo ni aunque hayas mirado la talla de mis pantalones vaqueros.

Después de todo, los diseñadores conocidos solían hacer la ropa más pequeña que la de las marcas baratas.

Para su asombro, en lugar de recular, Raphael le dirigió una mirada todavía más altiva.

–No me hizo falta ver tus vaqueros para saber la talla que necesitas. Soy un hombre, y aunque tú te empeñes en castigar a tu cuerpo con ropas que lo cubren en lugar de realzarlo, yo soy perfectamente capaz de saber las proporciones y la forma que hay debajo de ellas.

¿Qué estaba diciendo? ¿Que podía ver a través de su ropa el cuerpo que ella había tratado siempre de proteger de las miradas críticas de los hombres? Sonrojada y con ánimo de defenderse, afirmó:

–Eso no es posible.

Antes de que pudiera detenerlo, Raphael la agarró. Con una mano le agarró el brazo para evitar que escapara y con la otra le rodeó la cintura. Charley contuvo el aliento. ¿Por qué no le había ocurrido ponerse el albornoz que había en el cuarto de baño? ¿Por qué no comprobó quién llamaba a la puerta de su dormitorio? ¿Por qué el destino permitía que se viera envuelta en aquella insostenible situación? El corazón le latía contra las costillas, un escalofrío le

recorrió todo el cuerpo.

–Por el arco de mi mano en tu cintura, puedo decir que no mide más de cincuenta y cinco centímetros –anunció con firmeza.

Un espasmo de asombro ante lo acertado de su afirmación sacudió el cuerpo de Charley.

¿O sería por el hecho de que la yema del dedo de Raphael se estaba dirigiendo en línea recta hacia su estómago tenso, provocando riachuelos de sensaciones no deseadas a medida que sus dedos descendían? Sin duda era su imaginación la que le estaba diciendo que había colocado toda la mano sobre su cuerpo, de modo que la parte inferior de su palma apretó momentáneamente la vulnerable piel que había encima de su sexo.

La vergüenza, la culpa y el miedo se apoderaron de ella. Qué penoso resultaba que estuviera pensando lo que estaba pensando. Comprendía por qué su cuerpo se excitaba con el contacto de Raphael, pero, ¿cómo diablos podía imaginar que él la deseara?

Raphael estaba ahora trazando una línea por el hueso de su cadera.

–Tu cadera mide aproximadamente ochenta y cinco centímetros –le dijo con frialdad.

–Ochenta y seis, de hecho –Charley reunió el valor para corregirle.

–Sigue siendo muy estrecha para tu altura.

–Algo que sin duda también puedes calcular, ¿verdad? –le espetó ella sin poder evitarlo.

–Por supuesto –reconoció Raphael soltándole el brazo para acercarse más a ella y obligarla a girarse, sosteniéndola contra su propio cuerpo y colocándola frente al espejo de cuerpo entero que había delante.

–Yo mido un metro ochenta y ocho, lo que significa que tú debes medir un metro setenta y cuatro. Y tienes las piernas largas en proporción a tu altura.

La mano de Raphael le acarició la parte superior del muslo desnudo, provocándole que apretara los dientes para controlar el repentino escalofrío que se apoderó de ella.

Charley no estaba dispuesta a decirle que en realidad medía un metro setenta y cinco. No estaba dispuesta a hacer nada que no fuera quedarse mirando horrorizada sus duros pezones bajo la fina camiseta, el erótico contraste entre su erecta rigidez y la suavidad de sus senos.

–Lo que no puedo entender –continuó Raphael mientras ella hacía un esfuerzo por concentrarse en lo le estaba diciendo en lugar de en lo que le estaba haciendo– es por qué una mujer querría ocultar la belleza de la forma perfecta que le ha regalado la naturaleza bajo una ropa tan fea.

Distraída por la inesperada sorpresa de sus palabras, Charley hizo un esfuerzo por asimilarlas. ¿Estaba Raphael halagando su cuerpo? ¿El cuerpo que ella siempre había considerado inferior?

El corazón le latía con fuerza contra las costillas, mareándola por la emoción. ¿No podía ser que había querido decir que el cuerpo femenino era en general bello y perfecto, sin referirse al suyo en particular?

Charley, que estaba temblando, trató de apartarse de él y girarse al mismo tiempo, pero lo único que consiguió fue darse la vuelta de modo que ahora estaba cara a cara y cuerpo contra cuerpo con Raphael, mientras que él seguía con las manos en sus caderas. Charley alzó automáticamente la vista para mirarlo. Se quedó sin respiración ante el modo en que la mirada de Raphael se le clavó en la boca y permaneció allí. Al instante, como si le hubiera ordenado hacerlo, Charley abrió los labios y la respiración surgió entre ellos agitada, levantándole el pecho con movimientos vacilantes. ¿Qué haría si la besaba? Podía sentir sus manos en el cuerpo. ¿Qué se sentiría si la acariciara? Todo su cuerpo se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica, así de fuerte fue la reacción a sus propios pensamientos. Quería inclinarse sobre él y ofrecerse. Quería agarrarle de la nuca y unir su boca con la suya. Quería sentir su contacto sobre la piel desnuda. Quería…

Raphael la soltó bruscamente y dio un paso atrás, y Charley se dijo que se alegraba de que hubiera puesto fin a sus absurdas fantasías.

–Muy bien, entonces –le dijo, haciendo un esfuerzo por recuperar la normalidad–. Me pondré los vaqueros, pero ya está. No necesito la chaqueta.

Raphael había entrado en las sombras de la ventana y no podía ver su expresión.

–Hace más de doscientos años que el jardín está abandonado –le dijo con frialdad–.

Muchas partes tienen maleza muy alta. Necesitarás la chaqueta para protegerte de las espinas. Y ahora, espero que dentro de una hora estés abajo para acompañarme a ver el jardín. ¿Ha quedado claro?

Charley asintió a regañadientes con la cabeza.

Mientras recorría el pasillo desde el dormitorio de Charlotte, sólo había una imagen en la cabeza de Raphael, y un único pensamiento en su mente. El problema estribaba en que la imagen y el pensamiento estaban en guerra. La imagen correspondía a Charlotte de pie mirándole con orgullo desafiante, con los senos subiéndole y bajándole por la fuerza de las emociones y con aquellas interminables piernas que deseaba sentir enredadas en su cuerpo mientras los dos

yacían juntos en la cama, la piel de Charlotte suave y cálida bajo su contacto, ella con la boca entregada a la suya mientras se rendía a su deseo… un deseo que en la imaginación de Raphael ella también compartía.

Nunca había deseado tanto a ninguna mujer, y nunca le había parecido tan ilógico. En teoría, no había nada en ella que debería haberle llamado la atención, ni física, ni mentalmente ni en ningún otro sentido. El gusto de Raphael iba dirigido hacia mujeres elegantes y maduras, treintañeras como él. Mujeres de mundo, no jóvenes apasionadas que vestían con ropa holgada y que echaban por tierra un proyecto de gran importancia personal para él. La cabeza le decía que no debería desearla, pero su cuerpo le decía con la misma fuerza que la deseaba. En aquellos momentos, con algo tan importante para él en juego como era el jardín, lo que importaba era lo que dijera su cabeza.

Charley se acercó despacio al espejo y observó su reflejo. Se tocó indecisa la cintura, y luego, siguiendo un impulso que no fue capaz de controlar, se quitó la ropa. No recordaba cuándo fue la última vez que había observado su cuerpo desnudo. De hecho, normalmente evitaba mirarlo.

Debía de ser la luz lo que le proporcionaba a su piel aquel suave brillo, aquel esplendor que indicaba que quería ser tocada y admirada. Charley se llevó la mano al cuerpo, tocándolo allí donde Raphael lo había hecho, tratando de verlo con sus ojos. Entonces se puso tensa.

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Acaso no era su situación ya lo suficientemente difícil para ella sin necesidad de que añadiera ninguna incomodidad más?

Miró hacia la puerta del dormitorio y se recordó que no tenía mucho tiempo para bajar si quería cumplir con el horario que le había impuesto Raphael.

Diez minutos más tarde, Charley se miró los vaqueros que llevaba puestos. Le quedaban perfectos. Y tenían un corte mucho más bonito que el de los anteriores. Éstos le enfatizaban la longitud de las piernas y se le ajustaban a las caderas.

También llevaba puestas la nueva camiseta y la chaqueta de cuero. Cuando se miró al espejo de cuerpo entero del dormitorio, le pilló de sorpresa la diferencia que la ropa nueva provocaba en su aspecto. Incluso el pelo que le rodeaba la cara parecía distinto. Su reflejo parecía más femenino en cierto modo, aunque por supuesto eso era imposible. Estaba viendo lo que quería ver debido a lo que sentía por Raphael. Porque aunque fuera absurdo y peligroso, le deseaba.

Molesta consigo misma, utilizó el lazo marrón oscuro que estaba atado alrededor del papel de seda que cubría la ropa doblada para atarse el pelo. No podía seguir más tiempo allí arriba. Si lo hacía, tal vez Raphael bajara a buscarla… ¿Acaso era eso lo que secretamente deseaba? ¡No!

Agarró el bolso y se dirigió hacia la puerta. En cuanto bajó el último escalón de mármol y salió al pasillo, la puerta del despacho de Raphael se abrió y él salió, saludándola brevemente con la cabeza antes de dirigirse a las puertas dobles a través de las cuales se filtraba la luz del sol.

¿Qué esperaba?, se preguntó Charley mientras apretaba el paso para seguirle. ¿Que hiciera algún comentario sobre su aspecto? ¿Un comentario halagador? Ella era demasiado sensata para ese tipo de tonterías, y lo que sentía en el pecho no era decepción, sino el efecto del cruasán que se había tomado, se dijo Charley con firmeza.

Raphael ya había llegado a su Ferrari y estaba sujetando la puerta del copiloto para ella.

La cerró con firmeza cuando ella se hubo sentado sin mirarla ni dirigirle la palabra. Charley sintió cómo el coche se hundía ligeramente cuando Raphael entraba y encendía el motor. El calor del sol había liberado el aroma del cuero interior, junto con una esencia más sutil que sus sentidos reconocieron que pertenecía a Raphael.

No tardaron mucho en llegar a las afueras de la ciudad. Las ruinas de un castillo medieval y su muralla de piedra antigua se alzaban contra el contorno del cielo. Una única torre, destrozada y sin techo, señalaba hacia las nubes.

–¿Qué le ha pasado al castillo? –le preguntó Charley a Raphael sin poder evitarlo.

–El castillo y la ciudad fueron atacados por un ejército más poderoso que el que comandaba mi antepasado. Por suerte tenía amigos que acudieron en su ayuda y rechazaron la invasión, salvando la ciudad, pero no el castillo. Como resultado de aquel ataque, el duque decidió construir un nuevo hogar para él, alejado de la ciudad.

Charley asintió con la cabeza mientras entraban en la ciudad a través de un arco de la muralla medieval. A ambos lados de la calle adoquinada, los edificios antiguos se apoyaban unos sobre otros como si buscaran ayuda. Por encima de sus cabezas, Charley distinguió algunas gruesas puertas de madera abiertas que dejaban entrever los patios privados que brillaban bajo el sol. Podía aspirar el aroma a pan recién horneado, a aceite de oliva y a hierbas aromáticas que surgía de las cestas de un grupo de mujeres vestidas de negro con los rostros arrugados como pasas que charlaban a la puerta de lo que sin duda

era una panadería. Luego, se marcharon por la estrecha calle en dirección a la plaza principal.

En el centro de la plaza, había una fuente ornamental, y frente al edificio del ayuntamiento estaba lo que parecía ser una zona de mercado, aunque aquel día no había puestos, así que Charley pudo ver con claridad el pedestal coronado por la estatua de un águila de gran tamaño.

–El águila es parte de nuestro escudo familiar –le dijo Raphael siguiendo la dirección de su mirada–. Cuenta la leyenda que nuestras tierras aquí en la Toscana le fueron originariamente entregadas a un legionario romano que luchó para César y le salvó la vida.

Este antepasado nuestro adoptó el águila imperial del emblema de su legión para su escudo de armas personal.

Charley trató de no parecer tan embelesada como se sentía. Le resultaba increíble que una leyenda así formara parte de la historia familiar de alguien. ¿La madre que Raphael había perdido lo subiría a su regazo y le contaría historias sobre su pasado familiar? Una punzada de tristeza la inundó al pensar en su propia infancia. Había sido una época terrible para todas cuando sus padres murieron. Sobre todo cuando descubrieron que la preciosa vicaría en la que habían crecido estaba hipotecada, y que sus padres no tenían ahorros ni ningún seguro de vida que pudiera aliviar su situación económica.

El tráfico había disminuido y ahora avanzaban por otra calle estrecha. Luego, atravesaron otro arco de la muralla de la ciudad. Charley se agarró con fuerza al asiento cuando Raphael cambió la marcha de su deportivo.

Él le dirigió una mirada dura y le dijo:

–No sé con qué clase de hombres sueles ir en coche, pero te puedo asegurar que yo no soy de los que corren riesgos al volante.

–No estoy acostumbrada a coches tan poderosos.

Ni a hombres tan poderosos. Charley apartó la vista del rostro de Raphael para clavarla sin poder evitarlo en la piel morena de su muñeca mientras manejaba la palanca de cambios.

Su loca imaginación le estaba dibujando en la cabeza imágenes claras de la mano de Raphael sobre su cuerpo. Un calor la atravesó. ¿Por qué conseguía tener semejante efecto sobre ella?

Nunca le había sucedido con ningún otro hombre, y no quería que le pasara ahora. Podía imaginar perfectamente la mezcla de arrogante desdén y burla con la que la miraría si supiera lo que estaba pensando. Ella, una mujer torpe y poco femenina, ignorante de las artes de la seducción y mal preparada para complacer a un hombre de su experiencia. Sin duda la rechazaría con absoluto desprecio.

Estaba tan concentrada en sus propios pensamientos, que necesitó varios segundos para darse cuenta de que el coche estaba aminorando la marcha porque habían llegado a la entrada del jardín.

Charley observó la derrumbada doble columnata que presidía la entrada. La mayoría de las columnas estaban dañadas o habían desaparecido, y por encima de ellas había una maraña de parra salvaje cuyas hojas empezaban a abrirse al sol primaveral.

Charley salió en silencio del Ferrari cuando Raphael le abrió la puerta. Ahora que había visto los dibujos originales comprendía perfectamente por qué Raphael quería devolverle al jardín su antiguo esplendor.

–Por aquí –le indicó él sacando la llave que abría los candados que protegían las pesadas puertas de madera.

Capítulo 5

CHARLEY había visto el jardín con anterioridad, por supuesto, pero entonces Raphael no estaba con ella, reconoció casi dos horas más tarde. Estaba en medio de una maraña de malas hierbas y plantas salvajes que le llegaban hasta la rodilla. Según el plano original, aquello había sido en el pasado un hermoso parterre con bordes cuidadosamente recortados y estatuas de querubines tocando instrumentos musicales.

Al estar allí en medio de aquel paraíso destrozado, Charley experimentó una gran tristeza por la pérdida de tanta belleza, y también el deseo de hacer todo lo que estuviera en su mano para reconvertirlo en lo que debería ser.

–Según el diseño original, aquí había una fuente que se conectaba al lago a través de un sistema de canales. Si no recuerdo mal, en vuestro proyecto desaparecía el lago –comentó Raphael, devolviéndola a la realidad.

–Está lleno de basura y de grietas. Haría falta utilizar prácticamente todo el presupuesto que el ayuntamiento da a la renovación sólo para reformar el lago y colocar los sistemas de seguridad que requiere la ley actual –señaló ella.

–Mi deseo es que todo sea restaurado como figura en el diseño original, y eso incluye el lago.

Raphael oyó a Charley suspirar y vio cómo miraba en dirección al lago, ahora oculto a la vista.

–¿No estás de acuerdo conmigo? –le preguntó él.

Charley se giró hacia él, asombrada.

–Al contrario, no se me ocurre nada más satisfactorio que ver este lugar en su antigua gloria. Daría cualquier cosa por formar parte de este proyecto. Volver a dar vida a algo tan maravilloso…

Los ojos de Charley se nublaron momentáneamente con lágrimas de emoción.

–La gente de esta ciudad tiene suerte de contar con alguien como tú, que haga algo tan generoso, y yo… yo me siento muy afortunada de formar parte de un proyecto así –admitió.

Ahora le tocó a Raphael el turno de apartar la vista de ella. Su sinceridad le había sorprendido. No la esperaba, ni tampoco esperaba que se mostrara tan emocionada con el jardín. Tal vez después de todo sí contara con la persona adecuada para dirigir el proyecto, una persona que acababa de demostrarle que era capaz de conmoverse hasta lo más profundo por lo que una vez fue y ahora se había

perdido. Semejante persona se entregaría a un proyecto que le emocionara. ¿Haría lo mismo con un hombre que también la emocionara?

Las pasiones sexuales de Charlotte Wareham no eran asunto suyo, se recordó Raphael.

Sólo le interesaba como directora de un proyecto, no como compañera de cama.

–¿Hablabas en serio respecto al lago? –dijo ella rompiendo el silencio.

–Sí.

–Yo creo que ese trabajo de restauración requerirá del consejo de expertos especializados.

Hay una cuadrilla contratada para limpiar toda la porquería, pero no creo sean las personas adecuadas para trabajar en el lago. Creo que lo mejor sería ponerse en contacto con… bueno, en Inglaterra yo lo intentaría probablemente con Patrimonio Histórico Nacional. Cualquier organización artística que crea en la importancia de preservar el legado que los artistas del pasado nos han dejado estará deseando formar parte de un proyecto como éste. Para mí habría sido un sueño hecho realidad cuando estudiaba Bellas Artes.

Era inteligente y activa, y su pasión por el proyecto era tan fuerte, que brillaba en sus ojos y podía escucharse en su voz. ¿Por qué diablos una mujer que sentía las cosas como ella había dejado los estudios de Bellas Artes para estudiar contabilidad y luego había aceptado un trabajo en el que se utilizaban réplicas como las él había visto?, se preguntó Raphael con curiosidad. Allí había algo que no encajaba. Sintió que se le picaba la curiosidad, y decidió indagar sobre sus sospechas.

–Viendo tu actitud, debió de ser duro para ti renunciar a tus estudios de Bellas Artes – comenzó a decir adoptando un tono casi indiferente.

Todavía envuelta en las emociones que le había despertado el jardín, Charley olvidó levantar la guardia y respondió sin pensar.

–Sí, lo fue.

Regresó de golpe a la realidad cuando Raphael le preguntó: –Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Su pregunta le hizo darse cuenta de que había cometido el error de bajar la guardia, y además había permitido que él viera lo mucho que le afectaba el jardín.

–¿No me respondes? Me pregunto por qué. ¿Se debe quizá a que hay algo que deseas ocultar? Tal vez tú no decidiste cambiar de carrera, sino que tus profesores te pidieron que lo hicieras.

Dolida por la sutil indirecta de Raphael, que insinuaba que había dejado el curso porque no era lo suficientemente buena, Charley le dijo con firmeza: –No. Nada de eso.

–Entonces, ¿qué pasó? Estás trabajando bajo mis órdenes, y tengo derecho a hacerte esta pregunta y recibir una respuesta sincera –presionó Raphael.

Charley alzó las manos en gesto de derrota.

–De acuerdo. Ya que lo quieres saber, solicité hacer el curso sin decírselo a mi familia. Yo quería estudiar Bellas Artes, pero sabía que mi padre se reiría de mi y me diría que era demasiado torpe y marimacho para el arte. Mis dos hermanas son muy guapas y muy femeninas; yo soy la vulgar de la familia. Sabía que mi padre intentaría convencerme por mi propio bien de que estudiara otra cosa, algo más práctico.

Charley exhaló un pequeño suspiro mientras Raphael digería sus palabras en silencio. Él nunca hubiera descrito a Charley como vulgar. Cierto que la suya no era una belleza al uso, pero en opinión de Raphael, poseía algo muy potente. Desde luego su cuerpo así lo consideraba, teniendo en cuenta el modo en que respondía a la oculta sensualidad que la rodeaba.

–Pero me aceptaron en la Escuela de Bellas Artes y ellos me dejaron. Llevaba menos de un año estudiando cuando mis padres murieron. Entonces descubrimos que no había dinero, y que la casa, el hogar donde habíamos pasado la infancia, estaba completamente hipotecada y había que venderla. Lizzie, mi hermana mayor, estaba trabajando en Londres en aquel momento como diseñadora de interiores con gran éxito, y entonces Ruby nos dijo que estaba embarazada. Sólo tenía diecisiete años. Lizzie y yo no sentimos muy culpables; ella era también una niña prácticamente. Teníamos que hacer algo. No podíamos abandonar a Ruby y a sus bebés como había hecho el padre de los niños, así que Lizzie regresó a Cheshire y montó su propio negocio, y yo…

–¿Tú decidiste sacrificar tus propios planes para ganar dinero y ayudar a mantener a tu familia?

–No fue un sacrificio –protestó Charley al instante–. Queríamos estar todas juntas y apoyarnos las unas a las otras.

–Tal vez no fue un sacrificio entonces, pero creo que ahora sientes que sí lo es –la corrigió Raphael–. Creo que aquí, en Italia, te has dado cuenta de todo lo que has tenido que negarte a ti misma.

Charley no se atrevía a mirarlo. ¿Se estaba refiriendo únicamente a sus planes de licenciarse en Bellas Artes y todo lo que eso implicaba? ¿O había adivinado las demás cosas a las que había renunciado?

¿Cosas como sentirse libre para ser ella misma, no la marimacho de la familia, y explorar y disfrutar de su sexualidad? Esperaba que no. Eso sería demasiado humillante para ella.

–Venir a Italia me ha hecho darme cuenta de lo mucho que me habría gustado estudiar arte –admitió en voz baja sin atreverse a mirarle mientras hablaba–. Y por supuesto, la crisis ha cambiado las cosas. Antes me decía que, si el trabajo se me hacía insoportable, siempre podría dejarlo y buscar otra cosa, y que tal vez algún día tendría la oportunidad de estudiar y viajar, pero ahora, por supuesto, resulta imposible. Me gustaría…

Charley se detuvo y sacudió la cabeza.

–No tiene sentido hablar de que lo que no se puede tener. Te estoy muy agradecida por haberme dado la oportunidad de trabajar en algo tan especial.

Charley se maldijo mentalmente a sí misma. Había vuelto a hacerlo, admitir que le estaba agradecida. Se había humillado y se había mostrado vulnerable al admitir tácitamente que deseaba desesperadamente formar parte del proyecto de renovación del jardín. Pero al menos había sido sincera consigo misma y con su código de conducta, se consoló Charley. No podía fingir que no estaba deseando formar parte del proyecto de renovación.

Raphael se apartó de Charley, no quería que viera en su expresión los sentimientos que no quería reconocerse ni a sí mismo. El discurso de Charley, su gratitud, el hecho de que sus sentimientos respecto al jardín estuvieran tan acorde con los suyos, habían colisionado contra una parte vulnerable de sí mismo, una herida a medio curar que él consideraba hasta ahora que estaba completamente sanada. Bajo la fina piel que cubría la herida había emociones y remordimientos tan profundos y oscuros que no podía admitir que estuvieran ahí. Una vida entera dedicada a fingir que semejante herida no existía estaba ahora a punto de abrirse para dejar al descubierto la verdad. Pero la verdad no podía reconocerse. Debía permanecer en el camino que había escogido. No debía vacilar. Raphael maldijo en silencio a Charley por el efecto que estaba provocando en él, y se maldijo a sí mismo por su debilidad.

El silencio de Raphael provocó que Charley se sintiera ansiosa. Algo había cambiado.

Casi podía sentir la frialdad que emanaba ahora de él, reemplazando la anterior franqueza cuando hablaron de la importancia del jardín. Ahora había desaparecido, y cuando Raphael se giró hacia ella con la expresión en sombras, su voz sonó cargada de advertencia cuando le dijo:

–Según las notas del proyecto, tenéis tres meses para limpiar el lugar.

Charley asintió con la cabeza.

–Quiero ver ese trabajo hecho en dos meses, no en tres.

–Eso no puede ser –protestó Charley.

Se dio cuenta de que la intimidad que habían compartido con anterioridad ya había pasado, y Raphael era de nuevo un hombre que dejaba perfectamente claro lo pensaba de ella y de su capacidad para llevar adelante aquel trabajo que sin duda hubiera preferido encargarle a otra persona.

–Todo puede ser si se hace como se debe.

Y eso incluía encontrar el modo de impedir que sus sentidos estuvieran tan receptivos a ella, se recordó Raphael a sí mismo.

–Como ya te he dicho –continuó diciéndole a Charley–, espero que se obedezcan mis órdenes. En este proyecto no hay sitio para una directora que no puede conseguir lo que hay que conseguir. Si crees que no eres capaz…

La estaba retando. Estaba imponiendo objetivos imposibles de alcanzar porque quería librarse de ella. Bien, pues le daría una lección.

–De acuerdo –le dijo–. Pero será caro.

Ahora era ella la que le estaba retando. O pagaba o se echaba atrás.

–Será la mitad del presupuesto ya aprobado para traer mano de obra extra, pero valdrá la pena por el ahorro de tiempo que supondrá –reconoció Raphael encogiéndose de hombros antes de añadir–, sin embargo, lo que está en entredicho no es mi capacidad para añadir costes adicionales en caso de que lo considere necesario, sino tu capacidad para hacer frente a este proyecto.

Charley ya había oído suficiente. ¿Qué había sido de la armonía que pensó que tenían unos instantes atrás, cuando pensó que Raphael estaba dispuesto a darle una oportunidad?

Compartían la misma opinión respecto a lo que debió ser antaño el jardín. ¿O se lo había imaginado ella porque quería conectar emocionalmente con él? Le latió con fuerza el corazón contra las costillas. Aquello no tenía sentido. Raphael no significaba nada para ella. Sólo le importaba aquel trabajo, nada más.

Entonces, ¿por qué se sentía herida y rechazada, tal y como se sentía con frecuencia cuando era niña y sus padres comparaban su aspecto con el de sus hermanas? La hacían ser consciente de que no era lo suficientemente buena y que desearían que fuera distinta. Igual que Raphael pensaba que no era lo suficientemente buena y por tanto

deseaba que otra persona dirigiera el proyecto.

Aquello era un golpe bajo después de la intimidad y el entendimiento que creía que habían compartido, y Charley no puedo evitar soltar: –Quieres librarte de mí, ¿verdad? Quieres que fracase. Quieres acorralarme para que diga que no puedo con esto, igual que mi jefe quiere que firme mi renuncia para poder darle el trabajo a su hija. Pues bien, por mucho que me gustaría complaceros a los dos y librarme de la necesidad de tener que aguantaros, no puedo hacerlo y no lo haré. Necesito este trabajo, y lo necesito porque, como ya te he contado, sin el dinero que me proporciona mis hermanas y yo podríamos perder nuestra casa. Por eso dirigiré este proyecto con éxito por mucho que intentes presionarme para que abandone.

Raphael volvió a apartarse de ella. Odiaba tener que admitirlo, pero había algo de verdad en la acusación de que quería librarse de ella. Y no sólo porque dudara de su habilidad para dirigir el proyecto. No, era el efecto que provocaba físicamente en él lo que le llevaba a querer desembarazarse de ella. No estaba acostumbrado a que su cuerpo y sus sentidos amenazaran las reglas que se había impuesto. Lo cierto era que no le había ocurrido nada parecido con anterioridad, y menos con esta intensidad que invadía sus pensamientos con demandas cada vez más exigentes.

–Hay otros trabajos –le dijo a Charley sin compasión.

Ella le miró asombrada y luego sacudió la cabeza.

–No sé en qué mundo vives –le dijo con mofa–, pero no es el mundo real. Hay una crisis, aunque por supuesto no afecta a la gente como tú. Miles de personas se han quedado sin trabajo, y otras miles, entre las que me incluyo, viven con el miedo a perder su empleo. Si no fuera ése el caso, ¿crees que me estaría aquí?

Ya lo había hecho, pensó Charley. La rabia dio paso a la angustia al darse cuenta de que había sido demasiado franca.

–Puedo dirigir este proyecto y conseguir que sea un éxito –le dijo a Raphael–. Puedo y lo conseguiré.

La anterior armonía que ella había creído que compartían no había sido más que una ilusión, se dijo Charley con amargura, una trampa en la que había caído al permitir que Raphael atravesara sus defensas. Ya era demasiado tarde para lamentar haberle dado tanta información sobre sí misma; demasiado tarde para decirse que tendría que haber escuchado a su cabeza en lugar de a sus sentidos y a su cuerpo. Su cabeza sabía de sobra que no podía haber intimidad de ningún tipo entre Raphael y ella por mucho que sus enloquecidos sentidos quisieran hacerle pensar otra cosa. Lo único que podía hacer ahora era asegurarse de no volver a cometer el mismo error.

El jardín ocupaba varias hectáreas, y había partes de él, como la zona en la que estaban ahora, que Charley no había visto en su anterior visita porque el acceso a ellas resultaba difícil por la alta vegetación.

Raphael, que iba delante de ella, se había detenido ante las ruinas de lo que antaño fue un bello templete.

–Aquí hay algo de lo que quiero hablar contigo –le dijo, indicándole un grupo de escalones que llevaban a una pesada puerta de madera–. Pero ten cuidado con lo escalones.

Resbalan y están rotos.

Charley vaciló. No le gustaban los lugares subterráneos desde que una vez, siendo niña, se quedó encerrada en el sótano de la vicaría. Pero sabía que no podía negarse sin quedar como una estúpida. Mostraría una debilidad que no quería que Raphael viera, así que le siguió por las escaleras de piedra, tratando de controlar la ansiedad cuando él abrió la puerta.

El crujido de los goznes fue suficiente para aumentar la aprensión de Charley.

–Ahí abajo está la cámara que alberga el mecanismo de las fuentes. Hice venir a una persona para revisarlo y todavía funciona, aunque las fuentes y los surtidores necesitan reparación. Cuando vuelvan a estar en funcionamiento, atraerán a muchos visitantes. Una de las cosas que quiero hacer, la única modernización que permitiré en el jardín, será añadir luz.

Habrá que poner el cableado al principio, y tú te encargarás de ello.

Charley asintió con la cabeza. Raphael tenía razón, una luz especial realzaría todavía más el jardín.

–Mi intención es que el dinero que se consiga a través de los futuros visitantes del jardín vaya directamente a las arcas de la ciudad para beneficio de sus habitantes, especialmente de los jóvenes, para que tengan la oportunidad de aprender nuevos oficios. Aquí no hay industria ni trabajo para los jóvenes, y sin ellos la ciudad terminará muriendo a la larga.

Aquel plan tan altruista sorprendió a Charley. No parecía casar con lo que pensaba de él.

Estaba a punto de responder cuando por el rabillo del ojo vio una sombra pasar por delante de ella, seguida de otra.

–¿Qué…? –comenzó a decir angustiada, pero Raphael se anticipó.

–No hay nada de que preocuparse –le dijo con naturalidad–. Sólo son murciélagos. Si bajas hasta aquí y miras de cerca, podrás verlos colgando del techo. Está claro que les hemos molestado.

¿Mirar de cerca? Charley negó con la cabeza y luego se giró cuando otro murciélago le pasó rozando. Al hacerlo perdió el equilibrio sobre la piedra en la que estaba.

Raphael debió moverse deprisa, porque cuando resbaló estaba a varios metros de ella y ahora la estaba sosteniendo.

Charley se olvidó de los murciélagos. En lo único en lo que podía pensar ahora era la cercanía de Raphael. El corazón le latía contra las costillas en una mezcla de excitación prohibida y deseo. Se advirtió a sí misma que no debería estar sintiendo aquello. No debía alzar la cabeza para mirarle. No debía deslizar la mirada sobre su boca. No debía permitir que el corazón le latiera emocionado mientras lo miraba a los ojos y los suyos le decían sin palabras lo que más deseaba.

No debía, pero lo estaba haciendo.

Raphael sabía que aquello no era lo que tendría que estar haciendo, pero siguió sujetando los antebrazos de Charley, ahora más como una caricia. Podía ver su pulso latiéndole frenéticamente en el cuello, incitándole a capturarlo con sus labios para luego seguir camino hasta la boca. Ya había alzado la mano, preparado para sujetarle el rostro y poder sujetarla mientras la besaba. ¿Qué daño haría un beso? Al menos así lo sabría.

¿Saber qué? ¿Que la deseaba? No necesitaba un beso para saberlo.

¡Raphael iba a besarla! Charley se inclinó hacia él sin poder evitarlo, y se detuvo cuando Raphael la soltó bruscamente, apartándola de él.

–Creí que habías dicho que tenías la pierna bien –le dijo enfadado–. Si todavía tienes problemas, tendrías que haberlo dicho. Lo último que necesito es tener que…

–¿Tener que sacarme de aquí en brazos? –le interrumpió ella.

Estaba al borde de las lágrimas, absurdamente herida por su ira y su falta de comprensión.

–Bien, pues no tienes que preocuparte –continuó–. No le pasa nada a mi pierna. Los murciélagos me han asustado, eso es todo.

¿Llevarla en brazos? El deseo salvaje que se apoderó de su cuerpo al pensar en estrecharla entre sus brazos aumentó el enfado de Raphael, no contra Charley, sino contra sí mismo.

Podía sentir cómo le atravesaba, golpeando las defensas de su autocontrol. Estaba enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta de que Charley podría estar sintiendo dolor; enfadado por desearla, enfadado contra las constricciones a las que se veía sometido por ser quien era, lo que le impedían vivir como los demás. Enfadado pero no furioso. No estaba experimentando el sentimiento que había

jurado que nunca le poseería, ese muro salvaje que una vez se había alzado en su interior, engulléndolo como una niebla roja que arrasaba la razón, poseyéndolo con su violencia, obligándole a aceptar la realidad maldita de su herencia, la realidad de quien era.

Aquel sentimiento, que había experimentado en una sola ocasión y nunca había olvidado, era su sombra oscura, siempre iba con él. Siempre le recordaba como una advertencia lo que podía encontrarse en el futuro si no se controlaba. ¿Y quién decía que siempre podría controlarlo? ¿Quién decía que no crecería y se extendería como una enfermedad progresiva, como la forma de locura que era? Podría terminar no sólo arriesgándose a transmitir su herencia manchada a futuras generaciones, sino también en garras de su propia locura, destruyendo a aquéllos a los que debía proteger.

Las imágenes que había mantenido encerradas se abrieron paso a través de las puertas que había cerrado tras ellas. La salita de su madre, el aire impregnado de su aroma, el sol poniéndose detrás de su labor favorita, colocada sobre la mesita, la silla en la que se sentaba siempre a coser.

Como si tuviera una película dentro de la cabeza, Raphael se vio a sí mismo yendo en busca de aquella silla en un estado de ira, de locura, y arrojándola contra la chimenea de mármol con tanta fuerza que la destrozó. El asiento de seda roja parecía un lago de sangre contra el blanco mármol.

¡No! La silenciosa y agónica negación salió de lo más profundo de su interior, pero Raphael sabía que ni todo el arrepentimiento del mundo podría cambiar lo que había hecho contra su madre, la persona que tanto le había querido y que menos se merecía su ira. Debía estar durante el resto de su vida en guardia contra aquella ira, no podía permitir que esa locura volviera a apoderarse de él, y eso significaba controlar sus emociones, no acercarse emocionalmente a nadie… por su bien.

Capítulo 6

NO servía de nada. Podía castigarse mentalmente todo lo que quisiera por ser demasiado vulnerable a sus sentimientos cuando debería escuchar a su cabeza. No podía permitirse bajar la guardia con Raphael, se advirtió Charley cuando se detuvo delante de los retratos de los padres de Raphael. Se habían pintado justo después de su boda, según le había contado Anna cuando le preguntó.

Miró el retrato de la madre de Raphael. Tenía el cabello oscuro como su hijo y los ojos negros, igual que los de su marido. Lo que más le había sorprendido a Charley la primera vez que vio los retratos fue la radiante felicidad que reflejaban los ojos de la madre de Raphael mirando a su esposo, y la ternura con la que él la miraba a su vez.

Anna le había dicho que estaban muy enamorados. La joven duquesa se enamoró del duque de veintidós años cuando ella celebraba la fiesta de su decimocuarto cumpleaños.

Entonces juró que no se casaría con nadie más. Charley se sintió conmovida ahora al ser testigo de aquella expresión de amor radiante. Sabía que el dolor de la muerte de su esposo la había llevado a quitarse la vida ella también. ¡Pobre mujer! Y también pobre Raphael.

Después de todo, había perdido a sus padres como ella a los suyos, y siendo todavía más pequeño. Charley apartó aquel pensamiento de sí. No quería sentir lástima por Raphael. No quería sentir absolutamente nada por él. El corazón comenzó a latirle de manera errática mientras trataba de negar lo que su cuerpo le estaba diciendo… que ya era demasiado tarde.

Se había pasado la mañana intercambiando correos electrónicos con los contratistas que iban a limpiar el jardín. Había tenido que negociar duramente para conseguir que hicieran el trabajo extra en el periodo de tiempo que Raphael había estipulado, y a un coste no demasiado excesivo. También se había puesto en contacto con tres empresas de electricidad para las luces que quería instalar Raphael, y les había mandado copias de los planos originales para pedirles presupuesto.

Raphael había mandado a buscarla, y sin duda querría conocer los progresos que había hecho. Charley llamó a regañadientes a la puerta de su despacho y luego abrió.

–¿Querías verme?

–Sí –le confirmó él–. Me he puesto en contacto con alguien de Florencia a quien conozco.

Es miembro de un comité responsable del mantenimiento de

algunos de los edificios históricos más importantes de la ciudad. Me ha proporcionado el contacto con un paisajista y con la academia de artesanos más prestigiosa de Florencia. Los hombres y las mujeres que estudian allí aprenden el oficio de las artes tradicionales. Mi contacto me ha dicho que allí encontraré los mejores escultores para recrear los ornamentos del jardín. Sin embargo, primero tendremos que convencer a Niccolo Volpari, el director de la escuela, de que vale la pena que sus estudiantes trabajen en nuestro proyecto.

–Suena maravilloso. Si me das su correo electrónico, me pondré en contacto con él para que venga a ver el jardín.

Raphael negó con la cabeza.

–Es un hombre muy importante y muy ocupado. Tendremos que ir nosotros a Florencia a verle. La decisión de si nos incluirá en su lista de clientes la tiene que tomar él, no nosotros – repitió él–. La ciudad de Florencia busca escultores, pintores y tallistas en esa academia cuando necesita llevar a cabo alguna restauración. Serán los profesores de Niccolo los que examinen lo que queda de las piezas ornamentales del jardín y recomienden a los alumnos más adecuados para realizar las réplicas de las piezas dañadas.

Raphael se levantó del escritorio y se acercó a la ventana. Charley le observó con la mirada clavada en la anchura de los hombros y en el modo en que el cuerpo se le estrechaba a la altura de las caderas. La camisa, que sin duda estaba hecha a mano y era muy cara, marcaba el masculino contorno de su cuerpo. ¿Cómo era posible que aquel hombre fuera capaz de llevar un par de pantalones de tela de un modo que la atención femenina se centrara en los poderosos músculos de los muslos?

El modo en que se le movían los músculos llenaba su mente femenina con imágenes de cuerpos desnudos.

Charley apartó la vista asustada cuando oyó hablar a Raphael.

–Niccolo Volpari insiste en vernos a los dos. Al parecer es conocido por su excentricidad en lo que a los proyectos que escoge se refiere, y no podemos decirle que no.

Y él había querido decir que no, reconoció Raphael. Y más cuando se enteró de que una reunión de admiradores de Miguel Ángel venidos de todo el mundo habían ocupado todas las plazas hoteleras de Florencia.

–Por desgracia, el único momento en el que puede vernos es mañana por la noche para cenar, lo que significa que tendremos que quedarnos a pasar la noche en Florencia. Los italianos cenamos tarde.

¿Por desgracia? A Charley no se le ocurría nada mejor que tener la oportunidad de pasar un tiempo en Florencia. Tal podría incluso

escaparse a visitar su famoso mercado y comprarse ropa barata para complementar los vaqueros y la chaqueta que le había dado Raphael y sus dos camisetas.

–Nos quedaremos a pasar la noche en mi apartamento de Florencia.

La emoción de Charley se convirtió en una mezcla de sentimientos encontrados, algunos de los cuales eran demasiado peligrosos como para cuestionárselos.

–Saldremos a primera hora de la mañana. Te advierto de que mi contacto dice que a Niccolo Volpari no le gustan las tonterías, y tendrá muchas preguntas que hacer. El proyecto tendrá que superar numerosas pruebas antes de que recomiende a sus artistas para que trabajen en él. Su trabajo es el mejor de los mejores, y él presume de que ni el propio Miguel Ángel sería capaz de apreciar las diferencias entre su David y una copia hecha por sus estudiantes. Y dime, ¿qué progresos has hecho en relación con la restauración del lago?

–Me he puesto en contacto con Patrimonio Nacional en Inglaterra y me han dado los nombres de tres organizaciones con base en Italia que podrían hacerse cargo del proyecto. He enviado correos electrónicos a las tres, pero todavía no he recibido respuesta. También he informado a la empresa que va a limpiar el jardín que ahora quieres el trabajo hecho en dos meses, y están de acuerdo en añadir una cuadrilla extra para asegurarse de cumplir el objetivo. También habrá que cablear toda la zona, lo que supondrá un coste añadido. Aquí tengo los números. Quería tu aprobación antes de seguir adelante.

Raphael llegó al escritorio justo cuando Charley ponía los papeles encima. Uno de los papeles resbaló, y cuando se agachó para recogerlo, rozó sin darse cuenta la suave tela que cubría el muslo de Raphael con los nudillos. El impacto que recibió fue de tal calibre, que Charley soltó al instante los papeles y retiró la mano sin atreverse a mirar a Raphael. Todo su cuerpo ardía incómodo. ¿Por qué diablos se estaba comportando como una estúpida? El contacto había sido accidental, Raphael probablemente no habría sentido nada, y sin embargo allí estaba ella, comportándose como una virgen que de pronto se hubiera visto con la mano sobre una erección masculina.

–Soy muy torpe –se oyó decir en voz alta a modo de disculpa–. Mis padres siempre me lo decían.

Se inclinó para recoger el papel que estaba en el suelo, pero Raphael se lo impidió con voz áspera.

–No, déjalo donde está. Yo lo recogeré más tarde. Ahora tengo asuntos que atender, y estoy seguro de que tú también tienes trabajo.

Con las mejillas rojas, Charley asintió con la cabeza y salió

rápidamente de su despacho.

Raphael esperó a que Charley hubiera salido para recoger el papel. Tenía los nudillos blancos. Si hubiera permitido que Charley se agachara, como ella tenía intención de hacer, habría podido ver claramente su erección y habría conocido su causa. ¿Qué clase de hombre era él, a quien el mero roce accidental con una mujer que deseaba conseguía abrir una brecha en su autocontrol?

De regreso en su habitación, Charley trató de concentrarse en el trabajo, consciente de que concentrarse en otra cosa que no fuera el ridículo que acababa de hacer le iba a resultar imposible. Tenía la cabeza llena de imágenes de Raphael: El modo en que su imaginación le quitaba la ropa, la manera en que su propio cuerpo había temblado cuando le rozó. Charley emitió un gruñido de derrota. Le resultaba imposible concentrarse en el trabajo ahora que había desatado el sensual deseo que Raphael creaba en su interior. Eran pensamientos salvajes de una intimidad entre ellos que nunca podría llegar a suceder y que ella no debía querer que sucediera. Pero su cuerpo sí lo deseaba, y cada día lo deseaba un poco más. ¿Un poco más? Quería decir muchísimo más, reconoció Charley. Era como una adolescente atrapada en un enamoramiento por un ídolo, no una mujer que debería saber lo que se hacía.

Los pezones se le pusieron duros bajo la camiseta.

Charley volvió a gemir. No debería estar sintiendo aquello.

¡No debería!

Capítulo 7

FLORENCIA y Raphael! ¡Florencia con Raphael! ¿Estaba segura de que era una buena idea?, se preguntó Charley. Pero, ¿acaso tenía opción? Un escalofrío de emoción y de miedo le recorrió la espalda, destrozando al instante las promesas que se había hecho el día anterior sobre dejar de pensar en el efecto que tenía Raphael sobre ella.

¿Acaso su cuerpo no podía entender lo humillante que le resultaba desear a un hombre que había dejado claro que no tenía tiempo para ella? Raphael no quería tenerla en su vida en ningún sentido, y mucho menos en su cama. Charley tuvo que hacer un esfuerzo para contener un gemido de deseo.

¿Por qué iba a desear Raphael a una mujer como ella, una mujer carente de belleza y de gracia femenina, una mujer carente de experiencia sexual y de encanto? Ni la deseaba ni la desearía nunca, y si se tenía algún respeto a sí misma encontraría la manera de dejar de reaccionar de aquella manera, que sólo podía terminar con ella haciendo el ridículo.

Lo que debía hacer era concentrarse en el trabajo.

No podía culpar a Raphael por lo que ella sentía, ni afirmar que era él quien la había llevado a sentirse así. La verdad era justo al revés. Charley siempre había sido sincera consigo misma, sobre todo en lo relacionado con sus defectos. No podía culpar a Raphael por el hecho de que ella estuviera tan pendiente de él. Esa responsabilidad era suya y sólo suya. Pero no era demasiado tarde para cambiar las cosas. Podía trazar una línea en su vulnerabilidad hacia Raphael y poner nuevas condiciones y normas a su modo de reaccionar ante él. La primera regla y más importante era observar una actitud profesional en todo momento, mantener una distancia entre ellos. Podía hacerlo. Debía hacerlo, se dijo Charley mientras bajaba por las escaleras. Después de todo, ya había escrito a sus hermanas para decirles que iba a quedarse en Italia para empezar de inmediato con los trabajos de restauración del jardín, así que ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

No había ni rastro de Raphael en el pasillo, así que mientras le esperaba, Charley tenía libertad para observar los frescos más al detalle. Se maravilló de la destreza del artista que los había pintado. Cada expresión contaba la historia del personaje que había representado, pero lo que le llamó la atención fueron los rostros del grupo de tres niños. El mayor de ellos, un niño que sin duda

representaba al joven heredero, tenía la arrogancia y el orgullo de Raphael en la expresión, allí de pie frente a su madre, su hermano y su hermana. Su ropa era más rica que la de los demás y tenía la mirada clavada en un paisaje distante, como si fuera consciente de que algún día aquellas tierras le pertenecerían. A su lado, su hermana, que llevaba una túnica ribeteada de armiño, miraba a su madre en busca de aprobación mientras un lacayo de librea estaba arrodillado delante de ella, mostrándole un pergamino. Charley se preguntó si representaría un acuerdo de matrimonio. El más pequeño, que era otro varón, estaba sentado en el regazo de su madre, agarrándole la cruz de oro que llevaba puesta. Como segundo hijo, bien podía estar destinado a ocupar un alto cargo eclesiástico.

–La tercera duquesa con sus hijos.

El sonido de la voz de Raphael le provocó un escalofrío en la espina dorsal. Sin atreverse a mirarle, le dijo:

–El mayor se parece un poco a ti.

–Murió cuando el castillo fue atacado por fuerzas enemigas. Perdió la vida defendiendo a su hermana y a su madre.

Charley se estremeció. Las palabras de Raphael le demostraban que, a pesar del aire de superioridad y de arrogancia que tenía, en el fondo el muchacho seguía siendo vulnerable.

No como Raphael.

–¿Lista para irte?

Charley asintió con la cabeza, preguntándose mientras le seguía hacia el Ferrari que les esperaba por qué Raphael se había puesto de pronto de mal humor.

Había llovido durante la noche, y el sol de la mañana llenaba el aire con el rico aroma a tierra húmeda y a plantas creciendo, a vida que regresaba al mundo tras la oscuridad del invierno.

Al menos ahora no tenía que sentirse triste porque su estancia en Italia fuera a ser demasiado corta y no pudiera ver todo lo que quería conocer, se dijo Charley. Tendría tiempo de sobra para visitar sus ciudades y sus galerías de arte, para respirar su magia y llenarse los sentidos con su belleza.

El Ferrari recorrió a toda prisa los kilómetros. Las señales les iban indicando que estaban cada vez más cerca de Florencia.

–Iremos primero a mi apartamento, ya que vamos a quedarnos allí –anunció Raphael.

A Charley le dio un vuelco al corazón. No podía decir nada, ¿qué iba a decir?

«No quiero quedarme en tu apartamento porque te deseo y tengo miedo de que se me note». Imposible.

El sonido de la voz de Raphael atravesó sus incómodos pensamientos, dándole una excusa para volver al presente.

–Como sabes, esta noche vamos a cenar con Niccolo Volpari, Antonio Riccardi, el paisajista, y sus esposas.

Raphael le dirigió otra mirada de ceño fruncido como la que le había lanzado cuando salieron del *palazzo*, escudriñándola de arriba abajo, haciéndola sentir vulnerable, pero al mismo tiempo incapaz de exigir una explicación.

Habían llegado ya a las afueras de la ciudad y tomaron la autopista para dirigirse al Río Arno.

–El Ponte Vecchio está a tu izquierda, más allá del Ponte alle Grazia –le dijo Raphael como si hubiera adivinado lo que estaba pensando cuando llegaron a río.

A Charley le abrumaba pensar en la historia que tenía delante de ella, como una joya preciosa esperando a ser admirada. Ahora, Raphael estaba conduciendo a través de un laberinto de calles estrechas con nombres sacados directamente de la historia, flanqueadas por edificios que hacían que Charley se quedara maravillada y sin habla. En una pequeña plaza vio un cartel de la Piazza Della Signoria y el corazón el dio un vuelco por la emoción.

Mucha gente, la mayoría turistas, según le pareció a Charley, ocupaban las estrechas calles.

Sonaban los cláxones de los coches, los impacientes conductores italianos hacían gestos a través de las ventanas abiertas. A la izquierda quedaba el río, pero Raphael giró hacia la derecha.

–Ésta es la Via de'Tornabuoni –le dijo a Charley–. En la siguiente intersección verás el Palazzo Strozzi, que pertenece a la familia que en el pasado conspiró contra los Medici y pagó con el destierro.

La calle estaba flanqueada por impresionantes construcciones, muchas de ellas eran sede de elegantes diseñadores, y las aceras estaban llenas de mujeres elegantemente vestidas que se movían con una confianza en sí mismas que a Charley le resultaba propia de la Europa continental. Estaba tan ocupada viendo cómo una de ellas entraba en una tienda, que le pilló por sorpresa cuando Raphael de pronto entró en una estrecha abertura que había entre dos edificios, custodiada por un par de gruesas puertas de madera. Las puertas se abrieron automáticamente, permitiendo la entrada de Raphael, que bajó por una rampa hasta un aparcamiento subterráneo.

–Este edificio fue reformado en el siglo XVIII, y la familia lo adquirió vía matrimonial –le explicó a Charley cuando hubieron salido

del coche y estaban en el ascensor–. Cuando mis padres murieron, cayó en estado de ruina. Yo mandé reconstruirlo, pero decidí quedarme sólo con dos de las cinco plantas y alquilar las demás.

El ascensor se había detenido, y salieron a un magnífico recibidor de mármol del siglo XVIII con nichos en los muros que contenían pulidos bustos de mármol. Un pasamanos se hierro subía al lado de la escalera de mármol. Pero allí donde Charle imaginó que habría antaño retratos familiares con marcos dorados, ahora había arte moderno, con pinturas grises y enmarcadas fotografías en blanco y negro con escenas de calles y edificios. El efecto favorecía al vestíbulo. Y sin duda era el reflejo de un hombre que tenía la confianza en sí mismo y la arrogancia de seguir su propio instinto artístico en lugar de adoptar los gustos de los demás. Charley no podía imaginarse a sí misma con la confianza de imponer un estilo tan moderno a tan tradicional edificio.

–Aquí no tengo servicio. Utilizo los servicios de una empresa –le estaba contando Raphael–. Te enseñaré tu habitación para que puedas dejar las cosas allí, y luego te sugiero que te reúnas conmigo en el salón. Se llega a través de aquella puerta de la izquierda.

¿Raphael y ella iban a estar solos en el apartamento? Charley hizo un esfuerzo por mantener la compostura mientras lo seguía hacia las escaleras, que eran lo suficientemente anchas como para que subieran el uno al lado del otro, con suerte con varios centímetros de distancia entre ellos.

La habitación que Raphael le enseñó estaba decorada en estilo imperial francés, en suaves tonos azules, grises y blancos. Cuando Raphael se marchó para «que se pusiera cómoda», descubrió que la habitación tenía un gigantesco baño con una enorme bañera de patas de garras y espejos adornados con querubines.

Charley podía imaginar perfectamente a alguien como Paulina, la hermana de Napoleón, relajándose en la bañera mientras disfrutaba de la conquista de Italia a manos de su hermano.

A pesar de la delicadeza de los colores del dormitorio, la estancia poseía un aire de sensualidad que a Charley le recordó su propia debilidad. Aquélla era una habitación para una mujer segura de su propia sexualidad. Una mujer seductora vestida de seda que pasara las largas tardes de verano en brazos de su amante.

¿Sería allí donde Raphael llevaba a sus amantes? Mujeres sofisticadas que… Charley puso freno al instante a aquellos pensamientos que no tenía derecho a tener, y que suponían una intromisión en la intimidad de Raphael. Descendió por las escaleras justo a tiempo de ver a un hombre menudo y rehoncho salir del

ascensor para estrechar la mano de Raphael.

–Charlotte, llegas justo a tiempo –le dijo Raphael–. Ven a conocer a mi amigo Paulo Franchetti. Él es quien ha intercedido por nosotros ante Niccolo Volpari.

Charley no pudo apartarse cuando Raphael la tomó del brazo y la llevó hacia ellos.

– *Buongiorno*, Charlotte –la saludó Paulo con una sonrisa estrechándole la mano.

Quince minutos más tarde, tras una breve charla sobre el jardín, Paulo se marchó.

Raphael consultó su reloj y le dijo:

–Pronto comeremos algo, pero antes hay algo que debemos hacer.

Ya se estaba dirigiendo hacia la puerta principal del vestíbulo, esperando claramente que ella le siguiera. Charley no podía hacer otra cosa.

En cuanto se abrió la puerta, se filtró a través de ella la luz del sol, obligando a Charley a parpadear.

–Por aquí –la dirigió Raphael, colocándole la mano en el codo y llevándola hacia la acera.

De manera casi milagrosa, la multitud parecía haberse dispersado para dejarles pasar, y unos metros más allá, Raphael se detuvo frente al escaparate de la tienda de un diseñador italiano conocido internacionalmente.

–Necesitarás ropa de trabajo adecuada a tu posición –aseguró él–. Ya que estamos en Florencia, podemos aprovechar.

Charley le miró.

–Tengo ropa de sobra en mi casa. Mis hermanas pueden enviarla.

Raphael alzó una ceja.

–Déjame adivinar: esa ropa que tienes en casa es aburrida y de dos tallas superiores a la tuya, ¿verdad? No sirve para tu nuevo papel. Tendrás que tratar con artistas que valoran la belleza. Hombres italianos –enfatizó–. Es de vital importancia, ya que me representas a mí, que te respeten y sepan que comprendes la importancia de su trabajo. Para el cantero, la tela adecuada en el cuerpo de una mujer es tan importante ante sus ojos de artista como la correcta elección de la piedra, y eso se aplica a todos los artistas con los que vas a tratar.

Además, habrá muchas ocasiones en las que tendrás que acompañarme a reuniones de trabajo y a cenas. Por ejemplo, esta noche. No quiero que…

–¿No quieres que aparezca con mi aburrida ropa? –terminó Charley por él–. Bien, en ese caso me sorprende que me hayas traído aquí.

–¿Por qué te da tanto miedo llevar ropa bonita? La mayoría de las mujeres…

–Yo no soy como la mayoría de las mujeres, y no tengo miedo –negó Charley.

Por supuesto, Raphael tenía razón. Pero no podía reconocer que tenía miedo de llevar ropa bonita porque sabía que sólo serviría para destacar lo poco digna que era de llevarla.

–Lo que iba a decir en realidad –continuó Raphael– era que a la mayoría de las mujeres les gusta ir vestidas adecuadamente cuando están en compañía de otras mujeres.

Particularmente con mujeres italianas, que se sienten muy orgullosas de su aspecto. Si no vas vestida como ellas, te sentirás incómoda.

Charley tuvo ganas de decir que no, porque sabía lo poco que casaba con la clase de elegancia italiana a la que estaba haciendo referencia Raphael.

–Ya has accedido a trabajar bajo mi dirección y a amoldarte a mis condiciones –le recordó él.

–Como directora del proyecto, no para que me digas lo que tengo que vestir –respondió Charley– Para mí la ropa de trabajo es un buen par de botas y un sombrero que me tape.

¿Era compasión lo que estaba viendo en los ojos de Raphael?

–Y tendrás esas cosas, por supuesto, pero me cuesta trabajo creer que quieras llevar ese atuendo durante la cena.

Sus palabras eran una afirmación, no una pregunta, reconoció Charley, y aunque le hubiera gustado rebatir aquel punto, Raphael se estaba apartando de ella, haciéndole un gesto con la cabeza al lacayo uniformado para que le abriera la puerta de la tienda y dando a entender que no toleraría ningún amago de rebelión por su parte.

Sentía la mano de Raphael bajo su codo como una forma de prisión, pero a pesar de todo lo que había pensado sobre sí misma, Charley se vio obligada a admitir con cierta humillación que se alegró de llevar ropa de buena calidad cuando la dependienta la miró de arriba abajo.

Aunque al mismo tiempo también era completamente consciente del mal aspecto que tenía y de la falta de confianza en sí misma al estar en el lugar más femenino del mundo. Pero la dependienta no perdió mucho tiempo mirándola. Estaba demasiado ocupada mirando a Raphael, pensó Charley con ironía. Entonces llegó una mujer más madura, que despidió a la joven y sonrió a Raphael con calidez y profesionalidad –Mi ayudante necesita un nuevo vestuario –le dijo Raphael a la encargada–. Necesitará ropa de diario, al menos dos

trajes de chaqueta y vestidos de cóctel y de noche.

No, nada de vestidos, quiso protestar Charley. Nunca se ponía vestidos. Su madre siempre decía que era demasiado marimacho para llevarlos, y en las raras ocasiones en las que había insistido en vestirse como sus hermanas, su madre se había reído diciendo: –Oh, cariño, no puedes ponerte eso.

Los vestidos, y en general toda la ropa femenina, eran los enemigos de Charley. El sólo hecho de verlas en los escaparates de las tiendas le provocaba un sudor frío que le recordaba la humillación de la infancia.

La mirada de la dependienta se clavó una vez en Charley y luego asintió con la cabeza sin mirarla.

–Por aquí, por favor –les invitó.

En cuestión de minutos estaban en el interior de una salita privada en la que había periódicos, revistas y una televisión. Pidieron café para ambos. Charley fue trasladada después de un enorme vestidor donde la dependienta le tomó medidas. Luego pudo volver a la salita, donde Raphael estaba tomándose el café mientras repasaba su BlackBerry. La encargada llamó a dos asistentes jóvenes y les dio una retahíla de instrucciones en italiano tan deprisa, que Charley no pudo seguirla, aunque consiguió entender la temida palabra «vestido».

En un instante, bajo la vigilante y silenciosa mirada de la encargada, la percha rodante que habían llevado a la sala empezó a llenarse de ropa. De ropa preciosa y elegante hecha con tela maravillosa y sofisticados colores. Había dos pantalones de vestir, ambos blancos; shorts bien cortados blancos y negros, camisas, blusas…el pánico de Charley iba en aumento con cada prenda que se añadía a la percha.

Al final, por supuesto, fue el vestido de noche lo que pudo con ella. Estaba confeccionado en suave seda de color crema, decorado con pequeños cristales. La tela era tan delicada que se agitaba sensualmente con el movimiento del aire acondicionado. Aunque no había tenido oportunidad de verlo bien, Charley supo instintivamente que era un vestido diseñado para una mujer consciente de su propio atractivo, una mujer que sabía que, cuando la gente la miraba, lo hacía con admiración. Imaginó lo humillada que se sentiría si se veía obligada a ponerse semejante vestido; parecería una idiota y haría el ridículo. La belleza y la elegancia del vestido revelarían su mediocridad. Dentro de su cabeza, podía oír la voz de su madre cuando estaba con sus hermanas y ella en la sección de niños de unos grandes almacenes de Manchester. Las había llevado allí para comprarles unos vestidos para Navidad. Charley tenía entonces siete

años. Podía verse ahora mirando con anhelo hacia un vestido de tafetán verde oscuro con cuerpo de terciopelo. Su madre había exclamado entonces: –Oh, no, Charley… no puedes ponerte eso.

Al recordar ahora el incidente, Charley podía sentir el aguijón de humillación quemándole bajo la piel al recordar las palabras de su madre y cómo la gente se dio la vuelta para mirarla, comparándola sin duda con sus preciosas hermanas.

Incapaz de contenerse, se puso de pie.

–No puedo llevar ninguna de estas prendas –le dijo agitada a Raphael, demasiado alterada para darse cuenta de que la encargada había salido discretamente de la habitación junto con sus ayudantes.

–¿Por qué no?

Raphael no estaba de humor para tonterías de mujeres. Llevaba despierto desde muy temprano, preguntándose si era buena idea pasar la noche a solas en su apartamento de Florencia con Charley. No le habían gustado demasiado las respuestas que se le habían ocurrido.

Y ahora, cuando había decidido que no le quedaba más alternativa que sacar el mejor partido de la situación y asegurarse de que estaba preparada en todos los sentidos para el trabajo para el que la había contratado, lo último que quería era que Charlotte se comportara como una reina del drama a cuenta de la ropa que sin duda necesitaba.

–¿Cómo qué por qué no? ¿Acaso no es perfectamente obvio? –inquirió Charlotte amargamente–. Mira esa ropa y mírame a mí. De ninguna manera me la voy a probar sabiendo que no puedo ponerme ese tipo de prendas. Tendría un aspecto ridículo.

Al captar en su voz un tono cercano a la histeria, Raphael dejó el periódico que estaba leyendo y se puso de pie. Ya no sentía ninguna irritación.

Charley estaba temblando, al borde de las lágrimas, y en sus ojos se reflejaba un profundo dolor. El hecho de que estuviera a punto de perder el control bastó para despertar en Raphael unos instintos que no podía ignorar ni negar. ¿Cómo iba a llamarse hombre e ignorar su angustia? Sus padres le habían educado para ser caballeroso y protector con el sexo femenino.

Pero por otro lado, la angustia de Charley estaba despertando otros instintos peligrosos en su interior. Los instintos de un hombre que deseaba a una mujer. De los dos, sólo él sabía lo cerca que estaba de estrecharla entre sus brazos. Y sólo él debía saberlo, se advirtió Raphael, porque cuando la abrazara, ya no habría vuelta atrás. El pulso se le aceleró, confirmando lo que ya sabía.

–¿Por qué diablos piensas eso? –inquirió.

Sus sentimientos contradictorios habían provocado rudeza en la voz de él.

Se hizo una larga pausa en la que Charley apartó la vista y luego, como si le hubieran arrancado las palabras, dijo:

–Porque sí… y punto.

Era una respuesta infantil, desafiante. Una defensa contra algo demasiado doloroso para revelarlo. Raphael lo sabía porque conocía perfectamente lo que era no ser capaz de admitir la verdadera causa de un dolor interno.

Charley se preguntó por qué había dicho lo que había dicho. ¿Por qué le había permitido ver su vulnerabilidad? ¿Por qué le había dado el arma con el que podría destruirla? Ahora era demasiado tarde para hacerse aquellas preguntas y ella lo sabía.

–Entiendo –Raphael hizo una pausa.

Charley tembló por dentro durante la larga pausa mientras Raphael analizaba la situación. ¿Qué era lo que más había deseado siendo niño cuando tenía que enfrentarse al dolor y al miedo? Que le tranquilizaran diciendo que no había en realidad nada que temer.

Que una «autoridad superior » se lo asegurara con firmeza. Él no había recibido aquel consuelo porque a su madre le había resultado imposible negar el legado que había en él, y ni siquiera su amor había bastado para protegerle de la dura realidad. La seguridad de una mujer en sí misma lo era todo. Lo había visto en su madre, y quería de alguna manera que Charley la recuperara. Pero entre aquel pensamiento y actuar se abría una tierra de nadie, y Raphael sabía que era peligroso cruzar aquella línea.

Podía detenerse. Podía apartarse de ella. Podía…

–Bueno, es decisión tuya, pero personalmente creo que ese vestido te sentará de maravilla. Tienes una bonita figura, y te mueves con elegancia, algo de lo que no todas las mujeres pueden presumir.

Ya era demasiado tarde. Había cruzado la línea. Y al hacerlo había puesto en movimiento la situación que había jurado evitar.

Charley no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando fijamente a Raphael con los labios entreabiertos. Le había dicho un piropo. Le había dicho que se movía con elegancia. Él creía que podía ponerse aquel vestido. Una sensación embriagadora y eufórica la atravesó como una fuerte ola, limpiando todo lo que había por delante, arrastrando con su fuerza los detritos de todo lo podrido y envenenado. Charley se sintió tan diferente, tan iluminada, que se miró como si su cuerpo le resultara extraño.

–¿Elegancia? –repitió maravillada.

Raphael asintió con la cabeza y le dijo:

–Pruébate la ropa y tú misma lo verás.

No había tiempo para más conversaciones privadas. Las dependientas habían regresado, acompañadas de una joven que llevaba una bandeja con café recién hecho. Urgieron a Charley a entrar en el vestidor.

Una vez allí, descubrió enseguida que comprar ropa italiana incluía más cosas de las que había imaginado. Para empezar estaba el maquillaje, que fue aplicado por otra joven guapa y delgada que iba vestida de negro, como todas las demás. Cuando hubo terminado, Charley se puso un traje pantalón negro y una camisa de seda de color crema. Le prohibieron mirarse en el espejo hasta que hubieran acabado. ¿Le estaban cepillando y arreglando el pelo por Raphael? ¿O le dedicaban tantas atenciones por el potencial importe de la posible compra?, se preguntó Charley con cierto cinismo sin poder evitarlo. Daba lo mismo la razón, el resultado seguiría siendo el mismo al final: parecería una caricatura, con eso ya contaba.

Pero cuando finalmente le permitieron mirarse al espejo no parecía en absoluto una caricatura. Parecía… mientras observaba su reflejo, Charley batió las maquilladas pestañas con incertidumbre. Parecían muy largas, y sus ojos muy grandes, con un color en cierto modo más profundo gracias a la sombra de ojos, reconoció distraídamente.

Estaba posponiendo el momento en el que tendría que volver a mirar el reflejo entero por si se había equivocado y el milagro que parecía haber tenido lugar fuera más un espejismo que un milagro.

Con cuidado, casi con miedo, Charley deslizó la mirada hacia abajo, pasando por la boca ligeramente cubierta de rosa hacia donde el cuello abierto de la camisa de seda revelaba la pequeña hendidura de la base de su cuello de un modo que le hacía desear tocar aquella vulnerabilidad desconocida. Pero seguía evitando mirarse de cuerpo entero. La dependienta se estaba dirigiendo hacia la puerta, y Charley sabía que pronto tendría que mostrarse ante Raphael. Se miró rápidamente al espejo, conteniendo la respiración. El aire se le escapó de los pulmones cuando se encontró con la imagen que la estaba mirando. Se dio cuenta de que el milagro había ocurrido realmente.

Aquella mujer era ella. Aquella joven impecablemente arreglada, de aspecto esbelto, largas piernas y delicadas muñecas. ¿Qué clase de magia era aquélla? ¿Cómo podía un simple traje de chaqueta y pantalón provocar semejante transformación? ¿O lo estaría imaginando todo? ¿Estaría viendo lo que desesperadamente deseaba ver? ¿Habría creído lo que Raphael le dijo sólo porque quería creerlo? Debatiéndose entre la esperanza y la duda, Charley contuvo las lágrimas. Sólo había una manera de averiguarlo. Se decía que los ojos

no mentían.

Tal vez cuando estuviera delante de él sabría realmente lo que Raphael pensaba de verdad.

Cuando entró en la sala, él bajó el periódico y la miró, pero a Charley le resultó imposible saber qué estaba pensando a juzgar por su expresión. Algo parecido a la decepción y la tristeza se abrió paso dentro de ella.

Se giró sobre los talones, o más bien sobre los zapatos de tacón que le habían prestado para que se probara el traje. No fue en absoluto consciente del instintivo y absolutamente femenino movimiento de su cuerpo.

Pero Raphael sí.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo en que te queda bien? –le dijo secamente.

Charley no estaba preparada para dar su brazo a torcer.

–Mis padres… –comenzó a decir a la defensiva, pero Raphael la acalló al instante interrumpiéndola.

–Lo que te hayan dicho tus padres o cualquier otra persona, lo que hayan podido pensar, termina ahora y se queda en el pasado. Sólo los débiles culpan a su pasado por los problemas que encuentran en el presente; los fuertes reconocen los efectos de ese pasado y siguen adelante. Todos somos libres para elegir si queremos ser fuertes o débiles.

La mirada de Raphael le retó a tomar una decisión. Charley aspiró con fuerza el aire.

Volvía a sentirse mareada, como si algo se hubiera desatado en su interior y estuviera volando libre. Mientras trataba de comprender lo que estaba sintiendo, oyó a Raphael dirigirse hacia la encargada de la tienda.

–Me llevo todo.

–Pero no me he probado nada más –protestó Charley.

–No es necesario. Estoy seguro de que todo te quedará perfecto. Además, son casi las dos y todavía no hemos comido.

Charley se dio cuenta de que no tendría sentido tratar de protestar.

Para cuando hubo terminado de cambiarse y se hubo puesto otra vez su ropa, todo estaba arreglado. Enviarían las compras al apartamento, y las encontraría allí cuando volviera.

Comieron en un pequeño restaurante que había al fondo de un callejón que se abría a un patio bañado por el sol, pero a pesar del relajado ambiente del lugar, no fue una comida agradable. Raphael apenas le dirigió la palabra, y cuando ella le preguntaba cosas sobre la ciudad en un intento de iniciar una conversación, le respondía con

tanta sequedad, que Charley perdió el apetito y las ganas de seguir tratando de hablar con él. Quedaba claro que a Raphael le aburría su compañía, y sintió una punzada de dolor en el corazón cuando le vio mirando a una impresionante pelirroja que pasó por delante de su mesa. Sin duda deseaba estar con aquella mujer en vez de con ella, pensó Charley con tristeza. Trató de no mostrar sus sentimientos cuando él consultó su reloj, como si estuviera impaciente por terminar la comida. Había sido una estúpida al creer que Raphael se ofrecería a enseñarle la ciudad.

Había sido un error llevar a Charlotte a aquel restaurante a comer, reconoció Raphael irritado consigo mismo por el modo en que su deseo le estaba debilitando. La intimidad del restaurante le hacía anhelar otra intimidad, la de su dormitorio, y tener a Charlotte desnuda entre sus brazos en la cama.

No había razón lógica para que ejerciera aquel efecto sobre él. Después de todo, conocía y se había resistido a mujeres mucho más desinhibidas sexualmente. Pero la luz del sol que se filtraba por las ventanas calentaba la pálida piel de su cuello, haciéndole desear tocarla, poseer aquel leve pulso que latía en su base, poseerla a ella.

Aquello era una locura. No podía permitirse que el deseo que sentía hacia ella le controlara. Eso rompería todas las normas que se había impuesto a sí mismo.

–Tengo algunas reuniones esta tarde.

Por fin Raphael le hablaba, aunque fuera con voz fría y brusca. Charley se concentró en él mientras Raphael llamaba al camarero y le pedía la cuenta. ¿Sería por las compras de aquella mañana? ¿Se estaría arrepintiendo de permitirle trabajar en el proyecto? Se preguntó qué entiría si él cambiaba de opinión. La oleada de tristeza que la invadió al instante le dio la respuesta. Se dio cuenta de que deseaba desesperadamente trabajar en el proyecto del jardín.

Quería demostrarse a sí misma que podía. Quería ser ella misma.

La misma sensación de asombro que había experimentado al ver su nuevo reflejo en el espejo del cambiador volvió a golpearla, trayendo consigo la conciencia de que en lo más profundo de su interior había anhelado la oportunidad de darle la vuelta a las ideas sobre sí misma que la tenían prisionera. Secretamente anhelaba no ser Charley la torpe, sino otra persona. Antes se decía a sí misma que aquello era imposible, que era quien era. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que Raphael tenía razón cuando dijo que ella había sido lo que los demás la habían obligado a ser. La perspectiva de despojar a aquella persona de sus restricciones podría resultar incómoda y alarmante, pero también emocionante, reconoció Charley, sintiéndose llena de

nuevas posibilidades, nuevos objetivos, nuevas ambiciones, del mismo modo que se había sentido abrumada por una sensación de ansiedad y placer cuando se encontró con su nueva imagen en el espejo. Supo lo que podría llegar a ser si tenía el valor de aprovechar la oportunidad que Raphael y la vida le estaban dando.

Siempre había deseado conocer aquella parte de Italia, y ahora estaba allí; siempre había anhelado un trabajo que le permitiera expresarse artísticamente, y ahora lo tenía. Deseaba desesperadamente aprender más y crecer como persona ahora que podía. Sus pensamientos le atravesaron la mente como pequeños dardos de luz que iluminaron los rincones más oscuros de su conciencia. Podría mejorar su italiano, recorrer la campiña, empaparse de la historia artística de Florencia, ser todo lo que siempre había querido ser.

Excepto desear a Raphael. Eso no podía y no debía hacerlo. Aquélla era una puerta cerrada y así debía permanecer. Si con el nacimiento de la nueva Charlotte venía también el deseo de abrazar su sexualidad tomando un amante, debía aceptar que ese amante no podía ser Raphael.

Cuando hubo pagado la cuenta, él dijo:

–Te sugiero que pases el resto de la tarde dando una vuelta para conocer la ciudad. Es fundamental para que tu trabajo resulte eficaz. Habrá ocasiones en las que tendrás que venir sola, lo que me recuerda que necesitarás un coche.

–Que no sea muy caro –apuntó ella.

Ya le había costado mucho dinero a Raphael, pero estaba decidida a que el trabajo que hiciera para el jardín cubriera con creces los gastos.

–Y pequeño, por favor –añadió recordando la estrechez de las calles.

Había un camarero esperando para retirarle la silla, y Raphael se puso de pie, dejando claro que era el momento de irse.

Cuando atravesaron el soleado patio, Charley se dijo que tendría que comprarse unas gafas de sol decentes para reemplazar el par barato que tenía. Raphael ya estaba sacando las suyas, de forma clásica y con el discreto logo de Cartier. Cuando se las puso, le oscurecieron completamente los ojos. Si ya tenía un aspecto viril y peligroso, las gafas de sol lo intensificaron todavía más, provocándole a Charley un vuelco al corazón y una excitación de los sentidos. Decidió entonces que era mejor que Raphael no encontrara en ella ningún atractivo. En caso contrario, su nuevo deseo de explorar podría hacer que ella tomara la iniciativa. Si Raphael hiciera algún amago que indicara que la deseaba, entonces…

¿Entonces qué?, se preguntó Charley mientras salían del restaurante para dirigirse hacia la plaza. ¿Entonces disfrutaría de una breve aventura sexual con él con hedonístico abandono, disfrutando de la oportunidad de dejarse llevar por lo que sentía?

El corazón le latió con fuerza. No por la aprensión o el shock, sino por la emoción y la excitación.

Sumida en sus pensamientos, no vio al hombre joven de aspecto agradable que se acercaba por el otro lado hasta que tropezó con él. Sonrojada por la culpabilidad, comenzó a disculparse, pero en lugar de apartarse sin más, el hombre se quitó las gafas de sol y sonrió, dejando al descubierto unos dientes blancos. Tenía la voz cálida cuando la miró a los ojos y le dijo sencillamente:

– *Si bella, signorina*.

Y luego le dedicó una mirada de aprobación masculina antes de apartarse.

Debía de tener unos veintipocos años, y era alto, con el cabello oscuro y rizado y la típica complexión delgada de los jóvenes. Pero su cumplido le había subido la autoestima, reconoció Charley mientras seguía caminando por la calle.

Observándola desde la acera a escasos metros del restaurante, Raphael frunció el ceño y luego se giró sobre los talones. ¿Qué le importaba a él que otros hombres encontraran atractiva a Charlotte Wareham?

Capítulo 8

HABÍA pasado una tarde maravillosa, reflexionó Charley mientras estaba sentada en un pequeño café tomándose un capuchino. Una mirada a las colas que formaba la gente para visitar algunos de los monumentos más importantes de Florencia le había dejado claro que con una sola tarde a su disposición aprovecharía mejor el tiempo si se limitaba a pasear por la ciudad. Y aquello era exactamente lo que había hecho. Había caminado por la Via de Tornabuoni hasta el Río Arno, y luego por la orilla hasta llegar al Ponte Vecchio. Luego se había hecho con un mapa en la oficina de turismo y había paseado a su gusto, deteniéndose con frecuencia para admirar sus alrededores y disfrutar del maravilloso ambiente de la ciudad. Dentro de su cabeza había reemplazado a la gente de la calle por hombres y mujeres del renacimiento, y los imaginó acudiendo a sus quehaceres diarios.

Ahora eran casi las cuatro de la tarde, y todavía tenía casi una hora libre antes de volver al apartamento. Una joven que pasó a su lado con el cabello oscuro cayéndole sobre los hombros como seda líquida le llamó la atención. Las mujeres italianas tenían un pelo precioso. Charley alzó la mano y se tocó el suyo. Se lo había recogido durante toda la tarde, pero la nueva Charlotte que estaba surgiendo de la antigua Charley ya no se conformaba con apartarse sencillamente el pelo de la cara. Quería un peinado que casara con su nuevo yo.

Había pasado por delante de muchos salones de belleza durante su paseo, pero, ¿cómo encontrar el adecuado? Vio la tienda a la que Raphael la había llevado a la izquierda de la calle por la que estaba bajando. Antes de que el valor la abandonara, Charley apuró el capuchino, pagó y se dirigió hacia allí.

Si a la encargada que la había atendido antes le sorprendió su petición, no dio ninguna señal de ello. La escuchó tranquilamente y afirmó al instante que conocía el lugar adecuado, y que si Charley era tan amable de esperar un momento, ella misma llamaría en su nombre.

Y así fue como casi dos horas más tarde, Charley salió del salón de belleza con un peinado liso y elegante que le caía por los hombros. Le gustaba tanto, que no podía evitar mirarse de reojo en los escaparates, ni podía resistir la tentación de agitar la cabeza para sentir el placer del cabello rozándole el cuello. Pero ya no le quedaba demasiado tiempo para arreglarse para la cena. El corte de pelo había tardado más de lo que había esperado.

Raphael consultó su reloj. Charlotte tendría que haber regresado hacía más de una hora, y lo que en un principio fue irritación se había convertido en una ansiedad que se manifestaba en forma de ira que estaba tratando de controlar.

Ira. Sólo pensar en los peligros que le proporcionaría aquel sentimiento intensificaba lo que estaba tratando de no sentir. ¿Sería aquello una manifestación de la locura que le corría por las venas, una irritación que crecería hasta convertirse en un monstruo de varias cabezas al que no podría controlar, que primero se manifestaría verbalmente y después físicamente, hiriendo y destruyendo a quienes habían despertado aquella ira? Esa ira que se había apoderado de él en una ocasión, cuando juró que no volvería a ocurrir.

El sonido del telefonillo del apartamento, seguido de la voz de Charlie, atravesó sus pensamientos. Raphael se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

Charley, que estaba en el umbral de las impresionantes puertas dobles, estaba a punto de volver a llamar al telefonillo cuando se abrió la puerta y apareció Raphael.

–Se suponía que tenías que volver a las cinco y media. Son casi las siete.

Charley se dio cuenta de que estaba enfadado.

–Lo sé. Lo siento –se disculpó–. Tardé mucho en la peluquería. No imaginé que fuera a llevar tanto tiempo, y no pude avisarte porque no tengo el número de tu móvil.

¿Había ido a una peluquería? Raphael observó el elegante balanceo de su cabello cuando salió de la sombra de la puerta, y se sintió invadido por una nueva oleada de ira al ver la seguridad en sí misma que le proporcionaba su nuevo peinado. Su preocupación por su bienestar había sido innecesaria.

–En el futuro estaría bien que recordaras que no te pago para que vayas a la peluquería – le dijo con sequedad–. Tenemos una importante reunión de trabajo en menos de una hora, y antes quería haber repasado unos asuntos contigo.

Charley se sintió completamente mortificada. Perdió toda la alegría que le había dado el peinado debido a la furia de Raphael.

–Lo siento, no creí que fuera a tardar tanto. Quería…

La garganta se le cerró en gesto protector alrededor de las palabras que la hubieran humillado todavía más si las hubiera pronunciado. Iba a decirle que quería que él la mirara y la admirara. ¿La admirara o la deseara? La confianza y la felicidad que había sentido antes habían desaparecido.

–Iré a cambiarme –le dijo a Raphael con voz apagada.

Él la vio marcharse y resistió la tentación de detenerla y decirle… ¿decirle qué? ¿Que la deseaba? ¿Desearla sabiendo que al final la destruiría, y a sí mismo con ella? Cuanto antes quedara todo resuelto y pudiera dejarla al mando del proyecto del jardín, mejor. Tenía trabajo que hacer en Roma relacionado con sus negocios, y eso le mantendría lejos de ella el tiempo suficiente como para lidiar con su deseo, se dijo Raphael.

En su habitación, Charley se desvistió y se duchó rápidamente, contenta de que la estilista se hubiera tomado el tiempo de enseñarle cómo secarse y peinarse el cabello para mantenerlo perfecto. Había aprovechado la oportunidad para preguntarle a la encargada de la tienda qué conjunto de los que se había comprado le recomendaría para una elegante cena de negocios, así que, envuelta en una toalla, sacó la ropa que la mujer le había sugerido del armario del vestidor y la colocó cuidadosamente sobre la cama.

Se trataba de un vestido de color crema ajustado y sin mangas. La túnica llegaba casi hasta el dobladillo del vestido, y el conjunto se completaba con chaqueta de seda tipo cardigan que se ajustaba por encima de la cintura.

Algo insegura, Charlotte se fue colocando cada pieza y luego fue a mirarse al espejo exhalando un suspiro tembloroso cuando vio que, lejos de pensar que estaba vestida de forma extravagante, el efecto final resultaba asombroso, delicado y a mismo tiempo sofisticado gracias a la mezcla de texturas y telas.

Animada por una nueva confianza, Charley se puso las sandalias de tiras que completaban el conjunto y agarró el bonito bolso de suave cuero que iba a juego con ellas. Era lo suficientemente grande para que cupieran una libreta y un bolígrafo, así como un peine y el lápiz de labios. Se dirigió hacia la puerta, y salió al rellano justo cuando Raphael salía de su propia habitación. Charley contuvo el aliento, preguntándose si haría algún comentario sobre su aspecto, y al ver que no decía nada, se dijo que en realidad no estaba decepcionada.

Raphael llevaba puesto un traje de color claro y camisa oscura. El efecto resultaba a ojos de Charley muy italiano y muy sensual.

Mientras esperaba por ella en la parte superior de las escaleras, Raphael metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño paquete alargado. Cuando se lo tendió, Charley le miró con incertidumbre.

–Perfume. Más adelante podrás escoger el que prefieras, pero por ahora éste tendrá que servir. Ninguna mujer italiana se considera adecuadamente vestida si no lleva su perfume favorito, y me he dado cuenta de que tú no llevas ninguno.

Raphael reconoció para sus adentros que la fragancia que Charley llevaba siempre consigo era sencillamente su aroma, y que había empezado a alojarse peligrosamente en sus sentidos. Se alegró de que hubiera sombras en el rellano cuando ella salió de la habitación; había visto la ropa que la encargada de la tienda había colgado en el perchero de ruedas, pero el efecto de la mezcla de telas y texturas tan diferentes y el modo en que ocultaban y al mismo tiempo marcaban sutilmente las curvas de su cuerpo suponía una sensual promesa. Y él no sería el único hombre que lo notaría, pensó Raphael. La sensación que le atravesó fue dolorosa. ¿Celos? ¿No quería que otros hombres la miraran con deseo? No tenía derecho a sentir algo así, se dijo Raphael.

¡Perfume! No se le había ocurrido comprarlo a ella. A Charley le temblaron los dedos mientras retiraba el envoltorio, como hubiera sucedido si se hubiera tratado del regalo de un amante. Algo que por supuesto no era así. El líquido de la pequeña botellita tenía el color del ámbar cálido. Charley quitó el tapón, aspiró el perfume y le encantó al instante. La transportó a unos jardines de verano con todos los rosales en flor. Su dulzura estaba salpicada de un toque exótico que le hacía pensar en harenes y noches de terciopelo.

Había esperado que Raphael le escogiera algo moderno y práctico, pero sin duda aquél era un perfume diseñado para una mujer que disfrutara de su sensualidad. Un perfume que se pondría en la cama por la noche sobre su cuerpo desnudo para tentar a su amante.

–Si no te gusta… –comenzó a decir Raphael.

–Me gusta –aseguró ella, poniéndoselo en el cuello y en las muñecas–. Es maravilloso.

Pero no tiene etiqueta.

–Es de un *parfumier* que prepara sus propias esencias.

La actitud de Raphael resultaba tan indiferente, que Charley no sintió deseos de seguir con el tema, aunque le gustaba tanto el perfume que quería saber de dónde había salido. Ya sabía que en cuanto se le acabara querría reemplazarlo. Charley sólo se había puesto un poco de perfume en las muñecas y en el cuello, pero Raphael ya podía oler su sensual mezcla de pasión y de promesa. Había tenido que oler varias esencias distintas antes de encontrar la que finalmente había escogido. Aunque era consciente de su sensualidad, tuvo que admitir ahora que no estaba preparado para el efecto que se desencadenaría cuando se mezclara con el calor de la piel de Charley. Su madre siempre había llevado un perfume con base de rosas, menos sensual y más floral. Apartó de sí aquel recuerdo. No entendía por qué la presencia de Charley le hacía pensar en su madre con tanta frecuencia. Ni tampoco quería saberlo.

Capítulo 9

YA había terminado, pero Charley había pasado la noche más maravillosa de su vida. La conversación había sido tan embriagadora para ella como el vino que había llenado su copa.

Estar entre personas que sabían tanto de su oficio, tan llenas de pasión por lo que representaba y que la trataban como a una igual la había hecho sentirse completa y cómoda consigo misma. Cada minuto de la velada había sido maravilloso. Antonio y Niccolo tendrían unos cincuenta y pocos años, y sus esposas, según supuso, eran madres de hijos ya mayores.

La habían tratado con amabilidad, halagando su aspecto, preguntándole por sus circunstancias familiares e invitándola a acudir a sus reuniones familiares mientras estuviera trabajando en Italia para que no se sintiera sola. Y Niccolo le había asegurado a Raphael que le interesaba el proyecto y que estaba dispuesto a que sus profesores y estudiantes participaran en él. Charley confiaba en haber jugado también un papel importante.

Sin embargo, ahora, de vuelta al apartamento, Raphael no le había dirigido la palabra. Su silencio en el camino de regreso fue la continuación de su actitud hacia ella durante la velada.

Había estado observándola. ¿Querría tal vez comprobar si estaba capacitada para realizar el trabajo de dirección del proyecto?

Con su recién descubierta confianza en sí misma, en lugar de dejarse llevar por la ansiedad, se enfrentó a ella.

–Parece que algo está mal. Si es por el jardín y mi trabajo y has cambiado de opinión…

No pudo llegar más lejos. Raphael se giró para mirarla y le dijo con brusquedad: –No es por el jardín ni por tu trabajo, sino por esto.

Si hubiera tenido que luchar contra su deseo sólo aquella noche, habría sido capaz de controlarlo. Pero no era así. Llevaba luchando contra él día tras día, noche tras noche sin dormir, minuto a minuto, segundo a segundo, hasta que el peso de lo que estaba tratando de contener resultó tan fuerte, que sólo hizo falta la pregunta de Charley para derribar los muros que había construido a su alrededor para protegerse de ella. En los escasos segundos que tardó en acercarse a ella, todo un mundo de imágenes sensuales y deseos le atravesó. Fue una avalancha de autodestrucción que no fue capaz de detener.

Charley no se lo podía creer. Estaba donde llevaba tanto tiempo queriendo estar: en brazos de Raphael, con su boca dura sobre la suya, con sus sentidos cobrando vida. Durante un breve instante, fue

consciente de la oscuridad del pasillo, del olor de la piel de Raphael mezclado con el calor que estaban generando, el remolino de sus ropas, los suaves sonidos de placer que ella estaba emitiendo bajo los besos de Raphael y el sordo sonido de sus sandalias al dar con el suelo, porque se había puesto de puntillas para estar lo más cerca posible de él. Y

entonces no fue consciente de nada más que de la sensación de la boca de Raphael en la suya, la embestida de su lengua entre los labios y la oleada de placer que invadió su cuerpo, urgiéndola a responder a su contacto.

Sin duda había nacido para aquello, sus sentidos estaban diseñados para ello, y eso era lo que sus inhibiciones habían querido ocultar. Curvando la lengua sobre la de Raphael con sensual placer, se apretó contra él, sintiendo cómo se le aplastaban los senos contra la musculosa pared de su pecho. Sabía que le temblaban las piernas cuando se apoyó contra él, sabía que por dentro se estaba derritiendo. El objetivo de su cuerpo era ser poseído por Raphael, y recibía cada sensación y cada pensamiento que la acercaban a ese objetivo de forma hedonística, inconsciente, y tal vez incluso peligrosa.

Perdida en la urgente necesidad de entregar todo lo que era, todo lo que tenía al deseo que la atravesaba, el repentino «¡No!» que rasgó la garganta de Raphael la dejó desconcertada y sin dar crédito.

Cuando la soltó y dio un paso atrás, Charley se balanceó, incapaz de sostenerse de pie.

Todo su cuerpo temblaba por el rechazo, por la dolorosa negación. No podía comprender por qué si había despertado aquel deseo, ahora le hacía sentir semejante agonía.

–¿No? No puedes decir eso. No ahora, después de haberme demostrado que me deseas y de… haber hecho que yo te desee a ti.

No tenía malicia, era demasiado sincera en lo que pensaba y en lo que sentía. Sus palabras habían destrozado la barrera que había tratado de colocar entre ellos.

–¿Desearte? –se rió Raphael amargamente.

Hasta aquella noche, hasta que la había visto antes en el rellano, pensaba que había ganado, que tenía controlado el deseo que sentía por ella. Pero sólo había conseguido adormecerlo, y durante el transcurso de la velada, mientras la observaba, había cobrado nueva vida como un fuego salvaje que devoraba todo lo que encontraba a su paso.

–No, yo no te deseo –afirmó Raphael con brutal sinceridad–. Lo que siento por ti es más que deseo. Ojalá fuera sólo eso. Muero por ti. Pero como tengo por norma no mezclar el trabajo con mi vida

personal, tendré que dejar mi deseo insatisfecho. Regresaremos al *palazzo* por la mañana y luego partiré hacia Roma.

Se estaba apartando de ella para dirigirse hacia las escaleras. Charley se humedeció los labios, súbitamente secos. Y luego, antes de que pudiera cambiar de opinión, corrió tras él. Se colocó frente a él con los brazos abiertos para que no pudiera pasar.

–A veces hay que romper las reglas –le dijo sin aliento–. A veces ocurren cosas que no deberíamos tratar de controlar. Cosas que debemos experimentar, aunque el placer vaya a durar poco tiempo.

Alzó la vista para mirarle.

–Quiero que me hagas el amor, Raphael. Quiero sentir tu anhelo y tu deseo, porque yo también los siento.

Bajo la media luz del rellano, las facciones de Raphael adquirieron una nueva dureza, otorgándole el aspecto de un hombre de otra época, atormentado más allá del límite de sus fuerzas.

–Tú y yo no tenemos futuro –le dijo con sequedad.

–No te estoy pidiendo un futuro.

–Entonces, ¿qué me estás pidiendo?

–Esta noche –le dijo Charley con dulzura–. Esta noche y que no haya nada entre nosotros, nada que nos impida compartir la sinceridad de lo que sentimos. Antes, cuando hablaste de mi ropa y de mi… de mi elegancia, pusiste en marcha un proceso que me ha liberado de mí misma. Quiero que completes ese proceso, Raphael.

Charley podía oír la agitada respiración de él aunque no se hubiera movido.

Sosteniéndole la mirada, continuó.

–Quiero que me tomes y me abraces. Quiero que termines lo que has empezado, Raphael.

El pecho de Raphael subía y bajaba por la presión de su propia respiración. Charley bajó la voz hasta convertirla en un sensual susurro.

–Quiero que rompamos las normas, Raphael. Quiero que tengamos lo que podemos tener esta noche juntos.

Avanzó unos pasos hacia él y esperó con el corazón latiéndole a toda prisa. Nunca en su vida habría imaginado que llegaría a comportarse así, con tanta osadía sexual, pero ahora que sabía que Raphael compartía su deseo estaba preparada, por mucho que tuviera que arriesgar. Todo su cuerpo se estremeció al pensar en lo que podían compartir. Cuando él extendió los brazos y le rodeó las muñecas con dedos largos y fuertes como el acero, la emoción de Charley se convirtió en miedo. Iba a rechazarla. Iba a pasar por delante de ella.

Raphael le agarró los brazos a los costados y se los sujetó allí.

–¿Una noche? –le preguntó con suavidad–. ¿De verdad crees que una noche bastará para saciar el hambre que has despertado en mí?

Y entonces la besó salvajemente, y el deseo de Charley creció en su interior para encontrarse con el de Raphael.

Capítulo 10

HABÍAN llegado al final de las escaleras y seguían besándose, pero Charley no era consciente de que se hubieran movido, no tenía conciencia de nada que no fuera el calor de la boca de Raphael en la suya y el deseo que estaba alimentando dentro de ella.

Ahora, sin embargo, había dejado de besarla. Le sujetaba las muñecas con menos fuerza, y sus pulgares encontraron su excitado pulso, acariciándoselos con pequeños círculos.

–Esto no puede tener futuro –le advirtió Raphael como había hecho antes, poniendo énfasis a las palabras mientras las pronunciaba.

–No quiero un futuro –le aseguró Charley creyéndoselo–. Sólo quiero esta noche y a ti.

Raphael podía sentir el fuego salvaje de la pasión desatada recorriéndole el cuerpo.

Aquello era demasiado.

No podía rechazarla…ni negarse a sí mismo. El deseo de estrechar su cuerpo contra el suyo, piel con piel, bramaba dentro de él, pero consiguió agarrarse al último hilo de autocontrol que le quedaba.

–De acuerdo, pero hay una condición. Algo de lo que necesito asegurarme.

Charley esperó. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no debía enamorarse de él? Eso ya lo sabía sin necesidad de que se lo dijera.

Raphael exhaló el aire de los pulmones lentamente.

–No puede haber ninguna posibilidad de que como consecuencia de nuestros actos nazca un niño.

¿Por qué sus palabras le atravesaron el corazón como un puñal? No estaba pensando bajo ningún concepto en concebir un hijo cuando le había suplicado tan audazmente que rompiera su norma.

–Por supuesto, yo tomaré precauciones para asegurarme de…

–No hay necesidad –le interrumpió Charley–. Estoy tomando la píldora.

Era cierto, aunque la razón se debía a la ansiedad del año anterior, que le había provocado irregularidades en el ciclo menstrual.

–Muy bien, pero debo advertirte de que, si te quedas embarazada, tendremos que interrumpir el embarazo.

Charley sintió un escalofrío helado. Un instintivo rechazo a lo que le estaba exigiendo.

Pero no era un hijo lo que deseaba, se recordó, sino al propio Raphael. Y lo deseaba desesperadamente.

Debería terminar con aquello al instante, se dijo Raphael. No era

demasiado tarde. Podía darse la vuelta, rechazar lo que Charley le estaba ofreciendo. ¿Rechazarlo? ¿Cuando su cuerpo moría por ella y sus sentidos ya anticipaban cada uno de los placeres que se proporcionarían el uno al otro? Ya no podía detenerse, no podía escuchar las voces que le hablaban desde dentro, no podía siquiera cuestionarse por qué aquella mujer tenía el poder de derribar todas las defensas que él había erigido.

Charley se movió con incertidumbre. Un afilado punto de luz procedente de la lámpara de araña que colgaba del techo ponía en relieve las suaves curvas de sus senos. Los pezones se le apretaron contra la tela de la ropa, duros y erectos. Su mensaje de excitación sexual provocó que Raphael se excitara también. Le soltó a Charley la muñeca y alzó la mano hacia su cuerpo, recorriendo con la yema del pulgar aquella cresta erecta, sintiendo cómo su propio cuerpo reaccionaba al visible estremecimiento que recorrió a Charley cuando gimió suavemente en respuesta a su caricia. Era demasiado tarde para darse la vuelta, demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera rendirse al deseo.

–Por aquí.

Raphael la estaba llevando a su habitación. Un nuevo escalofrío se apoderó de Charley.

La idea de que Raphael le hiciera el amor en su cama en lugar de en la de ella añadía un extra de sensualidad y placer a lo que estaba sintiendo.

Elegante y refinado, como las fotografías que había visto de las habitaciones de los hoteles de lujo, el dormitorio de Raphael estaba decorado en tonos de blanco y gris oscuro con pesadas cortinas de seda a juego con la ropa de la gigantesca cama.

Aunque Charley no estaba en un estado de ánimo como para apreciar la decoración, ni tampoco tuvo tiempo, porque en cuanto Raphael hubo encendido las suaves luces y ella hubo entrado, él cerró la puerta la estrechó entre sus brazos.

El contacto de su mano sobre su pecho, que había encontrado rápidamente el duro pezón, la hizo estremecerse de nuevo por el placer, pero la conciencia de Charley había empezado a entrometerse con su placer. Dejó de besarle a regañadientes para admitir: –Hay algo que debo decirte.

–¿Qué?

–Bueno… –Charley arrugó la nariz–, lo cierto es que no tengo mucha experiencia previa.

No quiero desilusionarte…

Podía ver cómo el pecho de Raphael volvía a subir y a bajar

rápidamente. ¿Le habría desalentado?

–¿Poca experiencia o ninguna? –le preguntó Raphael.

Era muy astuto, pensó Charley.

–Ninguna –admitió–. ¿Cambia algo eso las cosas? ¿Vas a echarte para atrás?

–¿Te gustaría?

–¡No! –afirmó ella con vehemencia.

–El placer que nos daremos el uno al otro y que compartiremos será único, exclusivamente nuestro, como sucede con todos los amantes. Pero como a cualquier otro hombre, debo decir que a mi ego le gustará saber que no puedes compararme con un amante anterior y encontrarme carencias.

Charley estaba tan aliviada, que le espetó con sinceridad: –No puedo imaginar que ninguna mujer haya podido pensar eso de ti alguna vez.

Raphael soltó el aire lentamente. En lo más profundo de su interior ya sabía que iba a ser su primer amante. El corazón la latió con fuerza dentro del pecho. Quería abrazarla, deslizarle la ropa por el cuerpo y entregarse a su deseo para llevarles a ambos a aquel lugar en el que lo único que importaba era su placer común.

Se dio cuenta de que deseaba a Charley como nunca había deseado a ninguna otra mujer, como nunca imaginó que desearía a ninguna, pero lo único que le dijo a ella fue: –Haré todo lo que esté en mi mano para ser digno de la fe que tienes en mí.

Pero no pudo evitar añadir entre dientes:

–Sólo espero que mi autocontrol esté a la altura del reto.

¿Su autocontrol? Charley tembló debido a la emoción que le atenazaba el cuerpo. Pensó vagamente que era como si el deseo que sentía por Raphael hubiera alcanzado un punto de madurez sexual. Se había liberado casi como por arte de magia de todas sus restricciones e inhibiciones, como si hubiera vuelto a nacer a su propia sexualidad. Y todo gracias a Raphael.

Y no sólo porque le deseara, sino porque él le había mostrado que podía liberarse de las dañinas creencias de su pasado, que podía escoger quién quería ser.

Su cuerpo cantaba de excitación y de alegría, agitado de mil formas deliciosas que sabía que se convertirían en un único deseo bajo las caricias de Raphael.

Alzó la vista para mirarle y sonrió.

–No es tu autocontrol lo que yo deseo –le dijo sencillamente.

Raphael sintió cómo la respiración se le atrancaba en los pulmones, cómo el deseo traspasaba sus barreras.

–No deberías decirme esas cosas –le advirtió mientras acortaba la distancia entre ellos.

–¿Por qué no? –susurró Charley contra sus labios.

Temblaba tanto, que tuvo que agarrarse a él.

–Porque es peligroso, porque tú eres peligrosa. Peligrosamente sensual, peligrosamente tentadora. Me haces olvidar todas las razones por las que no debería estar haciendo esto –le susurró Raphael a su vez.

Estaba deslizando las manos por su cuerpo, acariciando suavemente uno de sus senos mientras la besaba. El placer se apoderó de ella. Placer, excitación y un deseo que la llevó a buscarle la lengua con la suya para enlazarlas. Unos fuegos artificiales de explosivo placer la atravesaron cuando Raphael la detuvo para convertir su exploradora caricia en la profunda y sorprendente embestida de su lengua en la suavidad de su boca. La lengua de Raphael y la mano que tenía en el pecho trabajaron al mismo ritmo, produciendo un eco de su deseo en su interior. Charley se apretó indefensa contra él y le deslizó las manos con ansiedad por el pecho y luego por los hombros, frustrada al encontrarse con la barrea de la camisa.

Como si supiera lo que sentía, Raphael le acercó los labios al oído y preguntó: –¿Qué es lo que quieres?

–Quiero tocarte, sin ropa –le respondió ella al instante con la voz temblorosa por el deseo.

–Entonces quítamela.

¿Desvestirle? Una oleada de deseo se apoderó de Charley, y entonces le llevó los dedos hacia la corbata, temblando sobre los botones de la camisa. El deseo se sentir su piel desnuda sobre la suya era lo único que evitaba que se distrajera con el modo en que Raphael le estaba acariciando el pezón mientras le sujetaba el hombro con la mano libre y le besaba dulcemente el cuello.

Cuando por fin hubo terminado de desabrocharle la camisa, se la sacó por la cinturilla de los pantalones y por fin pudo hundir el rostro en la cálida y musculosa pared de su pecho, cubierto de suave vello. Aspiró su aroma mientras le cubría la piel desnuda de besos hambrientos y frenéticos, tan completamente sumida en el placer de lo que por fin tenía libertad para hacer que no se dio cuenta de que Raphael había dejado de besarla y acariciarla y se limitaba a sostenerla mientras hacía un esfuerzo por controlar la respiración.

No estaba preparado para tanto. Nunca pensó que podría llegar a desear así. El placer abierto y desinhibido de Charley estaba minando su autocontrol como si fuera una marea que se llevara la arena. Raphael le sujetó la cabeza con ambas manos y arqueó el cuello hacia

atrás en mudo ofrecimiento a su exploración, experimentando el placer de los labios de Charley acariciándole la piel. Un estremecimiento incontrolable de placer masculino se apoderó de él.

–Ya es suficiente –le dijo a Charley con aspereza–. Ahora me toca a mí desnudarte.

Ella había sido muy torpe al desnudarlo. Pero Raphael tenía pericia. Su tacto era seguro y firme mientras se enfrentaba a los pliegues de ropa hasta que la dejó en ropa interior, la delicada lencería de seda y encaje que habían llevado junto con su ropa nueva.

En uno de los espejos situados a cada lado de la cama, encima de las mesillas, Charley observó el pálido brillo de su cuerpo casi desnudo, resplandeciente bajo la tenue luz del dormitorio, la delicadeza de su estructura ósea, que parecía más frágil al lado de la musculatura del torso de Raphael.

–Qué diferentes somos –le dijo ella con voz ronca, suavizada por el deseo.

–Pero juntos formamos un todo perfecto –le respondió Raphael.

Mientras veía su reflejo observó cómo Raphael levantaba la mano hacia su seno para bajar la seda y dejar al descubierto la oscura piel de su pezón, duro y tirante por el deseo. Al verlo, consciente de lo que significaba, Charley sintió un escalofrío de placer que le recorrió la espalda. Como si Raphael lo hubiera sentido y hubiera comprendido su significado, le recorrió el omóplato a besos mientras le acariciaba el pezón con las yemas de los dedos, provocándole oleada tras oleada de placer.

Pero aquel placer no era nada comparado con la oscura agonía de deseo que la atravesó cuando Raphael se llevó su pezón a la boca, acariciándolo con la lengua, obligándola a arquear el cuerpo hacia él en indefensa súplica. Por sus venas corría un calor líquido y todo su cuerpo temblaba con el ritmo de su deseo.

Con la boca todavía en su seno, Raphael deslizó las manos por el interior de sus braguitas, moldeando y amasando sus redondas nalgas, apretándose contra ella todo lo que pudo hasta que el deseo que sentía entre las piernas se hizo más intenso. Quería que le tocara allí. Quería apretarse contra él, frotarse contra él. Quería…

Charley contuvo el aliento maravillada cuando Raphael alzó la cabeza y le deslizó la mano entre las piernas, acariciándole con los dedos la suave piel que le cubría el sexo, apartando la suave tela de seda y encaje de modo que pudo ver en el espejo el movimiento de su mano sobre su cuerpo, y vio que él también estaba mirando.

Despacio, tan despacio que Charley tuvo que contener al aliento para no suplicarle que se apresurara, Raphael le abrió los labios del

sexo, provocándole un estremecimiento de placer que le sacudió todo el cuerpo. Entonces se arqueó de forma erótica cuando le acarició suavemente arriba y abajo el húmedo valle, y luego apretó los dedos contra el origen de su deseo, acariciándolo suavemente y luego más deprisa mientras ella jadeaba, se retorcía y se agarraba a él con los ojos abiertos de par en par ante lo que estaba sintiendo. El orgasmo le llegó tan deprisa y fue tan intenso, que la sacudió de la cabeza a los pies. Tuvo que apoyarse en sus hombros para que la sostuviera mientras la besaba y tomaba de sus labios las palabras de placer.

Capítulo 11

TODAVÍA en brazos de Raphael, Charley podía sentir el duro y urgente pulso de su excitación contra ella mientras se relajaba contra él, despertando una nueva oleada de deseo en el interior de su cuerpo que la llevó a moverse hacia él. Estaba satisfecha y al mismo tiempo era consciente de la capacidad que había en su interior de volver a excitarse, consciente también de un deseo más profundo que no había llegado a satisfacer.

Lo que acababa de experimentar era el principio, no el final, y el movimiento de su cuerpo contra el suyo le estaba enviando a Raphael un mensaje deliberado a tal efecto. Y sin embargo él vaciló, calmando el impulso de llevarla a la cama para poder poseerla como estaba deseando hacer. Pero entonces Charley se apretó más fuerte contra él, destrozando el frágil hilo de su autocontrol.

Como si hubiera expresado sus sentimientos en voz alta, Charley le susurró con vehemencia:

–¡Sí!

En cuestión de segundos, Raphael le había quitado las últimas prendas de ropa y estaban en la cama, el cuerpo de Charley suave y ansioso bajo sus manos.

Aquello era maravilloso, celestial, iba más allá de cualquier cosa que pudo haber imaginado. La piel de Raphael resultaba suave bajo su contacto, el torso se le estrechaba al llegar al plano vientre y sus músculos moldeaban su cuerpo. La realidad de su erección resultaba mil veces más erótica que cualquier imagen fálica artística que hubiera visto nunca.

Charley extendió la mano y recorrió toda su longitud con las yemas de los dedos. Contuvo la respiración maravillada cuando Raphael pasó de lamerle el lóbulo de la oreja a poseerle con fuerza el pezón con la boca. Charley cerró instintivamente la mano alrededor de su sexo, su cuerpo tembló cuando sintió su dureza. Luego se arqueó en un espasmo de puro placer cuando sus dientes le mordieron delicadamente la sensible piel del pezón. Si creía que sabía lo que era el deseo, estaba equivocada. Sólo lo había intuido.

Inclinando la cabeza hacia él, Charley le susurró: –Yo tenía razón. Eres un amante maravilloso.

–¿Cómo puedes saberlo? –se mofó él con ternura besando el valle de entre sus senos antes de subir hacia la boca.

–Mi cuerpo lo sabe –le respondió Charley–. Y por eso te desea tanto.

Resultaba ridículo que unas cuantas palabras pudieran tener un efecto tan intenso en él, y Raphael lo sabía. Pero así sucedió. Había llegado el momento. No podía seguir esperando.

Abrazando a Charley contra un costado con un brazo, estiró el otro hacia el cajón de la mesilla.

Adivinando lo que buscaba, Charley le puso una mano en el pecho y sacudió la cabeza, asegurándole con firmeza:

–No. Quiero sentirte dentro de mí. Sólo a ti, tu piel contra la mía de forma natural. No quiero una barrera. Estoy tomando la píldora, así que no hay problema. Quiero sentirte dentro de mí, Raphael –repitió Charley con obstinación–. Sólo a ti.

Le estaba besando mientras hablaba, con pequeños besos apasionados que, como sus caricias, le mostraban cuánto le deseaba.

Raphael debería ignorar sus súplicas. Debería comportarse de forma sensata. Debería ignorar el modo en que había reaccionado su cuerpo cuando le dijo que quería sentirlo dentro. Debería…

–Te deseo mucho –susurró Charley.

Aquello fue demasiado, y ya era demasiado tarde también para detenerse ahora que sentía el suave peso de Charley entre sus brazos, con el cuerpo abierto a su posesión. Ella apretó los músculos cuando la penetró suavemente.

Charley se estremeció y abrió la boca. Luego suspiró con exaltado placer, agarrándose a los hombros de Raphael mientras él se movía delicada y cuidadosamente dentro de ella. Cada sensación acrecentaba el placer de la anterior, como si estuviera subiendo por una escalera. Su cuerpo protestó, sus músculos se tensaron para retenerle donde estaba cuando él se retiró un tanto, pero su siguiente embestida le hizo saber a su cuerpo que no iba a dejarlo, sino que se sumergió más profundamente todavía hasta que Charley se movió con él, rodeándole el cuerpo con las piernas, recibiendo la creciente sensación de plenitud y energía en su interior.

Era Eva y su manzana, la mujer que siempre desearía y a la que le resultaba imposible resistirse. Su respuesta le hacía desear por un lado conquistarla y por otro rendirse a ella.

Todo su mundo se había concentrado en Charley. Su aroma y su imagen, el sonido de su placer, la sensación de su piel en sus manos, la calidez con la que su cuerpo lo recibía…

Estaba sucediendo. Iba a pasar. Al principio fue una sacudida, pero ahora la sensación se apoderó de ella. Charley aspiró con fuerza el aire y luego se puso tensa mientras le clavaba las uñas en los hombros y le miraba a la cara.

Él tenía el rostro brillante por el sudor, los músculos de los brazos

tensos.

Charley no retuvo nada, reconoció Raphael, no ocultó nada. Pudo ver el éxtasis en su expresión y sentir también las rítmicas contracciones de su orgasmo. El cuerpo de Raphael también tembló y luego se sacudió. Arqueó el cuello y todo su cuerpo se puso tan tenso como un arco en aquel segundo final antes de unirse a ella en su propio éxtasis de placer.

Capítulo 12

CHARLEY alzó la vista del esquema semanal que estaba estudiando. Se habían cumplido tres semanas desde que Raphael la llevó de regreso al *palazzo* y la dejó allí. Apartó la silla del escritorio de madera, delicadamente pintado. Al principio no estaba muy segura de cómo reaccionaría Raphael ante el hecho de que Anna le hubiera dejado como despacho la salita que solía utilizar su madre, según le contó, pero Anna le aseguró que a él no le importaría.

Sólo le había pedido que se asegurara de que Charley tuviera un lugar para trabajar.

Tres semanas: veintiuna noches de insoportable deseo y veintiún días luchando para mantener a Raphael lejos de sus pensamientos.

Había pasado tres maravillosos días con él en Florencia. Unos días que nunca olvidaría.

Tres días maravillosos y tres noches más maravillosas todavía. Raphael le había enseñado su Florencia durante y el día, y por las noches le había mostrado el poder de su propia sexualidad.

No era un amante que demostrara su afecto en público. No le tomaba la mano y la atraía hacia sí como había visto hacer a un joven con su novia en los jardines de Boboli la tarde que Raphael la llevó a visitarlos. Pero demostraba el deseo que sentía hacia ella de modo más sutil: con alguna mirada, una caricia… y cuando estaban a solas desde luego no se privaba de mostrarle abiertamente su deseo.

La última mañana antes de dejar la ciudad, Charley estaba en brazos de Raphael después de hacer el amor. Él la había besado y le había apartado el cabello de la cara, diciéndole: –Comprendes que lo que ha ocurrido aquí entre nosotros debe quedarse en Florencia, ¿no es cierto?

Sí, Charley lo había entendido, pero eso no le había impedido preguntarle desesperada aunque ya conocía la respuesta:

–¿Volveremos?

–No –le había dicho Raphael con una rotundidad que la atravesó como un cuchillo que le cortara el corazón.

Por supuesto, ya sabía que aquélla iba a ser la respuesta. Raphael le había dicho desde el principio que no deseaba más de lo que tenían. En aquel momento, Charley no pensó en el futuro. Estaba demasiado poseída por el deseo como para mirar más profundamente y ver lo que estaba creciendo en su interior. En aquel momento no se había dado cuenta de que estaba enamorada de él. En aquel momento no, pero ahora sí. No era culpa de Raphael. Era suya.

Pero saberlo no hacía el dolor más llevadero. Había tratado de escapar de ello trabajando todo el día. Era la primera en el jardín por la mañana y la última en salir de allí por la tarde.

Regresaba al *palazzo* a redactar sus informes a última hora, pero ni siquiera aquello mantuvo a Raphael alejado de sus pensamientos. Estaba allí todo el tiempo, eclipsando todo lo demás, y Charley sabía que siempre sería así.

Las noches eran peor que el día. Retrasaba la hora de irse a dormir lo más posible, convencida de que estaría tan agotada que se dormiría, y así era. Pero sólo durante un rato. Se despertaba con frecuencia y encontraba la almohada húmeda por las lágrimas, y el corazón y el cuerpo anhelando a Raphael.

Charley miró hacia la femenina y elegante salita. Cuando imaginaba a la madre de Raphael allí, tal vez sentada en el escritorio donde ella trabajaba, escribiendo sus cartas, otra imagen acudía a su mente: la de Raphael de niño. El corazón le dio un vuelco. Ahora podía comprender mejor que nunca la necesidad que tenían las mujeres de concebir un hijo del hombre al que amaban. Tener aquel niño como prueba viviente de lo que habían compartido, para amarle y mimarle como un precioso regalo.

Pero por supuesto, ella no tendría semejante regalo. El breve espacio de tiempo que había estado en el paraíso que suponía ser la amante de Raphael ya había tocado a su fin. El mismo Raphael había cerrado las puertas a su regreso.

Charley miró hacia el escritorio con cansancio. Era demasiado pequeño para la cantidad de papeles con los que tenía que trabajar, pero Anna le habría ofrecido aquella habitación con tanto orgullo, que Charley no había tenido el corazón de decirle al ama de llaves que necesitaba un espacio de trabajo más funcional.

Hasta el momento iban adelantados con los trabajos de limpieza del jardín para prepararlo para la renovación, aunque Charley sospechaba que a veces los contratistas hubieran preferido que ella no le echara tantas horas, comprobando cada progreso. Pero trabajar hasta la extenuación era la única manera que tenía de intentar detener el dolor de amar a Raphael.

En pocos minutos bajaría y conduciría hasta el jardín, y aquella tarde pondría al día el trabajo de la semana y lo metería en el ordenador para enviárselo a Raphael junto con el informe, como había hecho durante las tres semanas anteriores. Sin embargo, hasta el momento Raphael no le había enviado un correo electrónico de respuesta, ni siquiera para decir que había recibido sus informes. ¿Tendría miedo de que si se ponía en contacto con ella le rogara como

había hecho en Florencia? Charley confiaba en que nunca se humillaría así.

Había momentos en los que echaba de menos la reconfortante presencia de sus hermanas para poder desahogarse con ellas y que la consolaran, pero había otros en los que sencillamente no podía soportar la idea de desvelar su dolor ni sus razones a nadie, porque era demasiado fuerte.

–Ya se han llevado todas las estatuas. Las que están sólo un poco dañadas se repararán en mi taller de Florencia. Las que no, serán fotografiadas y medidas para que se puedan hacer copias exactas.

Charley asintió con la cabeza mientras escuchaba a Niccolo dándole el informe de progresos. Había sido un día largo, y ahora el sol se ponía por el horizonte.

–¿Me darás un informe detallado para que pueda pasárselo a Raphael?

–Por supuesto. No se hará ningún trabajo hasta que él haya dado el visto bueno. Como sabes, ya hemos fotografiado todas las piezas en su localización original.

Charley asintió con la cabeza de nuevo. Ella también había tomado fotografías de todo y las había numerado meticulosamente. No iba a arriesgarse a que encontraran algún fallo en su capacidad profesional, aunque Raphael no la considerara lo suficientemente buena como para que siguiera en su cama.

–Vamos muy bien. Raphael tiene motivos de sobra para estar extremadamente complacido con nuestros progresos –le dijo Niccolo antes de regresar a Florencia.

Media hora más tarde, Charley estaba lista para dar el día por finalizado. Los últimos rayos de sol se extinguían cuando cerró las pesadas puertas. Sería noche cerrada cuando regresara al *palazzo*. Se daría una ducha, comería algo y luego empezaría con el papeleo.

Como era viernes. Cuando lo tuviera todo al día, se lo enviaría a Raphael por correo electrónico. Aquél era su único y preciado contacto con él. Sólo pensar en enviarle un correo le hacía sentir un nudo en el estómago en el que se mezclaban el dolor y el deseo… y la esperanza de que le contestara a su correo.

Qué patética era, se reprendió Charley a sí misma. Miró hacia el pequeño Fiat que Raphael le había dejado para que condujera y luego volvió a mirar sin dar crédito cuando vio el elegante coche deportivo aparcado al lado.

–Raphael…

Sin pensar, desesperada por llegar a él, se lanzó a la carretera sin darse cuenta de que había un coche acercándose hasta que oyó el sonido de un claxon.

Raphael salió del Ferrari a toda prisa, corriendo más deprisa que en toda su vida, sujetándola y apartándola con audacia del camino mientras el coche giraba para evitarla.

Charley sintió el calor del motor, el aguijoneo de las piedrecitas que cayeron sobre su piel, y escuchó las maldiciones del conductor. Pero nada de eso le importó. Lo único que le importaba era que estaba con Raphael. Aunque él la estuviera zarandeando con fuerza, haciéndole incluso daño. Estaba pálido cuando le preguntó furioso: –¿Por qué no has mirado antes de cruzar? ¿Estás ciega? ¿Pretendes matarte?

Charley no le había visto nunca tan enfadado. Casi podía sentir el calor y el poder de su furia. Asombrada y asustada por lo que acababa de suceder más que por la rabia de Raphael, tembló entre sus brazos y le suplicó:

–Basta.

Raphael la apartó al instante de sí con tanta fuerza, que ella se tambaleó y luego se apoyó a un lado del coche.

Estaba empezando a ser consciente del peligro que acaba de correr, y por eso le temblaban las piernas.

–Sube –le ordenó Raphael, abriendo de golpe la puerta.

–Tengo mi propio coche –le recordó ella.

Pero lo último que le apetecía en aquel momento era conducir.

–Yo me encargaré de que lo recojan más tarde.

Charley entró en el coche. Se seguía sintiendo mareada y temblorosa. Lo que quería era que Raphael la estrechara tiernamente entre sus brazos y la consolara en lugar de enfadarse con ella.

Él condujo de regreso al *palazzo* a toda velocidad sin hablar con ella, y Charley se alegró de tener la oportunidad de escapar de él cuando estuvieron dentro. Corrió a su habitación, dando un respingo cuando oyó cómo daba un furioso portazo a la puerta de su despacho mientras ella estaba subiendo por las escaleras.

Diez minutos más tarde, bajo el cálido chorro de la ducha, Charley empezó a sentirse un poco mejor. El shock había pasado, y tuvo que reconocer que había sido descuidada, y que tenía suerte de que Raphael hubiera actuado tan deprisa para salvarla de caer bajo las ruedas del coche. Eso era lo que ocurría cuando se amaba a un hombre poco apropiado. Se olvidaba una de todo lo demás. Tenía que encontrar la manera de dejar de amarle.

Colocándose una toalla alrededor del cuerpo mojado, se dirigió

hacia el dormitorio, pero se detuvo bruscamente cuando vio a Raphael allí, esperándola. Seguía enfadado. Se dio cuenta al instante.

–Lo siento –comenzó a decir Charley, pero él la interrumpió.

–¿Lo sientes? ¿Eso es lo único que puedes decir? –le preguntó con aspereza–. Has estado a punto de matarte, y…

Estaba avanzando hacia ella, pero Charley dio un paso atrás.

–¡No! –le espetó con pánico.

No se atrevía a dejar que la tocara. Sabía que si lo hacía terminaría suplicándole que se quedara con ella.

Su rechazo fue demasiado para Raphael. El corazón todavía le latía con fuerza por el dolor que había experimentado cuando pensó que el coche iba a atropellarla. Todo lo que se había dicho a sí mismo se le olvidó. Era un hombre al que le negaban lo que era suyo por derecho, la mujer que era suya. La mujer que el destino había reservado para él. La mujer que antes sólo le había dicho que no para suplicarle que no la dejara.

Charley podía sentir la tensión de Raphael. Se le notaba en los bruscos movimientos de los oscuros ojos, como si estuviera haciendo un esfuerzo. Parecía… parecía un hombre conteniendo la ira, pensó Charley. Y cuando se acercó a ella lo hizo mirándola como si Charley fuera la causa de aquella ira.

–¿Qué pasa? –le preguntó angustiada.

–¿Qué pasa? Esto –respondió Raphael con fiereza.

La atrajo hacia sí, estrechándola contra su cuerpo e inclinando la cabeza para besarla. No como la había besado antes, no como Charley soñaba que la besara, sino una y otra vez, como si no pudiera parar. Fueron unos besos salvajes y apasionados, llenos de una pasión furiosa que encendió en ella un deseo igual de primitivo.

Charley perdió el sentido del tiempo mientras se abrazaba a él, cabalgando en la tormenta, permitiendo que Raphael tomara lo que quería, disfrutando de la fuerza de sus manos sobre su cuerpo, convirtiéndose en su dispuesta prisionera. Pero al menos consiguió apartarse de él lo suficiente para advertirle:

–Anna va a traerme la cena.

–No ahora –respondió Raphael, volviendo a atraerla hacia sí.

Su mano encontró su muslo desnudo bajo la toalla y se lo acarició, haciéndola estremecerse de placer.

–Le dije a Anna que no nos molestaran. Me temo que tu apetito por la cena se quedará sin satisfacer, porque mi hambre por ti no puede esperar.

La mano de Raphael alcanzó la parte superior de su muslo; tenía la voz cargada de emoción. A Charley le latía el corazón con euforia

descontrolada. La deseaba. Raphael la deseaba.

Se apretó contra él con ansia. Otro escalofrío le recorrió el cuerpo cuando él gruñó y la besó con fiereza. La explícita agonía de su deseo era fiel reflejo del que ella estaba experimentando.

Su mutua pasión era como una bola de fuego que los consumiera. Raphael se quitó la ropa mientras la acariciaba con creciente urgencia e intimidad. No había tiempo para la lenta sensualidad del juego amoroso, ni tampoco había necesidad, reconoció Charley. ¿Cómo iba a haberlo si se había pasado las tres últimas semanas anhelándolo? Un anhelo que se había convertido en un deseo lacerante que se había apoderado de todo su cuerpo antes incluso de ver que Raphael estaba ya preparado. Observar aquella plenitud fue lo que la volvió loca de deseo.

Podía ver la cálida mirada de urgencia masculina brillando en los ojos de Raphael cuando le separó los muslos. El calor de su mano sobre su sexo la hizo gemir. El sonido se convirtió en un jadeo enfebrecido de placer cuando sus dedos le acariciaron su húmedo sexo.

–He estado despierto noche tras noche pensando en ti así, dulce y caliente, húmeda y preparada para mí.

El sonido de su voz bastó para que el cuerpo de Charley se convulsionara de placer.

No había tiempo para llegar a la cama. En su cabeza no había más pensamiento que la necesidad de tener a Raphael enterrado profundamente en ella, llenándola, completándola, llevándola con cada maravillosa embestida de su cuerpo cada vez más cerca del epicentro de la tormenta que había en su interior. Tenía las piernas enredadas alrededor de Raphael y le clavó las uñas en los hombros. Las manos de Raphael le protegían la espalda de la dureza de la puerta del dormitorio mientras se unían fiera y salvajemente. Charley podía sentir el deseo de su cuerpo hacia él mientras sus músculos se estrechaban alrededor de Raphael, exigiéndole que la tomara más profundamente, más deprisa, con más fuerza. Podía aspirar el aroma del calor excitado que emanaba el cuerpo de Raphael, saboreó su deseo sobre su piel.

El final llegó deprisa, casi violentamente, en una serie de frenéticos orgasmos que fueron creciendo en el interior de Charley hasta que Raphael se tensó y exhaló un agonizante sonido de liberación contra su piel.

Exhausta y temblorosa, Charley retiró las piernas del cuerpo de Raphael. Se sentía demasiado débil para levantarse, así que se quedó apoyada contra él mientras la abrazaba.

Sus corazones latían al unísono.

Comieron, se ducharon, volvieron a hacer el amor, esa vez Raphael fue construyendo lentamente su deseo con una sensualidad y una conciencia de sus necesidades tales, que a Charley se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Quédate conmigo –le susurró Charley mientras él la estrechaba con gesto protector contra su cuerpo.

Ambos sabían que no se estaba refiriendo sólo a aquella noche.

Capítulo 13

UNA sombra tapaba el sol de la mañana que le calentaba la cara, provocando que Charley murmurara una protesta dormida. Como había hecho antes, cuando él había salido de sus brazos para ducharse y vestirse, pensó Raphael. El sol de la mañana caía con dureza sobre las facciones de su rostro, revelando una cierta tirantez. No tendría que haber ido allí la noche anterior. No tendría que haber dejado la seguridad de Roma aunque se hubiera convertido en una prisión. No tenía derecho a tomar lo que había prometido que no tomaría.

La tentación de largarse sin más mientras Charlotte dormía resultaba casi abrumadora, pero logró controlarse. Se inclinó para colocarle la mano sobre el cuerpo, no sobre el hombro desnudo; no quería que hubiera contacto de piel con piel. Lo que hizo fue colocar la mano suavemente sobre el punto en el que Charley tenía el brazo bajo la ropa de la cama.

Ella se despertó al instante y trató de focalizar la mirada.

–¡Raphael! –exclamó, alegre.

Todo en ella hablaba claramente de la felicidad de sus sentimientos. Raphael podía comprobar el amor que sentía por él en el modo como le sonreía, lo escuchaba en su tono de voz, lo sentía en el sensual movimiento de su cuerpo.

Raphael contuvo el aliento y se apartó de la cama, girándose para darle la espalda y mirar por la ventana mientras le decía:

–Voy a regresar a Roma dentro de media hora, pero antes necesito hablar contigo sobre lo de anoche.

Charley sintió el peso de sus palabras como si fueran una avalancha que fuera a aplastarla hasta morir. En el corto espacio de tiempo que hizo falta para que las pronunciara, la felicidad con la que se había despertado se convirtió en miedo.

–¿Lo de anoche? –repitió ella.

Raphael asintió con la cabeza.

–Lo de anoche no debió haber sucedido. El hecho de que así fuera es absolutamente culpa mía. Debería tener más autocontrol. No debí venir aquí ni dejarme llevar por mi… deseo. No debe volver a ocurrir. Y no ocurrirá.

Charley no pudo ocultar su angustia.

–No lo entiendo –protestó–. Tú me deseas, y yo te deseo a ti.

–Sí.

La voz de Raphael sonaba tensa. No la estaba mirando, y Charley se dio cuenta de que tenía las mandíbulas apretadas.

–Entonces, ¿por qué no podemos estar juntos? Yo te quiero, Raphael.

–Sí, lo sé, y ésa es una de las razones por las que esto debe terminar. No puedo darte… no tenemos futuro. Es mejor y más justo para ti que las cosas terminen ahora.

¿No había futuro para ellos? El dolor y la ira se apoderaron de Charley.

–¿Por qué no tenemos futuro? ¿Porque no soy lo suficientemente buena para ti, el duque?

¿Por eso dijiste que no querías que concibiera un hijo tuyo? No soy lo suficientemente buena para ser madre de un hijo con tu preciosa sangre azul, ¿verdad?

Se estaba enfureciendo porque era la única manera que tenía de evitar rogarle que cambiara de opinión. Tenía que agarrarse a la furia porque era lo único que le quedaba.

–No. No es eso.

Raphael se dio la vuelta cuando soltó aquella atormentada negación. La luz del sol reveló la nueva delgadez de su rostro. Tenía la expresión de un hombre torturado más allá de su propio límite.

–Dime de qué se trata entonces –insistió Charley.

Vio cómo el pecho de Raphael se expandía cuando aspiró con fuerza el aire.

–Muy bien. Tú misma viste cómo reaccioné anoche, cómo la ira se apoderó de mí, cómo te agarré con violencia.

–Porque tenías miedo de que el coche me hubiera golpeado.

–Quisiera creer que ésa fue la única razón que me impulsó, pero no puedo aceptarlo.

Anoche rompí todas las promesas que me había hecho a mí mismo. No debe volver a suceder nunca. Las cosas entre nosotros deben terminar no porque no quiera que tengas un hijo mío, sino porque no quiero ponerte en una posición en la que pueda hacerte daño. Igual que no quiero pasarle a ninguna criatura la herencia envenenada que llevo en los genes.

Charley lo miró con asombro. Él liberó la tensión de los hombros haciendo un movimiento cansado.

–¿Quieres saber a qué me refiero?

–Sí –reconoció ella.

–Es una larga historia. Tan antigua como la historia de la familia de mi madre. Ella descendía por línea directa de uno de los hombres más sanguinarios de la familia Beccelli.

Durante el siglo XV, su crueldad y su sadismo fueron tales que fue borrado de todos los documentos familiares. Su codicia no conocía

límites. Para enriquecerse, le declaró la guerra a sus vecinos, entre los que estaba la familia de mi madre. Dio órdenes de que los hijos varones de la familia fueran asesinados junto con sus padres. Él se llevó a la hija para casarla con uno de sus hijos, pero no sin antes violarla y dejarla embarazada.

Raphael oyó cómo Charley contenía el aliento.

–Su crueldad resultaba inimaginable. Era el fruto de una mente perversa y sádica.

Finalmente recibió su merecido cuando fue asesinado por sus propios hijos, que después lucharon entre ellos, matándose el uno al otro y dejando atrás a la joven novia violada que estaba esperando un hijo de su violador. A partir de ese momento, en la familia de mi madre ha habido casos de personas que han manifestado sadismo, hombres y mujeres que han llevado a cabo actos de extrema crueldad. El bisabuelo de mi madre fue uno de ellos, y también un primo suyo que terminó asesinado en un burdel. Hubo otros miembros de la familia menos afectados pero que también poseían caracteres terribles y se entregaban a arrebatos de furia incontrolados.

»Debido a su miedo a transmitir la maldición de ese legado, mi madre había jurado que no se casaría nunca ni tendría hijos. Así no habría futuras generaciones contaminadas por su herencia. Pero entonces conoció a mi padre. Se enamoraron locamente el uno del otro, y él la convenció para que se casaran. Ella me contó una y otra vez durante mi infancia que se había prometido a sí misma que no cargaría a futuras generaciones con la carga que ella había tenido que llevar, cómo la locura y el sadismo habían destruido las vidas de muchas personas que compartían su misma sangre.

Charley tuvo que tragar saliva antes de hablar. La confesión de Raphael le había llenado de compasión hacia él y de un amor protector.

–Pero tú no eres nada de eso –fue lo único que pudo decir–. No eres un sádico, Raphael, y no estás loco.

–Todavía no… aunque no puede decirse que no llegue a estarlo alguna vez, igual que podría pasarle a mi hijo.

Charley necesitó varios segundos para captar todo el horror de lo que Raphael le estaba contando.

–Pero no puedes saber si eso va a ocurrir –consiguió decir.

–No. Pero lo que es más importante, tampoco puedo estar seguro de que no vaya a suceder. Y por eso no puedo correr riesgos, ni por ti ni por el niño. Aunque no herede ese rasgo, el niño tendrá que cargar con ese peso, y tendrá que tomar la decisión que yo no tomé debido a mi debilidad. Creo que cuando mi madre me habló así, me estaba

pidiendo que hiciera lo que ella no fue capaz de hacer.

–Pero tú eres duque, y sin heredero…

–Tengo un heredero. El hijo de un primo que es mi pariente más cercano por parte de padre, y por lo tanto no está contaminado –Raphael rechazó el argumento de Charley–. La razón por la que te cuento esto no es para darte pena, sino porque quiero que comprendas que no podemos estar juntos. Ya has sido testigo de mi ira. No sabemos cómo puede llegar a crecer esa oscuridad dentro de mí.

–Eso fue una reacción completamente natural.

–No, anoche no fue la primera vez que una furia semejante se apodera de mí. Cuando mi madre murió, fui a su salita, la habitación que más le gustaba a ella. Casi podía verla allí sentada en su silla favorita, pero no estaba, y por eso destrocé aquella silla estrellándola contra la chimenea.

–No eras más que un niño –protestó Charley–. Un niño que había perdido a sus padres y que estaba solo y asustado.

Raphael se giró hacia ella y le dirigió una mirada atormentada, mezcla de deseo y de negación.

–¿No crees que me gustaría poder creer eso? Pero no puedo. No debo. Porque puede que no sea verdad, y porque no hay manera de saber si poseo o no la maldición de la familia de mi madre.

–Te quiero, Raphael, y estoy dispuesta a asumir el riesgo.

–Tal vez sí, pero yo no.

–¿Es porque no me quieres? –le desafió Charley.

Si podía conseguir que le dijera que la quería, entonces encontraría la manera de persuadirle para que compartiera su vida con ella.

–No, no te quiero.

El dolor que la atravesó resultó insoportable. Sin saberlo, emitió un pequeño sonido agonizante y desgarrador.

Raphael cerró los ojos. No debía flaquear. Estaba renegando de ella por su bien, para proteger su futuro.

–¿No crees que, aunque te quisiera, seguiría diciendo que no puede haber nada entre nosotros? ¿No crees que si te amara mi preocupación serías tú, tu felicidad, tu derecho a amar a un hombre del que nunca tendrías miedo, un hombre que podría darte hijos a los que también amar?

La voz de Raphael se volvió más áspera cuando le dijo: –No puedo hacerte prisionera en una relación de la que al final abominarías. No puedo y no lo haré. Y si hubiera alguna posibilidad de que estuvieras embarazada…

Se detuvo un instante y luego le dijo con firmeza: –Estoy convencido de que mi madre se quitó la vida tras la muerte de mi

padre porque tenía miedo de quedarse sola con la responsabilidad de lo que podría haberme transmitido, a mí y a generaciones futuras a través de mí.

A Charley se le encogió el corazón por el amor y la compasión.

–Me niego a creer que estés afectado por la enfermedad de tu familia, Raphael. Y en cuanto a los niños… para la mujer que te ame, que te ame de verdad como yo, es suficiente contigo –le dijo con decisión, incapaz de contener la emoción.

Ahora al menos Raphael se dio la vuelta para mirarla. El sol de la mañana reveló cruelmente sus tensas facciones.

–No puedes saber si estoy afectado o no. Ninguno de los dos podemos saberlo. ¿Crees que quiero ver cómo te apartas de mí asustada y horrorizada? ¿Ver cómo el amor que ahora reflejan tus ojos se convierte en horror?

Charley deseaba desesperadamente abrazarle como haría una madre con su hijo. Era el hombre al que amaba y al que siempre amaría. Lo que acababa de revelarle sólo había servido para que lo quisiera más, no menos.

–Raphael, por favor, déjame compartir esto contigo –le suplicó.

–No –contestó él–. Amar a alguien y no ansiar crear con esa persona el milagro de una nueva vida nacida de ese amor es un acto de negación que va más allá de mis propios límites.

Tal vez antes no lo supiera, pero ahora sí lo sé. Lo supe cuando te estreché entre mis brazos, y no permitiré que lo que siento por ti te encadene a mí. El amor, el auténtico y verdadero amor, tiene que ser más fuerte que eso. Debe anteponer lo que es bueno para la otra persona a los propios deseos y necesidades.

¿Estaba diciendo Raphael que la amaba?

El corazón se le llenó de alegría. Pero volvió a sentir dolor al comprender el significado de lo que acababa de decirle.

–No puedes tomar esa decisión por mí –aseguró Charley–. Si me amas, entonces…

–Entonces nada –la interrumpió Raphael con aspereza–. No puedo ofrecerte mi amor y seguir considerándome un hombre de honor. Tienes que entenderlo.

–Lo que yo entiendo –contestó Charley enfadada– es que nos estás haciendo sufrir a ambos cuando a lo mejor estamos planteando algo que ni siquiera existe. Te amo, Raphael.

Por supuesto que me encantaría tener un hijo contigo, pero me sacrificaré de buena gana para poder compartir la vida contigo.

–No puedo permitir que hagas eso.

Raphael torció la boca. La misma boca que ella había besado

apasionadamente la noche anterior. Y los labios que habían rozado su cuerpo de forma tan íntima ahora tenían un rictus cínico.

–Las palabras que has escogido revelan la verdad. Dices que no tener un hijo supondría un sacrificio –aseguró Raphael–. No puedes negarlo. Has utilizado esa descripción por propia voluntad.

Charley se dio cuenta de que no tenía sentido desear no haber dicho aquellas palabras.

Rabiaba por dentro, culpándose por su inconsciencia, pensando en lo amargamente injusto que era que su futura felicidad dependiera de una simple palabra.

–Tal vez ahora me ames, Charlotte –le dijo Raphael–. Pero llegará un momento en que tu deseo de tener un hijo será más fuerte que lo que sientes por mí. No puedo permitir que eso suceda. No por mí, sino por ti. Ya soy culpable de haber permitido que mis deseos egoístas se antepongan a mis principios, y al hacerlo te he hecho daño. No volveré a hacerlo más.

Cuando regrese a Roma hablaré con mi abogado y con tu jefe para que otra persona ocupe tu lugar al frente del proyecto.

Raphael ignoró la protesta de Charlotte.

–Por supuesto, te compensaré económicamente –continuó.

–¿Quieres decir que me vas a tirar como si fuera un juguete del que te has cansado? ¿Es así como tratas a todas las mujeres con las que te acuestas, Raphael? ¿Pagándoles después de haber conseguido lo que querías de ellas?

Charley le lanzó aquellas palabras con el rostro blanco por la ira y se retiró hacia la cabecera de la cama cuando Raphael avanzó hacia ella, sujetándole los hombros y prácticamente zarandeándoselos.

–No digas eso –le pidió–. No te rebajes ni a ti ni a lo que hemos compartido hablando de ese modo. El dinero no tiene nada que ver con nuestra relación personal. Es para compensarte por haber perdido tu trabajo.

Charley sabía que estaba enfadado con ella porque tenía las emociones a flor de piel. Se le pasó por la cabeza la idea de que, si aumentaba su ira, si lo presionaba de verdad, entonces aquel sentimiento se derramaría en forma de pasión y terminarían haciendo el amor. Así tendría la oportunidad de demostrarle a Raphael que lo que sentían el uno por el otro era demasiado fuerte como para ignorarlo.

Una sensación de vergüenza se apoderó de ella. No debía manchar lo que habían compartido la noche anterior intentando manipularle. No quería que sus recuerdos quedaran ensuciados por su propia vergüenza.

Raphael la soltó y dio un paso atrás.

–Llevará su tiempo arreglarlo todo. Un par de semanas al menos, imagino. Y durante ese tiempo será necesario que continúes en el *palazzo*.

–¿Y tú dónde estarás? –le preguntó Charley.

–En Roma. No puedo quedarme aquí –le aseguró Raphael–. Ahora no. Sería demasiado para los dos. No me mires así –le advirtió–. Estoy haciendo esto por tu bien, y algún día me lo agradecerás.

Charley sacudió la cabeza. Tenía la visión nublada por las lágrimas.

–No –le dijo con voz rota–. Nunca te lo agradeceré, y nunca dejaré de amarte.

Raphael se estaba dirigiendo hacia la puerta. No podía dejarle ir.

–Raphael, por favor –le suplicó corriendo hacia él. El sol bañaba su cuerpo desnudo con luz dorada.

Raphael había llegado a la puerta.

Ella le puso las manos en los brazos y suplicó:

–Podemos estar juntos. Ahora entiendo por qué el jardín y su restauración son tan importantes para ti. Porque es lo que quieres legar a la posteridad, ¿verdad? En lugar de un hijo. Podemos hacerlo juntos, Raphael, podemos restaurarlo y crear algo de gran belleza para entregárselo a tu gente.

Charley sintió el escalofrío que atravesó el cuerpo de Raphael.

–Es típico de las mujeres inventarse ridículos cuentos de hadas e insistir en sustituirlos por la razón –aseguró Raphael, rechazando su afirmación.

Pero Charley tenía razón. Sus palabras eran como el rozar cuidadoso y suave de un arqueólogo que apartara una capa superficial para dejar al descubierto algo frágil. Aunque en ese caso no había revelado ninguna pieza antigua valiosa, sino su patético intento de encontrar un sustituto en su vida para lo que no podía tener.

El cuerpo desnudo de Charley estaba pegado contra el suyo, su rostro vuelto hacia él, su mirada brillante de amor y de esperanza. Lo único que tenía que hacer era abrir los brazos y sería suya para siempre. No habría vuelta atrás. Tendría su amor para apoyarle durante la más oscura de las noches.

–Los jardines viven y respiran, Raphael. Dan amor y alegría a quienes los visitan.

Podríamos compartir eso…

El dolor resultaba insoportable para él. Alcanzó cada rincón de él junto con la conciencia de todo lo que iba a perder. Tenía que resistir la tentación. Tenía que aguantar el dolor… por Charley. Raphael se

formó una imagen mental de Charley, no como estaba ahora, sino sosteniendo un niño en brazos. Todo su cuerpo parecía brillar por el amor que sentía por su hijo. El hijo de Charley, nunca el suyo.

–¡No! –le dijo con brusquedad estirando la mano hacia el picaporte de la puerta, obligándola a soltarle y a dar un paso atrás.

Todo había terminado. No habría marcha atrás.

Capítulo 14

CHARLEY dejaría Florencia dentro de diez días. Todo estaba arreglado. Tenía el billete de avión; la recogerían y la llevarían al aeropuerto. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que el papeleo quedara en orden y de cancelar sus citas.

Charley abrió el cajón del escritorio para sacar el diario que llevaba para recordar las citas que también guardaba en el ordenador. Estaba decidida a no dejar ningún cabo suelto profesionalmente hablando. Su dolor se convirtió en irritación al ver que el cajón no abría, y se dio cuenta al instante de que el diario se había quedado encajado en la parte inferior del escritorio. Agarró la regla y la utilizó para tratar de soltarlo, exhalando un suspiro de impaciente alivio cuando finalmente lo consiguió.

Sin embargo, la fuerza del impacto había enviado el diario al fondo del cajón con un ruido sordo, lo que la obligó a sacar un poco más el cajón. Pero al hacerlo se dio cuenta de que no había ni rastro del diario, ni tampoco estaba la parte trasera del propio cajón.

Había roto el escritorio de la madre de Raphael. Horrorizada, Charley sacó el cajón del todo y frunció el ceño al darse cuenta de que era mucho más corto que el fondo del escritorio.

Deslizó con sumo cuidado la mano y el brazo en el espacio vacío en el que antes estuvo el cajón, tanteando la parte de atrás de aquel espacio. Era más o menos de la misma profundidad que el cajón, y unos veinte centímetros más corto que el fondo del escritorio.

Llena de curiosidad, Charley examinó de nuevo el espacio, presionando la parte de atrás y exhalando un suspiro triunfal cuando cedió de pronto.

Debía tratarse de un compartimento secreto que funcionaba con un resorte. Debió tocarlo sin darse cuenta cuando tiró del diario para sacarlo. Era demasiado profundo para buscar en su interior, así que volvió a utilizar la regla para acercar el diario. Pero no fue el diario lo único que asomó. También había varias hojas de papel de carta asomando por un sobre abierto. Charley giró el sobre con el corazón acelerado cuando empezó a leer lo que había escrito en él.

Para mi adorado hijo, Raphael…

Charley se dejó caer al suelo sin soltar el sobre. Se había olvidado del diario.

Aquélla era una carta que su madre le había escrito a Raphael. Tenía que serlo. Y ella no tenía derecho a leerla, pero le temblaba

tanto la mano que la carta había empezado a salir del sobre. Las hojas cayeron sobre su regazo.

Charley dejó el sobre y agarró las hojas.

Resultaba imposible no fijarse en la elegante escritura, en la fecha escrita en la parte superior de la primera hoja con tinta oscura.

La carta tenía casi veinte años, se había escrito cuando Raphael no era más que un niño.

Un dolor atravesó a Charley, que sonrió con ternura al pensar en el niño que debió ser.

Miró hacia la carta. Parecía como si las palabras que había allí escritas le estuvieron pidiendo que las leyera.

Mi queridísimo y amado hijo:

Porque eso es lo que eres, Raphael, MI hijo, el hijo de mi corazón y mi amor. Te escribo esta carta en inglés porque es el idioma que me enseñó mi institutriz inglesa, igual que tu padre y yo te lo enseñamos a ti para que pudiéramos hablarlo juntos… nuestro idioma especial y «secreto».

Tu padre ya no está, y mi vida sin él está vacía. Algún día, cuando encuentres el verdadero amor, comprenderás lo que esto significa.

Te escribo esta carta ahora porque sé que es lo que tu padre querría que hiciera. La recibirás cuando crezcas. Habíamos planeado contártelo los dos juntos, y me temo que no tendré fuerzas para contártelo yo sola.

Te ruego que no me juzgues con demasiada dureza, Raphael, por ser demasiado cobarde, por tener miedo de perder tu amor si te dijera yo misma la verdad. Sin embargo, hay que contarte la verdad… por tu propio bien. Ahora eres demasiado joven, un niño todavía, pero algún día serás un hombre, y cuando llegue ese momento hay cosas que necesitarás saber.

No debía seguir leyendo, se dijo Charley. Debía doblar la carta y entregársela a Anna para que se la diera a Raphael. Seguir leyendo algo tan privado era una flagrante invasión a la intimidad de madre e hijo. Y sin embargo, sentía el irresistible impulso de seguir leyendo.

Charley extendió las hojas de papel y continuó.

Ya estás al tanto del terrible legado que me ha transmitido mi familia. Te he contado historias de vidas arruinadas y destruidas, del horror de la crueldad y la locura que ha surgido de varios miembros de nuestra sangre. Parte de la razón por la que te lo he contado es para que entiendas por qué tu padre y yo decidimos hacer lo que hicimos.

Tú eres mi hijo adorado, Raphael, el mayor regalo que me ha dado la vida junto con el amor de tu padre. Desde el momento de tu concepción, antes incluso de estrecharte entre mis brazos por primera vez, te quise. Eres mi hijo, mi niño, aunque no fui yo la fuente que te dio la vida.

Cuando era niña, prometí que no le transmitiría a un hijo la carga que

yo he tenido que soportar, la certeza de que aunque yo haya escapado de la mancha de nuestra sangre, mis hijos y sus hijos podrían no tener tanta suerte. Cuando tu padre y yo nos casamos, él conocía la promesa que yo había hecho y me apoyaba. Sin embargo, cuando fueron pasando los años, deseé cada vez más estrechar entre mis brazos a un hijo fruto de nuestro amor. Ese deseo se convirtió en una enfermedad para la que creí que no encontraría cura hasta que descubrí que había un médico en el extranjero que había descubierto la manera de que las mujeres que no pudieran concebir naturalmente tuvieran un hijo.

Al principio tu padre estaba en contra de la idea, pero era consciente de mi desesperación, y al final cedió y viajamos para ir a visitar a este médico. Nos advirtió de que no sería fácil y que tampoco garantizaba resultados, pero ahora yo tenía esperanza. La esperanza de que naciera un hijo del amor que tu padre y yo compartíamos y que estaría libre de mi sangre.

Así empezó tu vida, con el regalo de una amiga mía de la infancia que procedía de buena familia y estaba pasando un mal momento. Una mujer que ya tenía hijos propios y que entendía mi necesidad.

Aquellas primeras semanas, cuando supe que te llevaba en mi vientre, apenas me atrevía a pensar que de verdad estuvieras allí. Tenía mucho miedo de perderte, pero tú mismo me diste fuerzas, Raphael, porque estabas allí, creciendo. No rechazaste mi cuerpo; te convertiste en parte de mí. No puedo expresar la alegría que sentí porque me hubieras aceptado como madre, porque confiaste en que te protegería y cuidaría de ti. Cada día que pasaba, mi fuerza crecía gracias a tu fuerza. Estaba muy orgullosa de ti, de que el hijo de tu padre creciera en mi interior. Te conocía antes incluso de que nacieras y te quería.

Para mí, eras tan mío como si te hubiera concebido. Cuando te pusieron en mis brazos nada más nacer sentí una gran dicha. No sólo porque eras la viva imagen de tu padre, ni porque te estuviera abrazando, sino porque sabía que tu vida estaría libre de las sombras del pasado de mi familia.

A lo largo de los años te he hablado una y otra vez de ese pasado con la esperanza de que cuando llegara el momento de contarte lo que he escrito aquí me entendieras y no me dieras la espalda, ni me acusaras de haberte engañado. Aunque dejaras de considerarme tu madre, Raphael, tú siempre serás mi niño, mi adorado hijo a quien llevé en mi vientre con tanta alegría y orgullo y a quien he visto crecer con la misma alegría y orgullo.

Charley levantó la vista de la carta y se mordió el labio inferior en un intento de contener las lágrimas. Cada palabra que la madre de

Raphael había escrito estaba llena de amor hacia su hijo, y al leer la carta, Charley había sentido aquel amor.

Pero, ¿por qué había ocultado la carta? No estaba firmada. Tal vez la había guardado para terminarla más adelante, pero no tuviera oportunidad de hacerlo.

Qué generoso podía ser el amor de una madre. El deseo de asegurarse de que su hijo no tenía nada que temer había sido superior al temor a que la verdad se interpusiera entre ellos.

¡La verdad!

Charley se puso de cuclillas. Estaba empezando a darse cuenta de lo que aquella carta significaba, no sólo para Raphael, sino también para ellos.

Podían estar juntos. Ahora no había nada que pudiera mantenerles separados. Ahora podrían amarse el uno al otro sin que Raphael sintiera que le estaba negando nada.

Sintió deseos de saltar y bailar por la habitación. Estaba llena de energía y de impaciencia.

Conduciría hasta Roma, le llevaría la carta a Raphael para estar allí cuando la leyera. Sabía que no rechazaría a su madre, que sería consciente, como la propia Charley, de lo mucho que le había querido.

Su cabeza estaba funcionando a toda prisa, haciendo planes, pero entonces un pensamiento se apoderó de ella.

¿Y si estaba dando demasiadas cosas por sentadas?

Raphael era duque, poseía un título antiguo y un legado, era miembro de un grupo de personas que solían casarse con gente de su propia clase para tener herederos.

Parecía que Raphael sentía algo por ella cuando creía que nunca debería tener hijos, pero, ¿y si las revelaciones de su madre cambiaban eso? Del mismo modo que Raphael había antepuesto sus preocupaciones por el futuro de ella a sus sentimientos, ¿acaso no era justo que ella se retirara ahora un tanto para permitirle que fuera a buscarla libremente?

¿Y si no lo hacía? ¿Y si se alejaba de ella? Charley se estremeció por el profundo dolor que sintió. Tenía que hacer lo correcto… por Raphael.

Una hora más tarde, observó cómo el mensajero se alejaba del *palazzo* con la carta que le había escrito a Raphael y que incluía la de su madre. Iban a entregársela de urgencia, aquella misma mañana.

Había sido sincera y abierta con él en la carta, admitiendo que había leído la que su madre había escrito, diciéndole lo mucho que le amaba y que esperaba que ahora pudieran estar juntos. Pero también le decía que esperaría a que él se pusiera en contacto con ella, y que si

no lo hacía, entonces regresaría a Inglaterra tal y como tenían pensado, y aceptaría que su relación había terminado.

Se dijo a sí misma que se estaba preocupando innecesariamente, porque Raphael la amaba. Así se lo había asegurado él mismo. También le había dicho lo mucho que deseaba que fuera la madre de sus hijos. Era una tontería por su parte tener dudas, pero lo justo era esperar a que Raphael confirmara sus sentimientos hacia ella.

Al día siguiente estaría allí, y ella descansaría entre sus brazos.

Capítulo 15

TODO había terminado, reconoció Charley desolada cuando el avión que la llevaba a Manchester comenzó su descenso a través de las nubes grises hacia el asfalto de la pista te aterrizaje, mojado por la lluvia. Le picaba la garganta por las lágrimas que se negaba a derramar. Ahora que la amenazaban de nuevo, cerró con fuerza los ojos. Sin duda el hombre que iba sentado a su lado pensó que era una pasajera nerviosa.

Charley sonrió con tristeza. Había mantenido la esperanza hasta el último momento, hasta que el coche fue a buscarla aquella mañana. Entonces tuvo que aceptar que Raphael no la quería.

Habían transcurrido ya diez días desde que le envió las cartas. Al principio, cada nueva hora esperaba verle llegar al *palazzo* para que la estrechara entre sus brazos y le dijera cuánto la amaba.

Pero cuando pasaron las horas y luego los días sin que Raphael se pusiera en contacto con ella, sus expectativas se convirtieron en desesperación. Incapaz de comer ni de dormir, se pasaba las noches con los ojos abiertos, mirando hacia la oscuridad a través de la ventana, confiando sin esperanza en que apareciera.

Su silencio significaba que el orgullo de Charley no le permitiría volver a ponerse en contacto con él. Ni siquiera le enviaría un correo electrónico. ¿Qué sentido tenía, si le había dejado muy claro que ya no la quería?

Pronto llegaría a su casa. ¿A su hogar? Ella ya no tenía hogar. Le resultó difícil mantener el dolor a raya cuando el avión tocó tierra. Su único hogar, el único hogar que quería, era el que estaba dentro del corazón de Raphael, y allí no tenía ella lugar. Era una paria a la que se le negaba el único lugar en el que quería estar, el único hombre al que quería amar.

La sala de llegadas estaba llena de gente que se agolpaba contra las barreras, deseando ver a la familia y los amigos que habían ido a recibir. Charley apenas les miró. No había avisado a su familia para que fueran a esperarla. Se había agarrado hasta el último segundo antes de que despegara el avión a la esperanza de que ocurriera algún milagro y Raphael no le permitiera irse.

¡Qué estúpida había sido! Pero al menos tenía sus recuerdos. Había atravesado a la multitud que esperaba y estaba en la sala de espera, rodeada de viajeros cansados que trataban de subirse al transporte que habían elegido para trasladarse del aeropuerto a su casa.

Ella tendría que tomar un taxi. Resultaría caro, pero por suerte la

casa que compartía con sus hermanas en el sur de Manchester no estaba muy lejos del aeropuerto. Escuchó un movimiento detrás de ella, el de alguien caminando deprisa, reconoció mientras se daba la vuelta. ¡Era él!

–Raphael…

Mientras suspiraba su nombre, Charley se preguntó si se trataría de un producto de su imaginación, una imagen que hubiera conjurado por su propio deseo. Porque, ¿cómo iba a estar él allí?

Pero así era, y la estaba estrechando entre sus brazos con el corazón latiéndole con fuerza contra su cuerpo.

–No puedo creer que estés aquí –fue lo único que consiguió decir Charley.

–Créetelo –le respondió Raphael–. Créetelo, y cree también que no me marcharé de tu lado hasta que me hayas prometido que nunca volverás a dejarme.

–Creí que eso era lo que querías –trató de protestar Charley.

Pero su corazón no se lo permitía. Estaba demasiado ocupado latiendo de felicidad al pensar que Raphael estaba allí con ella.

–Lo que quiero es a ti. Es lo único que quiero. No puedo vivir sin ti. Creí que podría, pero no puedo. ¿Quieres casarte conmigo, Charlotte Wareham? ¿Regresarás a Italia conmigo y te convertirás en mi esposa?

Parecía y sonaba tan humilde, o al menos todo lo humilde que podía ser un hombre de naturaleza tan orgullosa, que Charley supo que le habría perdonado cualquier cosa.

–No hay nada que desee más que estar contigo, Raphael.

–Nos casaremos lo más rápidamente posible. No quiero arriesgarme a perderte otra vez.

Le estaba sosteniendo la mano, entrelazando los dedos con los suyos.

–He estado pensando en el asunto de los niños –le dijo Raphael bruscamente.

Estaba mirando hacia algún punto por encima del hombro de Charley, y tenía las mandíbulas apretadas, como le sucedía cuando trataba de controlar sus emociones.

–Gracias a la medicina moderna es perfectamente posible que tengamos un hijo que no lleve mis genes. Un hijo que nacerá de ti, pero sin mis genes. Un hijo al que querré como si fuera mío porque será parte de ti. Así no tendré que privarte de la maternidad. Y en cuanto a mí, si llega el día en el que se haga evidente que he heredado la maldición de la familia de mi madre, entonces daré por finalizado nuestro matrimonio y te entregaré tu libertad.

Charley se le quedó mirando fijamente confundida y maravillada, incapaz de decir nada mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza. ¿No había leído su carta?

–¿Te llegó la carta que te envié a Roma?

Raphael frunció el ceño.

–No. Dejé Roma tres días después de que nos separáramos. No podía trabajar, no podía dormir… no podía hacer nada que no fuera pensar en ti y en todo lo que había perdido.

Tengo un chalé de esquí en las montañas. Fui allí para tratar de dejar de pensar en ti, pero me di cuenta de que no podía soportar la vida sin ti. Empecé a pensar que tal vez tuvieras razón, que quizá mi ira no sea una señal de que haya heredado la maldición. Quería creerlo más de lo que puedes imaginar, porque era la forma de volver a ti. Entonces me dije a mí mismo que tal vez pudiéramos tener todavía un hijo. Un hijo que llevara sólo tus genes, y mis esperanzas crecieron. Lo único que quería era estar contigo, hablar contigo y pedirte que fueras mi esposa. Pero tuve un accidente cuando regresaba a Roma.

–¿Un accidente? –la ansiedad afiló la voz de Charley–. ¿Qué ocurrió? ¿Te encuentras bien?

–Fue culpa mía. Iba conduciendo demasiado deprisa, concentrado en estar contigo en lugar de en la conducción. Por suerte el único que sufrió daños fue el Ferrari, pero en el hospital insistieron en mantenerme ingresado toda la noche por si había sufrido una conmoción, aunque les dije que era de vital importancia que me permitieran marcharme. Por desgracia fue demasiado tarde. Cuando llegué al aeropuerto tu avión estaba despegando.

–Pero has llegado aquí antes que yo. ¿Cómo…?

–Alquilé un avión privado –aseguró Raphael sin darle importancia.

–Oh, Raphael –Charley contuvo las lágrimas–. ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

¿Quieres que estemos juntos?

Él no flaqueó.

–Mantengo cada palabra que te he dicho. Te quiero más de lo que nunca creía posible que se pudiera querer a nadie. Eres mi vida, mi corazón. Eres todo para mí, Charlotte, y sin ti no soy nada, no tengo nada. Dime que te casarás conmigo. Vuelve a casa conmigo. Dime que me quieres.

–Te quiero, Raphael –le confirmó Charley–. Pero hay algo que debo decirte antes de que hablemos de matrimonio. Es importante.

Se dio cuenta de que estaba preocupado, aunque trató de disimularlo.

–De acuerdo, pero hablaremos de ese asunto tan importante en la comodidad del avión, no aquí.

Eso significaría regresar a Italia con él, y si cambiaba de opinión respecto a lo de casarse con ella cuando conociera la verdad sobre su nacimiento, ella tendría que volver a marcharse.

Pero, ¿cómo iba a negarle lo que le pedía después de lo que le había dicho?

Incapaz de hablar, Charley se limitó a asentir con la cabeza.

Capítulo 16

EL avión había despegado. Estaban solos en su elegante interior, amueblado más como una salita que como una cabina de vuelo.

En cuanto el sobrecargo los dejó solos, Raphael la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Charley no fue capaz de hacer otra cosa que corresponder.

–No puedo esperar a que nos quedemos a solas –le dijo Raphael–. No puedo esperar a hacerte mía de nuevo, a estrecharte entre mis brazos y amarte. Pasaremos la noche en Florencia, en el apartamento, y mañana empezaremos con los preparativos de nuestra boda.

¿Y si sencillamente no le decía nada? ¿Y si le suplicaba que se quedara con ella hasta que estuvieran casados y no veía la carta hasta que ya fuera demasiado tarde y estuviera comprometido con ella? Después de todo, le había dicho que la quería. ¿Por qué arriesgarse a perderle si ella le quería tanto?

Charley cerró los ojos y apartó de sí la tentación que la atormentaba.

–Hay algo que debes saber por si quieres cambiar de opinión respecto a la idea de casarte conmigo.

Ya estaba, ya lo había dicho. Ahora Raphael la miraba con el mismo ceño fruncido que recordaba haberle visto el día que lo conoció.

–¿De que se trata? ¿Algún secreto de tu pasado?

–No es de mi pasado, Raphael, sino del tuyo.

Sin atreverse a mirarlo por miedo a perder el coraje, Charley se lanzó de lleno.

–Cuando estaba recogiendo mis cosas del escritorio de tu madre, encontré por accidente un compartimento secreto. Allí había una carta. Una carta que tu madre te había escrito a ti.

No debería haberla leído, pero lo hice. Te la envié a Roma con un mensajero. Creí que cuando la leyeras vendrías a mí, y como no lo hiciste, di por hecho que…

–¿Una carta de mi madre? ¿Cómo puede afectar eso a nuestros planes de boda?

Charley aspiró con fuerza el aire.

–Raphael, aunque no tú no lo supieras cuando planteaste esa generosa sugerencia para que tuviéramos un hijo, estabas siguiendo los pasos de tu madre. Ella te quería mucho.

Muchísimo. La carta deja traslucir su amor por ti. Al leerla lloré. Te llevó en su vientre, Raphael, te quería como si fueras su hijo, pero

eras su hijo biológico. Al igual que tú, ella no quería arriesgarse a hacerle cargar a su hijo con su propio legado. E igual que tú, tomó la decisión de permitir que la medicina le proporcionara los medios para dar a luz al hijo de tu padre sin que ese hijo llevara sus genes. La razón por la que te hablaba con tanta frecuencia de esos genes era porque confiaba en que cuando supieras la verdad comprendieras que había dado ese paso para protegerte. Te quería tanto, que deseaba librarte de todo temor, a ti y a tus descendientes.

Raphael estaba pálido y tenía los labios apretados. A Charley le dio un vuelco al corazón.

Confiaba en que Raphael no fuera a rechazar el amor de su madre.

–¿Y por esto dudabas tú sobre casarte conmigo o no?

Charley estaba asombrada.

–No, por supuesto que no. Nada deseo más que casarme contigo. Quería que lo supieras por tu propio bien. ¿No lo entiendes, Raphael? La carta de tu madre lo cambia todo. Ahora eres libre de poder casarte y tener hijos, un heredero. Puedes casarte con quien quieras… con una mujer más adecuada que yo para ser la madre de tus hijos.

–¿Mas adecuada? Eso es imposible. No existe nadie más adecuado para tener mis hijos que tú. ¿Cómo podría ser de otra manera si es a ti a quien quiero?

–Oh, Raphael.

Charley le estrechó entre sus brazos con la misma fuerza que él, le besó apasionadamente como lo hizo él.

–Eres mi vida –le aseguró Raphael con firmeza–. Mi amor y mi vida.

Volvieron a besarse, esa vez con dulzura y ternura. Sus besos fueron como una promesa compartida de su futuro juntos.

–Cuando el jardín esté terminado, podríamos ponerle el nombre de tu madre, ¿no te parece? –le preguntó Charley a Raphael cuando la soltó.

Distinguió un brillo de emoción en sus ojos cuando la miró.

–Sí –le dijo–. Le pondremos su nombre en recuerdo al regalo de amor que me entregó cuando me dio la vida.

–¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar a Florencia? –le susurró Charley contra los labios.

–Demasiado, teniendo en cuenta cómo me siento ahora mismo –respondió Raphael–.

Demasiado.

Pero no fue tanto, y para cuando el sol se estaba poniendo, ellos estaban juntos en la intimidad del dormitorio en el que Raphael le había hecho el amor la primera vez. El perfume de Charley, que era lo

único que llevaba puesto, inundaba el aire.

–Esto es lo que quería cuando me lo regalaste –le dijo Charley a Raphael–. Quería estar en tus brazos llevando sólo el perfume.

Un delicado escalofrío de placer erótico la atravesó cuando Raphael atrajo su cuerpo desnudo hacia el suyo y le dijo con voz ronca:

–Te amo tanto, que no puedo expresarlo con palabras. Me has completado y has llevado la luz a los rincones más oscuros de mi alma. Ahora que eres mía, no te dejaré marchar nunca.

–Y yo nunca querré que lo hagas –le prometió Charley.

FIN

* * *

Podrás conocer la historia de Ruby en el último libro de la miniserie *Solteros y ricos* del próximo mes titulado: A MERCED DE LA PASIÓN